



LA PSICÓLOGA

EROTISMO EXTREMO



NIKITA SUMMERS

La Psicóloga
EROTISMO EXTREMO

NIKITA SUMMERS

En la voz de Ana María Quintana

Es la tercera amenaza que recibo de ella en lo que va de mes. Bueno, más que una amenaza, el término correcto sería chantaje. Somos esclavos de nuestros actos. Posiblemente yo soy quien se lo ha buscado; con seguridad, yo me lo he buscado. El problema es que me arrepiento de sufrir ahora las consecuencias, pero lamento no poder arrepentirme de lo que hice: violar el código deontológico como psicóloga. Lo hice aun sabiendo que no estaba obrando correctamente; lo hice a pesar de saber que podría tener consecuencias. Pero juro por Dios que mereció la pena. Ella valió la pena. Y como dueña de mis actos estoy dispuesta a asumir las consecuencias y pagar la condena, sea la que sea. Al fin y al cabo, todo lo que he logrado —que ha sido mucho—, lo hice asumiendo riesgos. Abrí mi primera consulta gastando todos mis ahorros, aun sin saber si llegarían a entrar por la puerta el número necesario de pacientes como para cubrir los gastos. Fue un despacho modesto en el centro de Málaga. Con una joven y guapa secretaria, eso sí. Acerté con la decisión. En menos de cinco años ya me encontraba abriendo una segunda clínica de psicología en una cétrica calle de Valencia. Me invitaron a asistir a algunos programas de radio e incluso me entrevistaron para televisiones locales. Con la apertura de la tercera clínica en Madrid, una editorial contactó conmigo para escribir un libro sobre la sexualidad en pareja. El libro fue el más vendido de España dentro de la categoría de psicología. Todo eran felicitaciones. El nombre de Ana María Quintana se encontraba en cada librería del país, y, a menudo, aparecía en titulares de prensa donde algún periodista me usaba como fuente para dar validez a su sesgo periodístico. Algunas personas me paraban por la calle para halagarme o felicitarme. También para firmarles el libro. Era la viva imagen de una mujer de éxito: inteligente, muy atractiva y con dinero. Al menos eso era lo que veía casi todo el mundo. Y todo ello lo logré antes de cumplir los cuarenta y cinco años. Por suerte, desconocían la doble vida que había estado llevando durante más de veinte años. Y ahora, esa doble vida está a punto de salir a la luz. Mi carrera profesional está en peligro. Incluso la cárcel es una opción que no puedo descartar por completo. Pero ¿cómo comenzó todo?

Esa es una buena pregunta. Me paso cada día viajando al pasado de mis pacientes, entrando en sus cerebros, tratando de encontrar los dispositivos que dispararon sus traumas e inseguridades actuales. En mi caso desconozco el momento exacto en el que comencé a sentirme atraída con la idea de dominar y someter sexualmente a una persona. Y desde luego, desconozco el momento exacto en que aquella fantasía sexual se acabó convirtiendo en una parafilia. Debió pasar por alto muchos patrones que, como psicóloga, debería haber reconocido a tiempo. También desconozco el momento exacto en el que dejé de dominar a hombres y pasé a hacerlo con mujeres. Supongo que, al igual que en las siete plagas bíblicas, todo vino por fases y etapas.

Veinte años atrás.

Recuerdo que, una vez que acabé la carrera con especialización en psicología clínica, comencé a interactuar dentro de los chats de internet, tratando de tener una cita con un hombre en condiciones. La mayor parte de los hombres con los que hablaba mentían. Era muy fácil descubrirlos. Otros, sencillamente, tenían unas intenciones muy diferentes a las que mostraban superficialmente. Consideraba que yo merecía algo mejor. Era una mujer muy guapa e inteligente, por lo que no estaba dispuesta a quedar con el primer estúpido que apareciera. Probé suerte con las primeras webs especializadas en encontrar pareja, y si bien el perfil de los hombres era algo más elevado, no terminaba de cuadrame ninguno de los hombres con los que hablaba. Veinticinco años, guapa y con problemas para encontrar a un hombre a mi altura. Pero claro, ¿qué le pedía exactamente a un hombre? ¿Qué buscaba realmente en un hombre? ¿Qué debía tener ese hombre para que me derritiera? No tenía ni idea, pero lo buscaba. Y fracasaba una y otra vez en el intento. Día tras día mantenía conversaciones vacías con hombres que trataban de comportarse como si fueran personas muy interesantes. ¿En serio? No me generaban ni el más mínimo interés. Y mientras perdía mi tiempo hablando con unos y otros, un recuadro publicitario de la web comenzó a llamar mi atención. Irónicamente, en una web de citas donde supuestamente se vendía la idea de que podías encontrar al amor de tu vida —gratis para las mujeres, mientras que los hombres debían pagar. Algo que nunca entendí—, aparecía un tipo de publicidad casi pornográfica. Eso sí, muy llamativa. Una bella mujer vestida de cuero, con una mordaza en la boca, está siendo embestida analmente por un hombre cuyo pene tenía un tamaño considerable. Por un momento me imaginé siendo esa mujer. Lo pensé, y lo cierto es que nunca me habían penetrado analmente. Eso debía doler bastante, y más si el pene tenía el mismo grosor que el del anuncio. No es que me excitara viendo ese gif de una embestida anal, pero encendió mi curiosidad por saber qué se escondía tras ese anuncio. A fin de cuentas, un poco de porno a veces es saludable. Quien diga que nunca lo ha consumido, miente.

La web estaba especializada en relaciones BDSM: Amos que buscaban sumisas, Amas que buscaban sumisos, y también tenían su sección gay y lésbica. Por algún motivo, a pesar de que entré a raíz de la imagen de una chica sumisa siendo embestida por un hombre dominante, en lugar de abrir la ventana de Amos que buscan sumisas, abrí la de Amas que buscan sumisos. Tenía curiosidad por saber qué hacía una mujer dominante con un chico sumiso. Me pareció algo muy erótico. El primer vídeo que vi fue el de una domina que obligaba a gatear a un chico de cuerpo fibrado. Le daba latigazos con la fusta, le tiraba del pelo y, seguidamente, le obligaba a hacerle sexo oral. Y aquello me excitó demasiado. Cuando quise darme cuenta, habían pasado más de dos horas y había consumido vídeos de todo tipo. Algunos hubiese preferido no verlos, pues me parecieron prácticas poco agradables, poco excitantes y, sin duda, poco higiénicas. Y es que ver a una mujer mearse en la boca de un chico no es algo que me excite. Es más, me cortaría

la excitación de golpe. El caso es que muchos chicos estaban deseosos de probar ese tipo de práctica que, con el tiempo, sabría que se llamaba *lluvia dorada*. ¿Qué más estarían dispuestos a probar esos chicos que se consideraban sumisos? Y la pregunta más importante que yo me hacía: ¿cómo podría conseguir a un chico sumiso para tenerlo a mi disposición como hacían las Amas de los vídeos? ¿Existirían este tipo de chicos que se dejan someter y torturar sin rechistar, únicamente diciendo *Sí Ama* a todo lo que la dominatrix le ordenaba? Aquello despertó mi curiosidad de una forma que jamás imaginé. Algunas de mis amigas tenían la fantasía de hacer un trío; otras querían probar con una mujer; yo, en cambio, quería ser dominatrix por una vez. Quería tener a un chico sumiso a mis pies. Claro que, Málaga era una ciudad muy pequeña, y deseaba tener esta experiencia con total discreción. Ahí fue cuando tuve la idea de comprar una peluca. Únicamente con cambiar mi pelo largo moreno por pelo corto rubio y algo de maquillaje oscuro, podría hacerme parecer una mujer completamente diferente; esa mujer que cuando te vuelves a cruzar con ella en mitad de la calle, ni siquiera te suena su cara, aunque te haya sometido sexualmente durante horas. Es una de las muchas ventajas que tiene ser mujer, pues con un simple cambio de color de pelo o corte de pelo, incluso con un cambio de maquillaje, te conviertes en una mujer completamente diferente. El otro tema se trataba del lugar de encuentro. Estaba claro que no me iba a llevar a uno de esos chicos viciosos y desconocidos a mi piso y, hacerlo en su piso sería entrar en terreno desconocido donde la Ama no tenía el control. Pensar en estas cuestiones me provocaba excitación y ansiedad por partes iguales, así que, como buena psicóloga, decidí no preocuparme aún. *Pasemos primero al juego. Vayamos a la búsqueda de un chico sumiso y luego ya pensaré en cómo lo hago para quedar con él con absoluta discreción.*

Dentro del IRC Hispano, en la sala de chat especializada en temática BDSM, pude comenzar a hablar con algunos chicos sumisos que buscaban Ama. Mi nickname era AMAmlg35. No era demasiado original, y además, preferí aumentar en diez años mi edad para que nadie me tomara por una inexperta. Con lo que no conté fue con la rapidez en que decenas de perfiles inundaron mi chat de mensajes privados. Y es que una Ama es algo que está muy solicitado en este tipo de temáticas. En aquel chat abarrotado de chicos sumisos únicamente nos encontrábamos dos Amas. La otra era AMA-SODOMÍA. Sin lugar a dudas, su nickname dejaba muy claro lo que ella era y lo que le gustaba: la sodomía. Tras hablar con algunos sumisos y darme cuenta de que, efectivamente, esos chicos estaban dispuestos a todo con el fin de satisfacer su fantasía sexual de ser dominados por una dominatrix, preferí abrirle conversación a AMA-SODOMÍA. Decidí ser honesta con ella. Le reconocí que yo era una chica que deseaba iniciarse como dominatrix, pero quería hacerlo con discreción. Descaradamente le pregunté cómo lo hacía ella.

—Si tienes sitio, llévalos a tu casa y los sesionas allí— Me respondió.

—¿Y si no quiero que sepan dónde vivo?

—Entonces busca a un sumiso que tenga sitio y lo haces en su casa. O busca un hotel.

—Deduzco que usted lo hace en su propia casa, ¿verdad?

—No exactamente, cariño —me respondió—. Yo soy una mujer casada, y mi marido no sabe nada de ésto, pero tengo un piso deshabitado en el centro de Málaga. Allí quedo con mis sumisos.

Estaba claro que Jimena —nombre real de AMA-SODOMÍA— lo tenía todo muy bien montado. Me daba envidia sana. Además, hablaba de la dominación con una naturalidad y convicción que me sorprendía. La experiencia era un grado, pues en aquel entonces, Jimena pasaba de los cincuenta años. Hablé con ella durante horas. Incluso intercambiamos teléfonos, pues me ofreció presenciar una de sus sesiones, aunque yo no tenía del todo claro que quisiera presenciar aquello. Quería tener mi propia sesión donde yo fuera la protagonista. Reconozco que me excité cuando

le pregunté cuáles eran las prácticas que más le gustaba hacer con un sumiso.

—Sobre todo romperles el culo —me dijo con frialdad— follarles bien duro el culo. También me gusta atar, pinzas, azotes y la humillación.

—¿Y sueles tener sexo con ellos? —pregunté—. Es decir, ¿ellos te penetran a ti?

—Prefiero follarlos yo, aunque según lo que me apetezca, los suelo poner a comerme el coño hasta que me hacen correrme. Cariño, si vas a empezar en esto, sólo debes tener claro que una vez pactados los límites, tú decides lo que te apetece. No ellos.

En cuanto cerré la conversación con Jimena, salí a comprar una peluca rubia de media melena y flequillo recto. Con ella puesta me dirigí a un sex shop para comprar un traje de dómina. Desconocía que pudieran ser tan caros, pero lo compré. Y también compré un collar (para sumisos) y pinzas para pezones, quizás debido a la emoción del momento, pues las pinzas de la ropa serían las que más utilizaría a lo largo de mi vida. El cumplimiento de mi fantasía se encontraba en marcha. Ya estaba preparada. Me puse mi traje de dómina, me maquillé con tonos oscuros y calcé la peluca sobre mi cabellera. Ni mi madre me hubiera reconocido vestida de aquella manera. Cuando me miré al espejo, sólo pensé: «tremenda mujer. Hasta yo misma dejaría que me follara esa mujer que veo en el espejo». En ese momento desconocía aún hasta qué punto aquel pensamiento se convirtió en algo que gozaba de cierta literalidad. Siendo honesta, si vestida de calle me consideraba una mujer elegante y sexy, vestida de dominatrix, estaba realmente buena.

Tenía el contacto y los teléfonos de más de treinta y cinco chicos sumisos, todos ellos con edades comprendidas entre los veinte y los treinta y tres años. Prefería a un jovencito antes de pasar a alguno de mayor edad. Pero los nervios me invadían, hasta que apareció Óscar, un joven de veintitrés años de Madrid que había venido a Málaga para pasar el fin de semana con sus padres. Me mostró su foto y tenía un buen cuerpo, además de unos rasgos faciales finos y marcados, casi afeminados. Decía no tener ningún tipo de experiencia en la sumisión, pero sí muchas ganas de ponerse en mis manos. Y estaba dispuesto a obedecerme en todo, me repitió en varias ocasiones, insistiendo en el TODO, dejándome claro que lo decía de forma literal. Estaba claro que ese chico no tenía dinero para pagar un hotel, y yo tampoco me encontraba en la situación económica idónea para gastarme los cincuenta euros que solía costar una habitación de algún hotel decente. A fin de cuentas —pensé—, es un chico de fuera de Málaga. Se irá y no volveré a saber nada de él. Era la oportunidad perfecta para tener mi primera experiencia como dómina, y no estaba dispuesta a rechazarla. Además, hablando con él, huelga decir que me puse demasiado cachonda. Quedé con él para tomar algo en una cafetería que se encontraba a unas pocas manzanas de mi apartamento. Si tras hablar con él, el calentón que sufría no desaparecía, le pediría que me acompañara a mi apartamento. Allí lo sesionaría. Me hacía mucha ilusión poder hacerlo.

El chico era tal y como se mostraba en la foto, aunque su semblante de seriedad estaba cargado de nerviosismo. Era un chico de pocas palabras, al menos para este tipo de situación. Y yo, tras mi peluca rubia y maquillaje oscuro, me encontraba a salvo y tranquila desde la discreción que me proporcionaba ese *disfraz*. Llevaba el traje de dómina bajo mi vestido negro de manga larga. Sólo si el chico se lo ganaba vería a la dómina que se ocultaba bajo el vestido.

—¿Tienes claro que quieras estar bajo mis órdenes? —le pregunté, tratando de ocultar mi propio nerviosismo. Me sentía forzada a mantener un carácter serio delante de ese chico sumiso.

—Sí —musitó él.

Su rostro tornó hacia el tono rojizo. Sentía vergüenza, lo cual hacía desaparecer la mía.

—¿Y dices que vas a hacer todo lo que yo te pida?

—Sí.

—¿Todo, todo?

El joven asintió con la cabeza.

—Sí. Todo.

—Está bien. Vayamos a mi casa.

Sus manos temblaban. Podía notar en él que la sumisión era algo que deseaba, pero que al mismo tiempo le ponía demasiado nervioso. Es decir, le ocurría exactamente lo mismo que a mí, con la única diferencia de que yo era capaz de disimularlo mucho mejor.

Una vez que llegamos a mi edificio y subimos al ascensor, mientras llegábamos a la quinta planta, aproveché para decirle:

—En cuanto entremos por la puerta, te dirigirás a mí como Ama en todo momento. ¿De acuerdo?

—Sí, Ama —me respondió con timidez.

Reconozco que aquello hizo que se me humedecieran las bragas. Es sólo una forma de hablar. Está claro que algo se humedeció ahí abajo, pero no pudieron ser las bragas, pues no las llevaba puestas.

Pasamos al interior y le pedí al joven sumiso que se quedara de pie justo donde estaba: en el centro de mi pequeño salón. Su nerviosismo se hizo más evidente aún. Sujetaba los dedos de su mano izquierda con los dedos de su mano derecha, jugando con sus uñas. Yo me dirigí al dormitorio para desprenderme del vestido y quedarme únicamente con mi traje de dominatrix. Volví a mirarme al espejo y me encantó verme con ese corto vestido de latex tipo minifalda y gran escote, a sólo una fina cremallera de mostrar por completo mis pechos. Agarré el collar de perro junto con las pinzas destinadas a los pezones, unidas por una fina cadena de metal. Salí al salón donde mi sumiso esperaba con obediencia y cabizbajo. Lo ví mirándome de soslayo. Mis nervios aumentaron, pero traté de dar la sensación de firmeza y seguridad. Era momento de comenzar con el juego; había llegado el momento que tanto había deseado. Me senté en el sofá, crucé las piernas y me retrepé de forma autoritaria, como quien se dispone a observar una escena de teatro. Era momento de pronunciar algunas de las palabras que había escuchado en esas escenas pornográficas sadomasoquistas.

—Desnúdate. Veamos lo que se esconde bajo la ropa.

Las manos temblorosas del joven comenzaron a desabrochar los botones de la camisa hasta despojarse de ella por completo. Su cuerpo era atlético. Había dedicado bastante tiempo al gimnasio, sin llegar a ponerse demasiado musculoso. Tenía el cuerpo que me gustaba, y además, al menos de cintura para arriba, estaba perfectamente depilado, con un tono de piel bronceado y brillante. Se descalzó y comenzó a quitarse los pantalones. Sus piernas también estaban completamente depiladas. No tuve más remedio que sonreir al ver que, bajo sus boxers ajustados de color negro sobresalía un bulto erecto. Aún no habíamos comenzado y ya estaba completamente empalmado.

—Todo. Quítatelo todo —volví a ordenarle. Su pene miraba al frente con firmeza. Deseaba tocarlo. Me levanté del sofá y me acerqué con pasos firmes hacia él—. Estás empalmado, y aún no hemos comenzado —le dije, llevando mi mano hacia su pene. Estaba muy duro. Me producía una gran excitación deslizarlo hacia delante y hacia atrás, muy lentamente.

—¿Te gusta que tu Ama te toque, perro?

Nunca había llamado a nadie *perro*, pero me pareció oportuno. Lo había visto en las películas porno.

—Sí, Ama.

Su voz se entrecortaba.

—Un buen perro no puede estar sin collar —le dije, abrochando el collar a su cuello.

Seguidamente pasé a jugar con sus pezones, hasta ponerlos duros, ante la expresión de placer del joven. Luego coloqué las pinzas en sus pezones. Me aseguré de apretarlas bien fuerte, hasta el punto que hizo una mueca de dolor. Pero necesitaba más pinzas, por lo que me dirigí a la cocina y cogí del tendedero unas seis pinzas de madera para la ropa. Me arrodillé, acaricié sus testículos y comencé a colocarle varias pinzas en ellos. No esperaba que ocurriera aquello. El joven soltó una especie de gemido mientras le estaba colocando la tercera pinza en los testículos. Ví cómo su pene lanzaba semen de forma descontrolada. Se había corrido sin apenas tocarlo. Incluso me salpicó en el brazo. Aquello, por una parte, me halagó. Le había puesto tan cachondo que se corrió enseguida. Por otra parte me decepcionó, pues era como finalizar el juego. Todo lo que sé

de los hombres es que tras correrse, pierden la excitación por completo, al menos durante el período refractario. Pero, ¿para qué quiero un sumiso si no es para satisfacerme? No podía terminar el juego aún.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Siempre te corres tan rápido?

—No, Ama.

—¿Entonces?

—Lo siento, Ama —me respondió, ahora sí, con verdadera vergüenza en su rostro.

—Ven conmigo.

Lo cogí de la mano y me lo llevé al sofá. Estaba demasiado excitada como para no tener un orgasmo. Le ordené que se pusiera de rodillas mirando al sofá. Yo me senté frente a él. levanté mi falda a la altura de mi cintura y abrí las piernas.

—Comienza a comer —le ordené.

Pegó su boca a mi sexo, y lamió y lamió hasta llevarme al orgasmo. Ahora sí. Ya me había corrido y no me apetecía continuar con él. Le pedí que se vistiera mientras yo le pasaba la fregona a la parte del suelo donde su semen cayó. Una vez se hubo vestido, le abrí la puerta y me despedí de él, dándole un beso en la frente.

—Has sido un buen perro —le dije—. Adiós.

—Gracias, Ama —me respondió, justo antes de ver cómo le cerraba la puerta delante de sus narices.

¡Guau! No me lo podía creer. Por fin lo había hecho. Había tenido mi primera experiencia como dómina. Y debí hacerlo bastante bien cuando provoqué aquella excitación en el chico, aunque hubiese preferido hacer muchas más cosas con él. No sabía qué iba a hacer exactamente, pero ya se me hubiese ocurrido algo sobre la marcha. Deseaba contarle a mi amiga Jimena lo que había pasado, pero cuando entré al IRC Hispano, no estaba conectada en la sala de chat. Estaba muy emocionada y tenía ganas de compartir la experiencia con alguien, pero no tuve más remedio que contener esa emoción para otro momento. Volví a mirarme al espejo. *No me extraña que el perrito se haya corrido tan rápido*, me dije a mí misma tras verme en el reflejo.

El lunes siguiente me dirigí a la inmobiliaria. Tras llevar meses dándole vueltas a la idea de abrir mi propia consulta de psicología, pensé, al fin, en alquilar un nuevo piso y usar una habitación para recibir a mis pacientes. Era una excelente forma de ahorrar, pues por el único pago de una sola propiedad, tendría piso y consulta; todo en uno. Claro que, de hacerlo así, ya no podría usar el piso como lugar de sesiones para nuevos sumisos. Y una cosa tenía muy clara: quería volver a repetir la experiencia. Quería volver a sentirme dominatrix.

La chica de la inmobiliaria me enseñó varios pisos en algunas bocacalles de Carlos Haya. No podía permitirme un piso en pleno centro de Málaga, aunque pensándolo mejor, llegué a la conclusión de que la localización tampoco era demasiado importante, siempre y cuando no se encontrara en una zona de mala muerte, claro. Debía ganarme la confianza de las personas a través de mi profesionalidad, y solo así, poco a poco, ir ganando nueva clientela. En aquella época, Internet aún no era la panacea para ganar clientes, y mucho menos para los psicólogos que recién comenzaban. Al entrar al segundo piso que la joven agente inmobiliaria me mostró, supe que lo quería. Era muy luminoso y espacioso. Además, contaba con dos habitaciones amplias. Diseñé mentalmente la decoración de mi futura consulta de psicología. Podía permitirme pagar el precio que pedían. Fuimos hacia la inmobiliaria y allí cerramos oficialmente el contrato. Tenía quince días para dejar el piso en el que vivía, por lo que tenía quince días para quedar con chicos sumisos en mi propio piso, pues en breve dejaría de vivir ahí. Y de esa manera comenzó mi carrera contrarreloj hacia la búsqueda de un nuevo joven y atractivo sumiso.

Me gustaría decir que fue complicado encontrar a un nuevo sumiso, pero lo cierto es que fue pan comido. Todo se trataba de seleccionar al indicado. Y apareció. Tenía veinticuatro años y muchas ganas de ser usado por mí. Se llamaba Ángel, o al menos eso decía. Eran las diez de la noche de un frío viernes de noviembre y, tras tanta conversación eróticofestiva, me encontraba muy caliente. Le pedí al sumiso Ángel que me enviara alguna foto de su cuerpo. Me fascinó. ¿Por qué perder tiempo? Hice una locura. Le pedí que viniese directamente a mi piso.

—Desde que entres por la puerta, estarás a mi disposición —le dije.

—De acuerdo —me respondió.

—De acuerdo, ¿qué?

—De acuerdo, Ama.

—¿Cuánto tardas en llegar?

—No más de veinte minutos.

—Te espero.

Enfundé el traje de dominatrix sobre mi cuerpo, me coloqué la peluca y me maquillé con mis habituales tonos oscuros. Me sentía tan nerviosa como excitada. Deseaba verle entrar por la puerta.

El perrito fue muy puntual, pues acababa de pasarme el rímel cuando el timbre sonó. Bajé la intensidad de la luz hasta dejarla en la tenuidad ideal y abrí la puerta. No era tan alto como

esperaba, pero me gustaba así.

—Pasa —le pedí.

Su mirada traslucía admiración. No esperaba encontrar a una mujer tan atractiva, lo cual hizo que agachara la cabeza con timidez mientras caminaba hacia el centro del salón.

—Quítate la ropa.

Obedeció de inmediato. Esta vez preferí quedarme de pie frente a él mientras lo hacía, observándole, disfrutando del momento, sabiendo que le ponía aún más nervioso. Fue descubriendo su cuerpo poco a poco. Me excité. Cuando se quitó los slips me quedé mirando su pene. Éste no estaba erecto, aunque en su estado natural, prometía tener un buen tamaño. No quise ir demasiado aprisa, por lo que continué con el *protocolo*. Le puse el collar, y tras jugar un poco con sus pezones, le coloqué varias pinzas en ellos. En este caso pasé a colocar directamente las pinzas de la ropa. Su pene comenzó a crecer, pero no se encontraba aún en un estado de erección dura. Así que llevé mi mano hacia él, tocándolo suavemente.

—¿Qué te pasa? ¿Esta pollita no crece?

Fue decirle aquello, y su pene adquirió una buena dureza. Pude notar cómo crecía en mis manos. Y aquello sí que era excitante.

—Ponte de rodillas sobre el sofá, mirando hacia la pared —le ordené.

Ese perrito tenía un buen culo. Por primera vez reparé en el ano de un hombre. Una parte de mí quería introducirle un dedo, pero preferí no hacerlo. Pasé a azotarlo con mis propias manos. Lo azoté hasta que su trasero tornó al rojo moderado. Estaba tan cachonda que lo hubiera llevado al rojo intenso, pero no deseaba pasarme con el pobre chico. Así que, viéndolo tan indefenso, con su culo en pompa y los brazos apoyados en la cabecera del sofá, decidí volver a llevar mis manos hacia su pene, desde atrás. Lo masturbé un poco, con suavidad. Y volvió a ocurrir. Escuché un ligero gemido y comprendí que estaba a punto de correrse. Entonces me detuve. Simplemente dejé mi mano agarrándolo, sin hacer ningún tipo de movimiento. Noté cómo su pene comenzaba a tener cierta contracción, como si sufriera espasmos. Lo siguiente que noté fue mi mano húmeda. Este perrito también se había corrido mientras se lo sujetaba. ¿Qué les pasa a estos chicos? Me preguntaba en ese momento, aunque no podía evitar sonreír. Venían demasiado excitados. No tuve más remedio que hacer lo mismo que la vez anterior: ordenarle que se pusiera de rodillas en el suelo, mirando hacia el sofá, sentarme frente a él con la falda subida y ordenarle que me comiera el coño. Y todo sea dicho de paso, éste lo hizo mucho mejor que el joven anterior. Cuando terminó, le pedí que se vistiera y que se marchara, aunque me quedé con ganas de más, por lo que le dije que ya le llamaría para otra ocasión. Y, ciertamente, tenía pensado hacerlo.

Aquella noche me conecté nuevamente al IRC Hispano, y esta vez tuve suerte. Jimena estaba conectada. No tardé en abrirle conversación y mostrarle mi entusiasmo. Le conté con todo lujo de detalles mis dos experiencias con los dos chicos sumisos, haciendo hincapié en los episodios de eyaculación precoz. Jimena reía.

—Hagamos una cosa —me propuso—, si te apetece, claro. Pregúntale a tu sumiso si le gustaría ser sesionado por dos amas. Si le parece bien, te vienes a mi casa y allí te muestro cómo lo hago yo. Lo dominamos entre las dos.

La idea, en esta ocasión, me resultó atractiva y excitante; ver cómo una experta dominatrix de cincuenta años dominaba a un chico y, al mismo tiempo, ser partícipe de ello. Podía aprender mucho, o al menos tener otro tipo de visión sobre este tema que me estaba comenzando a apasionar. Y de paso, ¿por qué no? Conocería también a una mujer con los mismos intereses que yo. No tenía absolutamente nada que perder. Así lo pensé en aquel instante, aunque hoy día sé

que aquel encuentro pudo ser el detonante responsable de cambiar el curso de mi vida.

Y allí me encontraba, frente a la puerta del apartamento de AMA-SODOMÍA, en la tercera planta de un edificio de un barrio a las afueras de Málaga. La puerta se abrió y sólo ví una silueta oscura bañada por la tenue luz de lo que parecían ser velas. Jimena ya tenía el entorno preparado para la sesión. Olía a incienso de frutas del bosque y el piso estaba perfectamente climatizado. Cuando mis pupilas cobraron nitidez, pude ver a Jimena. No era una mujer demasiado guapa, pero tenía un buen cuerpo. Era bastante atractiva y, supuse que a los hombres les causaría bastante morbo, sobre todo por su forma de vestir: lencería de látex; sólo lencería. Sus pechos naturales estaban completamente realzados y aprisionados bajo aquel top de látex.

—Encantada de conocerte —me dijo, dándome dos besos y mirándome de arriba abajo—. Eres muy guapa.

—Muchas gracias, Jimena.

—Acompáñame.

Me condujo a través de un largo y estrecho pasillo, decorado con pequeñas velas que se encontraban en ambos laterales del suelo. La iluminación del salón también era únicamente la que procedía de varias velas. Era un salón pequeño y acogedor. Sin duda, sabía crear un ambiente tan místico como morboso.

—Te queda bien la peluca —me dijo, tocando con suavidad las hileras de la falsa media melena—. ¿Debajo del abrigo llevas el traje de dómina?

—Sí.

—Déjame verlo —Me desprendí del abrigo. Jimena se alejó para verme mejor. Me giró para ver la parte trasera del vestido—. Espectacular. No me extraña que se te corran tan rápido.

Sonreí.

—Me encanta este sitio —le dije como forma de romper el hielo, aunque lo cierto es que me gustaba el lugar.

—Gracias. Es como mi mazmorra privada. ¿Cuánto tardará tu sumiso más o menos?

—Me dijo a las seis, por lo que supuestamente llegará en diez minutos.

—¿Te apetece tomar algo mientras tanto? Siéntate, por favor. Ponte cómoda.

Tomé asiento en el sofá.

—Sólo agua, Jimena.

—Está bien. Voy a traerla.

Vi cómo contoneaba su cadera mientras se dirigía a la cocina. Jimena tenía un buen trasero, al que sabía sacarle provecho con aquellos altos tacones. En cuanto me trajo el agua descubrí algo curioso, y es que a pesar de que estaba en la casa con una mujer desconocida esperando a un chico sumiso, me encontraba muy relajada. No sentía ningún tipo de nervios. Eso cambió cuando se sentó a mi lado. Me intimidaba con su mirada, a pesar de que era una mujer muy agradable. Colocó su mano en mi muslo y me dijo:

—Cuando entre el sumiso, deja que yo dirija la sesión.

—Claro, sin problema.

—Buena chica —me dijo pellizcando suavemente mi mejilla—. Voy a enseñarte a ser una buena dómina.

Estaba intrigada por ver cómo dominaría ella al joven sumiso, y más intrigada aún por ver cómo se sentiría el joven Ángel, el cual no vaciló ni un segundo cuando le propuse tener una sesión conjunta. Aquello debía ser la fantasía de cualquier chico sumiso: dos Amas a la vez.

El timbre sonó.

—Sal tú a recibirlo —me dijo Jimena—, y tráelo aquí, al salón.

Atravesé el pasillo y abrí la puerta. Ahí se encontraba el joven y nervioso sumiso, con la cabeza gacha. Le indiqué con la mano que pasara al interior y le ordené que caminara a lo largo del pasillo. Jimena se encontraba esperándolo en la pose de superwoman.

—Así que tú eres la puta —fue lo primero que le dijo—. Lame mis tacones.

El chico se arrodilló y comenzó a pasar su lengua por los tacones de Jimena.

—Lame mejor. Con más ganas. Déjalos bien limpios.

Aquello no era lo más excitante que podía ver, pero sí que me excitó el tono de Jimena y la obediencia del chico.

—Ponte de pie.

Inmediatamente, Jimena llevó su mano al cuello del joven y lo llevó hacia la pared, ejerciendo cierta presión.

—¿Vas a ser una buena puta? —le dio una bofetada.

—Sí, Ama.

—Dirígete a mí como señora —volvió a darle otra bofetada.

—Sí, señora.

Jimena llevó su mano a la entrepierna del chico.

—¿Ya está empalmada la puta? No te tocaré mucho, ya que me han dicho que no tardas demasiado en correrse. Y no quiero que mi puta se corra sin permiso. Quítate la ropa —El chico comenzó a desnudarse—. Más rápido, puta, que no tenemos todo el día.

Otra bofetada.

No le estaba dando ninguna tregua al joven. Iba a toda prisa. Veía a Jimena demasiado agresiva, aunque quizás las sesiones debieran ser así. ¿Quién era yo para juzgarla? Cuando el sumiso se desprendió de los slips, de forma inmediata Jimena ya lo estaba pegando de cara a la pared. Se puso de cuclillas y abrió los glúteos del joven.

—Veamos ese culo. ¿Te lo han follado alguna vez?

—No, señora.

—No me lo creo —llevó el dedo índice a su ano—, o puede que sea cierto. Un culito virgen. Me encanta. Ponte a cuatro patas en el suelo. Te voy a desvirgar ese culo.

El chico obedeció de inmediato, y Jimena me sonrió, haciendo un guiño. Yo permanecía de pie, expectante, a modo observador, mientras que ella se colocaba un cinturón con un consolador incorporado. Me miraba mientras colocaba un preservativo sobre el pene de plástico. Una vez colocado se acercó al chico y le gritó:

—Pega el pecho al suelo y abre bien las piernas, puta. Quiero ver ese culo bien *en pompa*.

El chico obedeció, adquiriendo una posición en la que parecía una rana, mientras que Jimena se colocaba de rodillas tras su trasero, volviendo a abrir los glúteos del chico y dejando caer saliva sobre su ano. Entonces Jimena se dirigió a mí.

—Ven aquí que veas cómo le rompo el culo a esta puta. Vamos allá.

Jimena comenzó a hacer leves entradas en el ano del joven, que hacía algunas muecas de dolor, aunque aquello no frenaba a AMA-SODOMÍA.

—¿Te duele, perrita? —le preguntó justo antes de penetrarlo un poco más a fondo —el chico soltó un gemido de dolor—. Ya sé que te duele, pero es sólo al principio. Cuando esté todo dentro, te gustará.

Y así continuó, embestida tras embestida; sacándolo e introduciéndolo de nuevo, al mismo tiempo que el joven sumiso gemía en una mezcla de dolor y angustia. Apretaba los labios y cerraba los ojos y los puños. Siendo honesta, aquella escena sí me puso cachonda. Jimena aceleró aún más, y cada vez más a fondo, provocando que, poco a poco, el sumiso fuera perdiendo la posición del perrito y acabara tendido en el suelo, con Jimena embistiéndolo con rapidez y fuerza.

—Te estoy rompiendo el culo —le gritaba con la voz entrecortada por el acuciado cansancio—. Ya estás desvirgado. ¿Te gusta cómo te folla tu Ama, puta?

El chico apenas podía hablar. Se limitaba a gemir. Cuando el cansancio de Jimena fue tal que no tuvo más remedio que quedarse tumbada sobre el chico, con su pene de plástico aún en el interior de su culo, pegó su boca en el oído del joven para humillarlo.

—Ya no podrás decir que eres un hombre. Sólo eres una nena, una puta. A las putas hay queollarlas. Todavía no he terminado contigo.

Jimena se puso en pie y se quitó el sujetador, dejando ver sus grandes pechos afectados por la gravedad de la edad. También se quitó las bragas.

—Ponte de pie —le ordenó al chico, que se levantó con dificultad—. Come.

Le puso uno de sus pechos en la boca y el joven los chupó y lamió con ganas. Curiosamente, a pesar de que estaba disfrutando, su erección había desaparecido. Tras un par de minutos en los que Jimena parecía estar amamantando a un bebé, se sentó en el sofá con las piernas abiertas. Le ordenó que siguiera, pero ahora en su zona sur. Yo me estaba excitando bastante. Era como ver uno de esos vídeos porno, pero en directo.

—Azótalo —me pidió Jimena—. No lo está haciendo bien.

Y entonces entré por fin en el juego, aunque intimidada por la severidad de Jimena. Debía ponerme a la altura.

—Hazlo bien, perro —le grité al joven sumiso, dándole dos fuertes azotes.

—Más fuerte —gritó Jimena.

Me emocioné demasiado. Comencé a azotar el trasero del chico como nunca pensé que lo haría. Podía notar sus muecas de dolor a pesar de que tenía prácticamente todo su rostro entre las piernas de Jimena. No pude evitar agarrarle los testículos con fuerza. Su pene comenzó a ponerse erecto. Jimena gemía y agarraba del pelo al sumiso. Estaba a punto de ver cómo una mujer que acababa de conocer, tenía un orgasmo en vivo y en directo dentro de una escena en la que yo participaba. Acabó estallando en gemidos. Cuando pasó la ola del placer orgásmico, Jimena se puso en pie y levantó del cabello al sumiso. Se dirigió a mí.

—Siéntate en el sofá —obedecí.

Jimena tomó posición, sentándose justo tras de mí, abrazando con sus manos mi cintura y hablándole al sumiso.

—Tócate. Queremos ver cómo te tocas la colita.

El chico comenzó a masturbase y Jimena abrió la cremallera de mi vestido, dejando mis pechos al descubierto.

—¿Te gustan las tetas de mi amiga? —le preguntó, apretándolas y juntando la una con la otra—. ¿Quieres correrte sobre sus tetas, putita?

Espera. Me está tocando los pechos, pensé extrañada en ese momento.

—Ponte de rodillas, putita —le pidió nuevamente. Jimena elevó la falda de mi vestido hasta

dejar mi sexo al descubierto—. Cómele el coñito a mi amiga.

El chico obedeció, mientras Jimena tocaba mis pechos. Ahí me encontraba yo, en mitad de un chico que me estaba comiendo el coño de una forma deliciosa y una mujer tocando mis tetas, al mismo tiempo que sentía las suyas pegadas a mi espalda. Me corrí demasiado rápido. Y además fue un orgasmo muy intenso. Supongo que sentir las manos de Jimena jugando con mis pezones, ayudó a que el orgasmo fuese algo más rápido e intenso.

Para el joven sumiso aún no había terminado su sesión. Jimena, permaneciendo tras de mí, le pidió que continuara masturbándose hasta correrse. Le pidió que se acercara aún más, hasta que su pene se encontró a escasos centímetros de mis pechos. Jimena volvió a apretarlos, pidiéndole al chico que se corriera justo ahí: sobre mis tetas. Y apenas tardé en sentir el cálido semen del sumiso cayendo sobre mis pechos aprisionados por las manos de AMA-SODOMÍA.

Jimena ordenó al joven que se vistiera y a mí me pidió que lo acompañara hasta la puerta, no sin antes darle otras dos bofetadas, diciéndole que había sido una buena puta y que esperaba verle en otra ocasión. El chico parecía satisfecho, como en una nube. Tras cerrar la puerta volví al salón, donde Jimena se encontraba sentada en el sofá, aún desnuda. Al verme aparecer dio dos palmadas en el sofá, indicándome que me sentara junto a ella. Y así lo hice, sin entender por qué continuaba con los pechos al aire.

—¿Qué te ha parecido la sesión? ¿Te ha gustado? —me preguntó.

—Sí, me ha gustado mucho —Era la verdad. Me sentía intimidada por su forma de mirarme.

—¿Te ha gustado cómo le he follado el culo?

Asentí con la cabeza, aunque no pude evitar decirle:

—Pero el pobre se le notaba que estaba sufriendo. Eso debe doler.

—Claro que duele, cariño, pero fantaseará con ello durante mucho tiempo. Y estoy segura de que querrá repetir la experiencia.

—¿Todos se dejan penetrar?

—Todos. Al menos todos mis sumisos. Ya lo dice mi nombre: AMA-SODOMÍA. Siempre lo hago.

No supe qué decir. Me quedé en silencio ante la mirada escrutadora de Jimena, que decidió romper el silencio.

—¿Nunca has penetrado a un chico?

—No.

—Pues no sabes lo que te pierdes. Es una sensación increíble. Deberías hacerlo.

—Quizá lo haga con el próximo.

—Lo dices como si fuera algo horrible —sonrió.

—No, para nada. De hecho, me ha gustado verlo.

—¿Nunca te han penetrado analmente?

La pregunta me ruborizó, pero fui sincera.

—No.

—Si quieras yo te ayudo con eso.

Sentí cómo el rostro me ardía.

—No entiendo lo que quieras decir —respondí. Entendía perfectamente lo que quería decir.

—Digo que te puedo ayudar a saber lo que se siente, y que te sirva así para hacerlo correctamente con un sumiso —Me quedé helada—. Levántate un poco el vestido.

Abrí los ojos como platos. Jimena estaba decidida.

—No hace falta, Jimena. Quizá otro día —le respondí, avergonzada.

—No seas tímida. A ti te lo haré despacio. Lo dilataré bien antes de... ya sabes... observa.

Jimena soltó algo de saliva sobre sus dedos e introdujo su mano bajo mi corta falda. Antes de darme cuenta, sus dedos estaban colocados sobre mi ano.

—Abre un poco las piernas —me pidió, comenzando a hurgar en mi ano—. Relájate. Déjame a mí. ¿Lo ves? Ya está entrando mi dedo.

No lo veía, pero lo sentía. No era agradable sentirlo, pero tampoco era desagradable. Digamos que era una sensación rara; sentir el movimiento de su dedo en el interior de mi ano.

—¿Te gusta la sensación? —me preguntó, acelerando el movimiento de su muñeca, sin dejar de mirarme a los ojos de aquella manera que tanto me intimidaba.

No dije nada. Cerré los ojos, esperando a ver adónde se dirigía la experiencia. Jimena, con su mano libre, bajó la cremallera de mi vestido hasta el fondo, dejando todo mi cuerpo al descubierto.

—Sube las piernas —me pidió—. Apoya los pies sobre el sofá. Así no se me cansa el brazo. Simplemente obedecí. No entendía por qué obedecía, pero lo hice.

—Te veo nerviosa. ¿Necesitas un incentivo? —me preguntó. Abrí entonces los ojos y ahí seguía mirándome fijamente—. Acércate.

Jimena agarró mi nuca y la acercó a uno de sus pechos, sin dejar de penetrarme con su dedo. No tuvo que decir nada. En cuanto vi sus pezones rozándome la boca, ya sabía perfectamente lo que ella deseaba. Así que lo hice. Comencé a lamer sus pezones. Nunca pensé que haría algo así, pero lo estaba haciendo. Me sentía aún más rara en esa situación. Le estaba comiendo las tetas a una mujer que me estaba introduciendo un dedo por el ano. El simple hecho de estar con una mujer, ambas desnudas, ya me hubiera resultado extraño, pero hacer lo que estábamos haciendo... no podía encajarlo en ese momento, aunque lo que ocurrió a continuación me iba a costar más tiempo encajarlo. Tras varios minutos de experiencia lesbica, Jimena extrajo su dedo, me besó en la mejilla y me dijo:

—Ya lo tienes dilatado. No te muevas.

Se puso en pie y se dirigió hacia la silla donde había dejado el cinturón con consolador incorporado. Verla colocarse aquel artilugio y saber lo que se disponía a hacer, me provocó escalofríos, pero algo dentro de mí impedía que pudiera detener aquello que estaba a punto de ocurrir. Jimena colocó un nuevo condón sobre el pene de plástico y se acercó a mí, abriéndome aún más las piernas y colocándose en posición de entrada.

—Vamos allá —me dijo, haciendo la primera embestida. El consolador entró con facilidad, aunque sentí bastante dolor. Tras las primeras embestidas, el dolor fue desapareciendo. Jimena cada vez se excitaba más, penetrando con más rapidez. Llevó sus manos a mis pechos, estrujándolos, sin dejar de embestir como un ariete decidido—. Te estoy follando. Te estoy follando —me repetía una y otra vez—. Mejor ponte a cuatro patas.

Fue ella quien me giró con brusquedad y apoyó mi cabeza sobre la cabecera del sofá. Volví a sentir cómo aquel pene de goma devastaba mi ano, y esta vez con más agresividad. Me jaló del cabello sin dejar de penetrarme. Aquello ya me comenzaba a doler. Jimena se dio cuenta y se detuvo. Escuché cómo sacaba el preservativo del consolador y, esta vez, noté cómo el pene de goma entraba por mi vagina. Y fue placentero, pero el hecho de que me estuviera penetrando una mujer, me hacía sentir sucia, aunque también me provocaba una excitación diferente. En cuanto sentí los dedos de Jimena sobre mi clítoris entendí que iba a tener un orgasmo de grandes dimensiones. Ese cosquilleo que se produjo en mi sexo y que recorría todo mi sistema nervioso, se volvió insoportable. Exploté en gemidos. Estallé en el mejor orgasmo que había tenido en toda mi vida. Quedé exhausta, pero la insaciable Jimena aún no había terminado. Me empujó, haciéndome caer boca arriba en el sofá y vi cómo se desprendía del arnés.

—Yo estoy casi a punto —me dijo, prácticamente sentándose sobre mi cara—. Ayúdame un poco —giré la cabeza. No me apetecía tener el coño de una mujer pegado a mi boca, pero Jimena me sujetó la cara, obligándome a dejar mi boca pegada a su sexo—. Come. Ayúdame.

Lamí. Qué remedio. Ante los vaivenes de cadera de Jimena lamí su sexo, observando el movimiento de sus pechos y su cara de viciosa desbocada. La vi tener un orgasmo; sentí su orgasmo a través de la humedad de su sexo. Cuando acabó, se puso en pie y se enfundó en una bata, aún jadeando. Yo me quedé tumbada, tratando de asimilar lo que había ocurrido. ¿Qué había pasado, por Dios? Había sido follada por una mujer; me había follado el culo una mujer; había tenido un orgasmo siendo embestida por una mujer; le había comido el coño a una mujer; en realidad, había sido sometida por una mujer. ¿Qué era exactamente lo que había ocurrido en aquel apartamento? ¿Por qué me sentía tan sucia a pesar de que había disfrutado tanto?

5 años después.

Desayunando en una céntrica cafetería de Valencia, en soledad, absorta en mis pensamientos, me sentí afortunada. Mi segunda consulta de psicología iba como la seda, y mi primera clínica de Málaga, delegada en otra psicóloga que contraté, ahora marchaba por sí sola. Hacía ocho meses que habíamos contratado a una nueva psicóloga especializada en traumas infantiles, mientras que Catalina, la cara visible de la clínica, estaba especializada al igual que yo en disfunciones sexuales y terapia de pareja. Los beneficios que obtenía por ambas consultas eran astronómicos. Los resultados nos avalaban, por lo que esa misma semana entrevistaba a varios profesionales más para incluirlos en la plantilla de Valencia, mientras le daba vueltas a la idea de abrir otra clínica más lujosa en la gran capital (Madrid). Aquella mañana me sentía diferente, posiblemente carente de algo que echaba en falta. Necesitaba sacar nuevamente a la dómina que llevaba dentro, pero mirando a la camarera que me traía el desayuno, comencé a pensar por primera vez en cómo sería dominar a una chica; tenerla a mis pies; someterla a mis deseos y caprichos. Por primera vez miraba a aquella camarera de unos veinte años y trataba de imaginarla desnuda, torturando sus pechos, follándola con mis dedos y obligándola a proporcionarme placer de las muchas formas que podría hacerlo. Me excité viéndola atender otras mesas; la forma de su culo y esa curva perversa que formaba con su cintura. ¿Cómo sería follarla con mi cinturón? ¿Qué gestos haría? ¿Qué cara pondría mientras me comía el coño?

—¿Desea algo más? —me preguntó la joven y guapa camarera con una amplia y radiante sonrisa. Me sacó de mis pensamientos.

—No, sólo la cuenta. Gracias —le respondí, no pudiendo evitar bajar la mirada hacia sus prominentes bultos que ni la camisa podía ocultar.

¿Cómo serán sus tetas? Me preguntaba. Era la primera vez que tenía este tipo de pensamientos casi enfermizos. Tuve que hacer un esfuerzo deliberado para pensar en otras cosas. Pero volvía a darle vueltas al asunto. Quizá me hubiera aburrido de dominar a chicos sumisos. Era casi siempre lo mismo, aunque en sus días me resultara algo sumamente emocionante. En aquel momento pensé en Jimena. No la había vuelto a ver desde aquella vez que casi me violó en el sofá de su apartamento. ¿Qué habría sido de ella? La había visto varias veces en el chat, pero tras aquello, sentía una especie de vergüenza que no me permitía escribirle de nuevo. Ella tampoco volvió a contactar conmigo. Volví a imaginarla penetrándome en diferentes posiciones y me excitaba. Algunas noches me había masturbado recordando aquella escena, sintiendo sus manos sobre mis pechos y su sexo en mi boca.

La joven camarera se acercó y me pasó la cuenta.

—Son siete con cincuenta —me dijo con esa dulce sonrisa.

Le di un billete de diez euros. Me puse en pie y le pedí que se quedara con el cambio.

—Muchas gracias —me dijo.

Coloqué deliberadamente mi mano sobre su cadera, dejando que mis dedos se apoyaran suavemente sobre sus glúteos.

—Gracias a ti —le respondí, esbozando una sonrisa.

Le habría arrancado la ropa allí mismo. *¿Qué te está pasando, Ana?* Me preguntaba una y otra vez.

Estaba claro que algo me ocurría. Se lo achaqué a una libido alta y mi incapacidad para satisfacerla, a pesar de que ocasionalmente mantenía encuentros con chicos sumisos. Al igual que Jimena, tenía un piso alquilado en Valencia, expresamente para ese propósito: mi mazmorra privada. Incluso en fechas de mucho estrés laboral, llamaba a algún sumiso para que me limpiara el piso y me cocinara. Tenía a otro sumiso cuya especialidad eran los masajes, así que me masajeaba durante horas: siempre con final feliz. Y contaba con otro cuyo mayor talento era el sexo oral. Exacto. Comía el coño de maravilla. En más de una ocasión, sobre todo en fin de semana, me quedaba viendo una película en casa. Llamaba a este sumiso y lo ponía a comerme el coño desde que comenzaba la película hasta que terminaba. Créeme, si nunca te han comido el coño durante toda una película, tú no sabes lo que es disfrutar del cine. Comencé a aplicar con casi todos ellos la sodomía. Era curioso verles esforzándose durante horas —limpiando la casa, poniendo lavadoras, masajeándose o haciéndome sexo oral—, simplemente esperando el momento de ser follados por mí. Posiblemente fuesen chicos que en casa no recogían ni un plato de la mesa. A mí me lo recogían todo. Absolutamente todo. Es más, comencé a travestirlos. Limpianban mi casa vestidos de chacha. Les ponía una peluca y lencería. A otros un vestidito corto. Prefería follarlos así; sentía placer arrancándoles su masculinidad. Pero aquello no era suficiente. Ya tenía treinta años y era como si tuviera la necesidad de subir de nivel. Y ese aumento de nivel no se encontraba en subir la intensidad de las sesiones con los sumisos. Más bien necesitaba probar con otro tipo de sumisos o, bueno, probar con chicas sumisas en su lugar. La joven camarera había despertado mi interés, pero incluso en el supuesto caso de que estuviera interesada en ser sometida por una mujer, esa chica me conocía. Trabajaba justo enfrente del edificio donde se encontraba mi clínica. En esa cafetería casi todo el mundo me conocía, y yo no quería que nadie supiese nada de mi doble vida: psicóloga de cara al público y dominatrix en privado. O lo que era peor: dominatrix lesbica. Una cosa sí sabía: necesitaba encontrar a una chica joven y guapa, sumisa y discreta. Y la necesitaba ya. Necesitaba relajar esa libido descontrolada.

Si encontrar un sumiso era algo sumamente fácil, la tarea de encontrar a una sumisa era bastante ardua. En el chat te daban muchas vueltas, te pedían fotos y notaba bastantes cosas extrañas. Posiblemente, tras la mayoría de los perfiles de sumisas se encontraran chicos haciéndose pasar por chicas. Recurrir a salir a locales de ambiente lésbico no era una opción para mí, pues mi reputación estaba en juego y no me podía permitir aquello. Pero entonces, ¿cómo hacerlo? Si en sus días hablé con AMA-SODOMÍA, en esta ocasión necesitaba algo parecido, pero en distinto género. Abrí conversación con varios Amos del chat, pero la mayoría eran unos *fantasmas*. Estaba segura de que aquellos supuestos Amos no habían dominado a una chica en su vida, hasta que encontré a AMO-EROT. Este hombre se expresaba de una forma más cordial y humilde. No iba de sobrado, sino que reconocía que tenía pocas sesiones —no tantas como a él le gustaría—. Decía tener a un par de chicas a las que sometía de vez en cuando: una joven chica rellenita de veintitrés años y una mujer delgadita de treinta y ocho.

—¿Es guapa? —le pregunté.

—Las dos son muy guapas.

—La de treinta y ocho. ¿Es guapa?

—Sí, pero no sé si estaría interesada en que participara una mujer. Posiblemente la jovencita sí. Quería tener a una chica jovencita, pero con buen tipo. No me atraía la idea de una mujer rellenita. Así que le dije:

—Me interesa la de treinta y ocho. Pregúntale si quiere que una chica participe en su sesión.

—De acuerdo. Le preguntaré. Dame tu Skype.

Nos agregamos a Skype y esperé hasta el día siguiente para que me contestara. Estaba en mi consulta, esperando a una paciente, cuando recibí el mensaje de Skype.

—Hola Kasandra —fue el nombre que me inventé: AMA-KASANDRA—. Me dice que sí, pero con condiciones.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Puedes estar durante la sesión e incluso puedes participar, tocarla, azotarla, pero poco más. En ningún momento podrás tener sexo con ella ni ella usará las manos o la boca contigo. Si aceptas, esta misma noche podemos quedar en mi casa.

—Acepto.

Qué remedio. Debía conformarme con mirar y jugar un poco, pero me apetecía. Aunque cuando yo quedé con Jimena, no tenía pensado hacer nada con ella, y, en cambio, ella se encargó de que lo hiciera. Aquella peligrosa idea comenzó a rondar por mi mente, aunque fue interrumpida por la paciente que esperaba: Lucía, una atractiva mujer de cuarenta y dos años, divorciada y con problemas de libido, debido a cuadros depresivos y ansiosos. Durante toda la sesión, mientras la escuchaba, no dejaba de preguntarme cómo sería su cuerpo; de qué color sería su lencería; ¿tendría el coñito rasurado? No podía dejar de preguntarme todo este tipo de cosas. Sólo esperaba que mi lujuria desapareciera tras mi encuentro con EROT y su sumisa esa misma noche.

EROT tenía unos cuarenta años, cuerpo delgado, una buena mata de pelo y manos grandes. Sus dedos eran gordos, por lo que me imagino que proporcionaría bastante placer con ellos. La sumisa era una mujer normal, buen tipo, eso sí, al menos con el vestido puesto. Lo que más me gustó del apartamento de EROT fue la gran cantidad de aparatos y artilugios que tenía en la habitación que usaba de mazmorra. Tenía cruz de San Andrés y Potro, además de columpios sexuales y un gran repertorio de plugs anales y consoladores. Me pidió que me sentara en una silla y pidió a su sumisa que se desnudara. La sumisa no llevaba sujetador, por lo que tras sacarse el vestido, quedó únicamente con las bragas puestas. Sus pechos eran pequeños y fofos, quizá algo descolgados, pero viéndola desnuda, encontré atractivo en ella. Lo mejor era su culo. Tenía un trasero muy llamativo, algo que sobresalía del resto de su silueta.

EROT la ató a la cruz de San Andrés de frente, por lo que su trasero sería el protagonista de la primera parte de la sesión. Me gustó la suave manera en la que EROT le bajó las bragas, como preparando el terreno, dándole los primeros azotes a su sumisa. Conforme avanzó su sesión de azotes, EROT se desprendió del pantalón. Teniendo en cuenta que contaba con una figura delgada, su pene llamaba la atención, pues era grande y grueso. Entendí en ese momento por qué tenía éxito dentro de la dominación, aunque posiblemente fuera la primera vez que yo había mirado un pene y no había sentido nada de excitación. Sentí la excitación observando el trasero y los blandos pechos de la sumisa. Deseaba tocar esas tetas y ver la cara que ponía la sumisa mientras lo hacía. Por ahora sólo me miraba de soslayo. EROT se dirigió a mí.

—Tu turno, Kasandra.

Me puse en pie con parsimonia y caminé hacia la sumisa despacio, dejando que el sonido de los tacones generara expectación conforme me acercaba. Me dirigí directamente a sus pechos,

agarrándolos desde atrás, pegándome a ella. «Y aquí me tienes, putita, con mi aliento en tu nuca, sintiendo tus tetas entre mis manos como si fueran gelatina. Sé que te gusta lo que sientes, me lo dice la rapidez con la que tus pezones se han puesto duros, y ahora tengo claro que tú y yo vamos a hacer mucho más de lo que deseabas en un principio».

—¿Te gusta sentirme? —le pregunté—. ¿Te gusta que tu Ama agarre tus tetas flácidas, putita? La sumisa no decía nada. Simplemente contraía los labios y apretaba los ojos. Continué estrujando sus pechos y pellizcando sus pezones. Le dí un mordisquito en la oreja.

—Ahora voy a bajar a tu coñito —le susurré, al mismo tiempo que deslizaba mis manos hacia el sur de su cuerpo.

Esa zorra estaba ardiendo por ahí abajo; húmeda y ardiente. Nunca había sentido el placer de tener un coño en mis manos, con calma, disfrutando de los suaves jadeos de una sumisa. Me salté el primer límite, y comencé a masturbarla. Ella disfrutaba, aunque no dijera nada, salvo los gemidos ahogados. La desaté de la cruz y le ordené que se pusiera de rodillas. Le pedí a EROT que se acercara, mientras que a ella le pedí:

—Abre la boca —obedeció—. Métete la polla en la boca.

Y así pasamos los siguientes minutos, ayudando a esa zorrita a chupar el pene de EROT, mientras que continué pegada a su espalda, disfrutando de sus pechos blanditos, y de su jugoso coñito. EROT sacó el pene de la boca de la sumisa. Estaba a punto de correrse.

—Córrete en su boca —le pedí.

La sumisa dio un respingo, pero fue EROT quien habló:

—No. Tiene eso como límite. Puedo correrme donde quiera, salvo en su boca.

—O sea, ¿puedes correrte en su cara?

—Sí —me respondió EROT.

—Está bien. Pues quiero que te corras en su boca. Así que abre bien la boca, zorra.

La sumisa abrió los ojos como platos, aunque no tanto como EROT, pero obedeció. Fue increíblemente excitante ver cómo EROT se corría en su boca. Le pasé un poco de papel para que escupiera el semen en él y seguidamente le pedí que limpiara el pene de EROT con su boca. La sumisa volvió a chupar. No habíamos respetado uno de los límites de la sumisa (o varios), así que, ¿por qué respetar los demás? Posiblemente esa zorra no supiera lo que le gustaba hasta que yo se lo mostrara.

Tras preguntarle a EROT dónde estaba el baño, le pedí a esa golfita que me acompañara. Fui disfrutando de sus movimientos de trasero a lo largo de todo el pasillo. Una vez en el baño, le pedí que se enjuagara la boca. Cogí el primer bote de enjuague bucal que vi, y se lo di. Ella obedeció sin rechistar. Se sentía cómoda recibiendo órdenes de una mujer. Aproveché que tenía el enjuague en la boca para vejarla un poco y asegurarme de que estaba dispuesta a continuar en mis manos. Me coloqué tras ella, y volví a agarrarle sus pechos tan blanditos como la gelatina, mientras ella se agarraba nerviosa al lavabo.

—Nunca había disfrutado tanto de unas tetas. Me gustan así: blanditas —ella no decía absolutamente nada—. Aún no he terminado contigo. ¿Quieres que siga jugando contigo?

La zorrita asintió con la cabeza. Ya sabía que lo deseaba, aunque ella, posiblemente, desconocía todo lo que iba a hacerle.

—Cuando acabes de enjuagarte la boca, te espero en la sala.

Volvió a asentir.

La dejé allí, en el baño, no sin antes volver a observarla desnuda e indefensa. Tuve un repentino cambio de planes y me dirigí hacia EROT.

—Ya sé que no era el plan inicial, pero si no te importa, me gustaría quedarme con ella a solas.

EROT frunció el entrecejo.

—Tú lo has dicho. No acordamos eso, Kasandra.

—¿Qué más te da? Tú ya te has corrido.

—Me gustaría verlo.

—Si me concedes ésto, te prometo que tendré más sesiones conjuntas contigo. Te lo pido como un favor personal.

—No sé. No es lo que acordamos.

—Está bien. Te propongo algo. Me dejas con ella un rato a solas y luego te llamo para que asistas al final.

Y tras pensarla y repensarla, accedió, aunque mostrando su enojo. Entendía el cabreo de EROT, pero me apetecía dominar a esa sumisa en la intimidad, y desnudarme lejos de la mirada de un hombre. EROT cogió su pantalón del suelo, salió de la sala y se marchó al salón.

Cuando la sumisa entró en la mazmorra, inmediatamente cerré el pestillo de la puerta.

—Tú y yo a solas —le dije, ante su mirada desconcertada—. Aunque aún no sé lo que voy a hacer contigo.

No le mentía. Sentía el deseo de realizar sobre ella todo tipo de perversiones, pero no quería que se espantara tan rápido. Ella estaba muy asustada y yo demasiado excitada. Vi en su silueta algo diabólicamente atrayente.

—Bájame la cremallera —le ordené —lo hizo temblorosa. Dejó mis pechos casi a la vista, pero se detuvo—. Hasta el final. Baja la cremallera hasta el final.

Y así lo hizo, dejando toda mi delantera al descubierto. Me quité el vestido por completo, quedando desnuda frente a ella.

—¿Nunca te ha dominado una mujer? —Negó con la cabeza—. Y si te pido que me comas las tetas, ¿lo harás?

Volvió a negar con la cabeza. *Entonces de comerme el coño ni te pregunto*, pensé. No obstante, iba a buscar la manera de salirme con la mía. Necesitaba verla hacer eso.

—Pero yo sí puedo tocarte, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Te agradecería que respondieras con Sí, Ama o No, Ama.

—De acuerdo, Ama —respondió.

—Te preguntaba si yo puedo tocarte las tetas.

—Sí, Ama.

—¿Y tu coñito?

—Sí, Ama.

—¿Y túquieres probar mi coñito?

—No, Ama —respondió agachando la cabeza, mirando mi sexo bien rasurado.

—¿Y follarte? ¿puedo? —se quedó pensativa, por lo que decidí adelantarme—: claro que puedo. Y de hecho, lo voy a hacer.

Llevé mi mano a su coñito, y se estremeció. La masturbé y volvió a estremecerse aún más. La penetré con mis dedos, y podía notar cómo lo disfrutaba. De hecho, se encontraba muy cerca del orgasmo. Pero no quería que se corriera. Al menos no aún.

—Ponte sobre la cama a cuatro patas —le ordené dándole un azote en el trasero.

Obedeció. Saqué de mi bolso mi cinturón con pene y me lo coloqué. Verla a cuatro patas era todo un espectáculo. La penetré con firmeza. Con cada embestida me excitaba aún más. Era como perder la cabeza. Ella gemía y gemía sin parar mientras yo observaba sus tetas balancearse por los laterales. Decidí cambiarla de posición. Deseaba ver su cara mientras la follaba. Y, de

paso, prepararla para mi siguiente paso. Le ordené que se colocara boca arriba en la cama y usé las abrazaderas de la parte superior para inmovilizar sus manos. La volví a penetrar, ahora sí, viendo su rostro mostrando muecas de placer y no perdiéndome detalle de los movimientos descontrolados de sus pechos ante las embestidas. No sé qué tenían de especial unos pechos pequeños, caídos y flácidos, pero a mí me estaban poniendo a mil. Comencé a masajear su clítoris mientras continuaba embistiéndola, pero vi nuevamente que se acercaba al orgasmo. Y yo no quería eso, porque si se corría, perdería el factor *excitación* antes de hacer lo que yo deseaba que hiciera. Así que dejé de embestirla. Me puse en pie y me quité el arnés. Me coloqué de rodillas a un lateral y volví a llevar mi mano hacia su coñito deseoso de alcanzar un orgasmo.

—¿Te gusta? —le pregunté sin dejar de masturbar su clítoris con suavidad.

—Sí, Ama.

—¿Quieres que te haga correr?

—Sí, Ama.

—Voy a llevarte al orgasmo, pero antes vas a tener que hacer algo.

No le di tiempo a pensar o contestar. Me senté en su cara. Ella giró su cabeza, evitando que mi sexo tocara su boca. Me recordó a mí misma, cuando Jimena me hizo lo mismo y yo trataba de evitar que su coño se posara sobre mi boca.

—Lame —le pedí.

—Eso no, Kasandra —me decía, con su cuello girado hacia un lateral.

—¿Cómo que Kasandra? Dirígete a mí como Ama. Y ahora lame. Saca la lengua y comienza a lamer despacio —la ayudé a girar su cabeza, colocándola recta—. Saca la lengua y comienza a lamer.

Y muy tímidamente lo hizo. Comencé a sentir su lengua rozando mi sexo.

—Muy bien. Ahora con más ganas. Hazlo mejor —le ordené.

La zorrita dejó sus prejuicios a un lado y comenzó a lamer como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Yo te ayudo —le dije—. Voy a follarte la boquita.

Cabalgué entonces su cara, restregando mi sexo sobre ella y bailando sobre su boca. ¡Qué sensación! Su expresión era lo mejor del momento. Aquella sumisa no podía creerse estar comiendo su primer coño y, lo que era mejor, le estaba gustando. A mí me gustaba mucho más. Me corrí como nunca sobre su boca, dejando mi humedad en ella. Fue entonces cuando me aparté y volví a llevar mis manos hacia su vagina. Introduje mis dedos y la masturbé, ayudándome de la otra mano para estimular su clítoris ante un verdadero concierto de gemidos de placer. Estoy segura de que esa puta tuvo el mejor orgasmo de su vida, pues nunca había visto a nadie temblar de aquella manera. Cuando terminé con ella, acerqué mi boca a sus labios y la besé. Me devolvió el beso. Introduje mi lengua en su boca hasta encontrarme jugando con la suya. Eso sí, sin poder evitar continuar jugando con sus pechos gelatinosos.

—¿Has visto como no era para tanto? ¿Te ha gustado comerme el coñito?

—Sí, Ama —respondió con vergüenza.

—¿Quieres repetir otro día?

—Si así lo desea, lo haré, Ama.

Y aquello era lo que quería escuchar.

—Bien, buena chica. Ahora voy a decirle a tu Amo que pase para que te folle.

Me puse el vestido nuevamente. No quería estar desnuda frente a él. Abrí el pestillo y salí en busca de EROT, el cual estaba viendo la televisión en el salón.

—Ya puedes pasar —le dije—. La tienes atada a la cama. Fóllatela todo lo que quieras. Yo tengo

que irme.

Me fui del piso sonriendo. Había sido una de las mejores experiencias de mi vida, a pesar de que no había respetado los límites de aquella sumisa y que había roto mi promesa con EROT, pero en aquel momento me daba absolutamente igual. No volví a saber nada de AMO-EROT. Sólo tenía claro que deseaba repetir este tipo de experiencias con chicas. Me había parecido mucho más excitante follarme a una mujer que mis aburridas sesiones con sumisos. Es más, dudaba que tras someter a una chica, volviera a apetecerme hacerlo con un hombre. Mi cerebro había sufrido una modificación considerable. Ojalá hubiera sido consciente de que ya estaba desarrollando una parafilia algo preocupante, pues no sólo encontraba placer en dominar a una mujer, sino que ese placer aumentaba exponencialmente cuando sobrepasaba los límites de la persona sumisa. Me excitaba sometiéndolo —de forma literal— a una mujer, y me excitaba mucho más si esa sumisa tenía reticencia a ser sometida por una mujer.

La seducción de Zu.

Se llamaba Azucena, aunque sus amigos la llamaban Zu, y esa mañana estaba radiante. Estudiaba Historia del Arte y cubría sus gastos trabajando como camarera en la cafetería, a media jornada, a veces en turno de mañana y otras veces en turno de tarde. Solía hablar con ella cada vez que tenía la oportunidad, aprovechando que por momentos se encontraba sin mesas que servir. Ese día iba con un pantalón de color negro ceñido al cuerpo, que dejaba ver lo hermoso de su trasero. Me podía quedar horas mirando su contorno mientras caminaba. No se veía marca de bragas, por lo que fantaseaba imaginándola en tanga.

—¿Usted es psicóloga, verdad? —me preguntó en mitad de una amigable conversación.

—Cariño, no me hables de usted. Sí, tengo mi consulta justo enfrente. Así que la cafetería me pillará cerca.

Sonrió, mirándome a los ojos. Y con su mirada y sonrisa me derretía.

—Una vez pensé en ir a un psicólogo.

—¿Y eso?

—Por el estrés de la selectividad y el trabajo. No podía apenas dormir. Pero como no podía permitirme el precio de la consulta, al final mi médico de cabecera me mandó pastillas para relajarme y dormir.

Sus labios eran carnosos.

—Deduzco que al final todo fue bien —le dije, reclinándome en la silla.

—Sí, ya estoy mucho más tranquila.

—Me alegro, cielo. Si alguna vez necesitaras algo, sólo tienes que venir a verme. Ya haríamos algo con el precio.

Volvió a derretirme con su sonrisa.

—Muchas gracias, Ana.

—A ti. Eres muy buena chica. Y trabajadora.

Coloqué mi mano nuevamente al sur de su cadera: más al sur, en realidad, que a su cadera. La llamaron de otra mesa y se dirigió a atenderles, dedicándome una última sonrisa. Esa chica me volvía loca. Continué yendo cada día a la cafetería, aprovechando, cada vez que tenía oportunidad, para coquetear con ella de forma sutil, ejerciendo sobre ella cada vez más contacto físico. Incluso llegando a darle una suave palmada en su trasero para despedirme de ella. Claro que ella se tomaba aquello como un gesto jovial y cariñoso entre dos mujeres que se caen bien. Para mí era mucho más, pues mis intenciones eran muy diferentes, aunque no expresamente sádicas. Con Zu me invadía el deseo de besar su boca, acariciar suavemente su cuerpo al completo. Disfrutar de cada zona erógena que pudiera tener. Pero era consciente de que Zu era heterosexual, pues me había hablado de los problemas que había tenido con su ex novio. Para mí, ella era como un apetitoso reto con altas probabilidades de fracasar. Lo sabía, pero no podía dejar

de pensar en intentarlo. Durante semanas, mi dómica interior desapareció. No me apetecía dominar a una chica. Sólo pensaba en disfrutar del bello cuerpo y rostro de esa simpática jovencita.

Cierto día me hicieron una entrevista para el Canal 7 de Valencia, hablando sobre los problemas actuales de las parejas. La entrevista fue todo un éxito. De hecho, aparecí en la prensa de la Comunidad Valenciana. Tras aquello, las llamadas a mi consultorio se dispararon. Nos vimos obligados a derivar pacientes hacia otros consultorios y, por supuesto, nos llevábamos una pequeña parte de la derivación de pacientes. Fue esa misma semana cuando una editorial contactó conmigo, ofreciéndome un contrato para la publicación de un libro. Todo marchaba sobre ruedas. Había despegado en mi carrera a lo grande. Mis padres me llamaron para decirme que se sentían muy orgullosos de mí. Mis amigos de Málaga me inundaron de llamadas para felicitarme. Todo perfecto, pero mi cabeza, en ese momento, sólo pensaba en una cosa: Zu. Sabía que esa semana trabajaba de tardes, y como una obsesa, me preparé para cerrar la consulta antes de tiempo y esperarla, disimuladamente, hasta que saliera de la cafetería. Sabía que la cafetería cerraba sobre las ocho y media de la noche, por lo que añadiendo el tiempo que tardasen en recoger y limpiar, para las nueve de la noche Zu saldría por la puerta. Y yo buscaría la manera de que tropezara conmigo por pura y mera casualidad.

Sobre las ocho y cincuenta y cinco de la noche, me senté en un banco frente a la cafetería, como una espía que acecha a su objetivo (como una obsesa, en realidad). Desde la distancia no distinguía las siluetas que barrían el local, pero sabía que Zu estaba allí. A las nueve y cinco comenzó a salir el personal: un camarero, la cocinera y Zu. Crucé la calle, como si acabara de salir de mi consulta, y caminé por la acera, disminuyendo el paso, tratando de sincronizar mi llegada con la afectuosa despedida de los empleados de la cafetería. Una vez que vi cómo Zu se despedía, bromeando con su compañero de trabajo, aceleré el paso. Zu me reconoció a escasos metros de mi llegada.

—Buenas noches, Ana —me dijo, sonriendo, como era habitual en ella.

—Hola, Zu, ¿qué tal? ¿Has terminado ahora?

Como si no supiera la hora exacta a la que ella terminaba.

—Sí, estoy de tardes esta semana.

—Mira qué bien. Hoy he tenido un día ajetreado. Me apetece tomarme algo. Si te apetece puedes acompañarme y nos ponemos al día.

Zu se lo estaba pensando.

—El problema es que... mira cómo voy vestida —señaló a su camisa blanca, con algunas manchas— Y voy sucia. Y además, no he cenado.

—Vas preciosa, Zu —le dije, sonriendo—. No vamos de boda. Y me gustan las chicas sucias —esbocé mi mejor sonrisa y Zu estalló en carcajadas—. Yo también tengo ganas de comer algo. Invito yo.

—Bueno, está bien. ¿Adónde tenías pensado ir?

—Conozco un restaurante. Está a diez minutos. Podemos ir dando un paseo.

Le indiqué con mi mano la dirección hacia la que debía caminar y nos pusimos en marcha.

—Vi la entrevista que te hicieron en el periódico.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te pareció?

—Me encantó. Me gustó mucho cómo explicaste la problemática actual de las parejas.

—Me alegro.

Zu no dejaba de sonreír.

—¿Estás casada, Ana? —me preguntó.

—No, cariño. Soltera y sin compromiso a la vista.

Esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Como yo.

—Bueno, pero no me creo que no tengas una fila de chicos haciendo turno tras de ti, o de chicas —inferí apostando.

—Buah, no creas. Los babosos que aparecen por la cafetería de vez en cuando. Tampoco tengo mucho tiempo para salir, así que me dedico a mis estudios.

—Qué chica tan responsable. Poco común, hoy en día, tratándose de alguien de tu edad. Volvió a mirarme y sonreír.

Llegamos al restaurante. Nunca había estado en él, pues trataba de evitar comer fuera de casa. Me gusta comer lo que yo cocino. Pero había escuchado sólo buenas críticas de ese restaurante.

—¿Es aquí? —me preguntó, sorprendida.

—Sí. Ya hemos llegado.

—Pero... este restaurante debe ser muy caro —me dijo con cierta preocupación.

—Tranquila por eso. Yo invito.

—Pero me da cosa que...

—Tranquila —la interrumpí—. Nos lo tomaremos como una celebración de la semana tan productiva que he tenido. Además, para eso está el dinero. Para gastarlo. Pasemos.

Volví a darle una suave palmada en el trasero que ella se tomó con inocente inofensividad. Si ella supiera que buscaba cualquier excusa para tocar su cuerpo...

Nos colocamos en una pequeña mesa de la esquina del fondo, una frente a la otra. El camarero nos trajo las cartas. Zu miraba los platos, y la veía desviando la mirada hacia la parte de los precios. Me gustaba verla preocupada por los precios, pero quería que se relajara. Cuando el camarero se acercó de nuevo, pedí, sin preguntar, el vino. Concretamente un reserva. Y viéndola tan indecisa a la hora de pedir los entrantes y el primer plato, tan apurada por los precios, aproveché para pedir por ella.

—Traiganos como entrante tartar de salmón con aguacate y caviar, y de primero, para las dos, ensalada de langosta con vinagreta de mango y piñones tostados, y medallones de cordero con salsa de romero y risotto de hongos.

—De acuerdo —dijo el camarero—. ¿Qué vino reserva desean las señoras?

—Tráiganos el Vega Sicilia.

—De acuerdo.

El camarero se marchó, y Zu no logró despejar la vista de la carta hasta que el camarero se la quitó de las manos.

—¿Has visto el precio del vino que has pedido? —musitó Zu—. Son cuatrocientos euros, Ana. Vas a gastarte más de lo que yo gano en un mes.

La miré, sonriendo.

—¿Por qué no acercas la silla aquí y te sientas a mi lado? Así podemos hablar sin levantar la voz, y nadie se entera de lo que hablamos.

Zu accedió. La tenía rozando su rodilla con la mía. Así que aproveché para colocar mi mano sobre su muslo.

—Cielo, te dije que no te preocuparas. Tú solo disfruta de la noche.

—Está bien. Gracias, Ana.

Apoyó su mano sobre la mía, un gesto inofensivo por su parte, aunque yo quería pensar que mi puesta en escena estaba funcionando para mis intenciones. Quería seducirla.

Cuando el camarero descorchó la botella de vino, presentó el cuello de la misma, inclinándola

ligeramente. Vació unos dedos de vino sobre una copa y me acercó la copa para que le diera el visto bueno.

—Ella se encargará —le dije al camarero, señalando hacia Zu—. Que ella disfrute del aroma y que inhale hasta capturar los sutiles matices que emana el vino.

Lo dije con cierta ironía, pero sin dejar de mirarla fijamente a los ojos. En realidad yo no entendía nada de vinos. Es más, no me gustaba demasiado el vino. Prefería la cerveza, pero el vino suele servir para crear un escenario de romanticismo. Al menos, en el cine, la botella de vino se suele relacionar con una noche pasional. Zu se acercó la copa a la nariz, inhaló, y asintió con la cabeza sin saber qué decir. Ninguna de las dos éramos expertas en vino, pero sabía que le haría ilusión, tras servir cada día los cafés a cientos de personas, el hecho de ser atendida como una cliente VIP en un lujoso restaurante. Una vez el camarero se hubo marchado, llené las copas. Alcé la mía.

—Brindemos —propuse con la copa en alto.

Zu, sonriendo, agarró su copa y la alzó.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

—Por ti, Zu, por ti y por este ratito. Y por poder repetirlo muchas veces más.

Se mostró visiblemente agradecida e impresionada. Deduje que esa joven no estaba acostumbrada a este tipo de trato, lo cual jugaba a mi favor.

—¿Por qué eres tan agradable conmigo, a pesar de que apenas me conoces? —me preguntó.

He de reconocer que, de no ser porque soy una experta en salir del paso, me hubiese quedado en silencio ante la pregunta.

—La pregunta no es esa, Zu. La pregunta sería ¿Qué motivo podría existir para no ser agradable contigo? —volví a colocar mi mano sobre su muslo: esta vez un poco más al interior del muslo y algo más arriba—. Además, como psicóloga siempre recomiendo celebrar los momentos simples de la vida, y más si esos momentos se pueden disfrutar con las personas adecuadas.

Tras el tintineo de las copas y la expresión pensativa de Zu, bebimos. No dejé de mirarla a los ojos durante todo el trago, aunque ella comenzó a desviar su mirada, producto de la timidez que estaba causando en la joven. Me enamoré de esa mirada y de su sonrisa. Su timidez me estremecía. A lo largo de toda la cena, hablamos e incluso bromeamos, siendo su muslo el lugar de aterrizaje preferido de mi mano derecha, y sus ojos marrones claros, la vista máspreciada de todo el restaurante. Una parte de mí, posiblemente mi parte más coherente, me susurraba al oído —más bien me gritaba— *¿Se puede saber qué estás haciendo? Te estás ilusionando con una chica que no va a corresponder a tus intenciones.* Silencié aquella voz, pues estaba disfrutando de su compañía. Sólo esperaba que el vino hiciera su efecto desinhibidor. Al menos conmigo lo estaba haciendo, pues desvíe el tema de conversación hacia la sexualidad. No sé exactamente qué caminos conversacionales escogí para derivar hacia la pregunta:

—¿Tú sueles masturbarte?

Zu se sonrojó.

—Bueno... creo que todas nos masturbamos.

—Cierto. ¿Con qué frecuencia lo sueles hacer?

—No me lo puedo creer. Me estás psicoanalizando —dijo, estallando en carcajadas, colocando su mano sobre la mía, que se encontraba en esos momentos en la parte alta del interior de su muslo, casi rozando su sexo.

El vino estaba haciendo el efecto deseado. Zu estaba mucho más desinhibida, por lo que alcé la mano para llamar al camarero, aprovechando que estábamos cerca de terminar con el segundo plato: Filete de ternera con vino tinto y puré de patatas trufado.

—Tráiganos otra botella de vino, por favor.

—¿Otraaaa? —exclamó Zu, notándose en su voz el efecto que produce el vino en una persona que no está acostumbrada a beber.

—Sí, otra. Un día es un día.

—Veremos a ver si soy capaz de levantarme mañana para ir a la *Uni*, porque ya me noto algo afectada.

Tras decir aquello, hizo una mueca graciosa. Efectivamente, Zu estaba algo contenta, no borracha. Y yo no quería emborracharla. Simplemente deseaba que se desinhibiera. Lo estaba logrando, pues con cada broma, su rostro cada vez se pegaba más al mío, y mis manos cada vez acariciaban más sus muslos y cintura.

—Pero aún no me has respondido —le dije.

—¿A qué? ¿Cuál era la pregunta?

—Ya sabes cuál era la pregunta.

—Ah, jajaja —reía con más ahínco—

—¿En serio te da vergüenza hablar de sexo? —le pregunté, acercándome un poco más a ella.

—Pues sinceramente, no lo hago tanto como debería. Porque según dicen es bueno hacerlo con frecuencia.

—Ciento —respondí—. Y cuál es tu frecuencia.

—¿Y la tuya?

Volvió a reír a carcajadas.

—Voy por rachas. A veces cada noche, y a veces en noches alternas.

—Shhhh —me dijo, de forma traviesa y afectada, con su dedo índice sobre sus labios, señalándome con sus ojos hacia el camarero, que se acercaba con la nueva botella de vino.

Mientras el camarero descorchaba el vino, acerqué mi boca al oído de Zu, para susurrarle:

—¿Sabías que hay mujeres que se lo hacen con una botella de vino?

Zu soltó una estridente risotada.

El camarero repitió el ritual anterior. Zu volvió a coger la copa de vino, hizo como que la olía, y terminó por decirle:

—Todo en orden, jefe.

Estaba claro que el vino la estaba llevando más allá de la desinhibición. Y no sabía hasta qué punto eso era bueno, pues con la segunda botella, podía provocar el efecto contrario al que deseaba. Pero me gustaba tanto verla disfrutar de esa manera que no fui capaz de negarme.

Para cuando llegamos a los postres (Coulant de chocolate con corazón líquido y helado de frambuesa), Zu se encontraba en un estado absoluto de desinhibición. Incluso me llegó a contar la asiduidad con la que se masturbaba: dos veces por la semana, a veces incluso cuatro, en esas semanas en las que se notaba más estresada. Decidí llamar al camarero para que nos trajera la cuenta. Zu puso los ojos como platos al escuchar la cifra. Volví a mirarla a los ojos mientras pasaba la tarjeta por el TPV.

—¿Nos vamos? —le dije.

Zu se levantó, y trató de ponerse la cazadora, pero tuve que ayudarla para que pudiera introducir los brazos correctamente. Eran las once y media de la noche, aún temprano, aunque el frío se hacía notar. En mis planes no se encontraba acabar la noche de esa manera, por lo que comencé a elaborar la estrategia.

—Y Bien, habrá que tomarse la última, ¿no?

—Uff, no creo que me entre ni una copa más.

—Ya sé, tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Es sorpresa —le dije, volviendo a darle una suave palmada en su trasero.

—Me vas a dejar el culo rojo —me dijo sonriendo.

—No creo que seas tan sensible.

Continuamos caminando, hasta llegar nuevamente a la cafetería donde ella trabajaba. La calle estaba desierta a esas horas. Le pedí que cruzara por el paso de cebra.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—Shhh— le respondí, sonriendo, imitándola a ella minutos antes.

—Ya hemos llegado —saqué las llaves del bolso—. Bienvenida a mi consulta.

Abrí la puerta del portal y pasamos al interior. Una vez en el ascensor, Zu miraba hacia todos sitios con el fin de evitar cruzar su mirada con la mía. Al llegar a la puerta de mi consulta, le pedí que pasara al interior. Encendí las luces y le enseñé la habitación donde recibía a mis pacientes. También le enseñé las otras dos salas que usaban mis otras dos psicólogas. Lo que Zu no sabía, que al final del pasillo, había otra puerta, y aquella puerta daba a mi vivienda. La llevé hacia allí. Deseaba tenerla en mi sofá y, con un poco de suerte, tenerla en mi cama.

Lo primero que hice tras encender la luz, fue pedirle que se pusiera cómoda en el sofá. Seguidamente encendí el hilo musical, el cual lanzó automáticamente música relajante terapéutica, con sonidos del mar y algunas gaviotas. Solía usar esa música para ayudar a meditar a algunos pacientes con cuadros de ansiedad. Y, como no podía faltar, saqué un buen licor de almendras de mi mueble bar. La climatización de mi piso, en contraste con el frío de la calle, hacía que la temperatura fuera alta. Preparé dos copas con mucho hielo, observando cómo Zu se quitaba la chaqueta y escrutaba cada rincón de mi salón. Dejé las copas sobre la mesa baja, frente a Zu.

—Te dije que te pusieras cómoda.

Me arrodillé y le quité las zapatillas. El suelo de mi piso estaba completamente cubierto por una gruesa alfombra, por lo que sus pies no corrían el riesgo de enfriarse. Además, era la excusa perfecta para desprenderla de parte de su atuendo y, de paso, tocar sus pies. A continuación, tras desprenderme de mi abrigo, me senté junto a ella. Mi plan estaba en marcha, pero no deseaba que se interrumpiera por nada relacionado a agentes externos a la voluntad. Así que le dije:

—Si tienes que pasar al servicio, no tienes que pedir permiso. Estás en tu casa.

—Pues ahora que lo dices, debería ir.

Le indiqué dónde se encontraba el baño y la esperé con impaciencia, acicalándome el cabello. En cuanto salió del baño y entró en el salón, bostezando, le indiqué con mi mano, golpeando ligeramente el sofá, que se sentara junto a mí. Quería tenerla cerca; lo más cerca posible. Tras sentarse, no perdí el tiempo.

—¿Siempre estás tan nerviosa? —le pregunté.

En realidad no la veía nerviosa, pero aquella pregunta me dirigiría hacia donde deseaba.

—¿Por qué me preguntas eso? No estoy nerviosa. ¿Me ves nerviosa?

—No sé. Quizá sea por el vino, pero sí que te noto algo estresada. No sé si nerviosa o no, pero estresada sí.

—Eso sí puede ser. Los dichosos exámenes y el trabajo.

—Debes aprender a relajarte, pues el estrés no hace ningún bien ni a nuestro cuerpo ni mucho menos a nuestro cerebro.

Zu sonrió nuevamente.

—Supongo que eso será de esas cosas que son más fáciles de decir que de hacer.

Ya la tenía donde la quería.

—No creas, cielo. Simplemente debes tener las herramientas adecuadas para ver la vida de otra manera. Y mantenerte relajada, hará que los estudios se te den mucho mejor.

—Ojalá pudiera.

—De *ojalá* nada. Yo te voy a enseñar a relajarte.

—Pero si precisamente ahora es cuando más relajada estoy.

—¿Ves? Y eso que no he comenzado aún.

En ese momento me miró con semblante interrogativo.

—Gírate un poco —le pedí.

Quería tenerla de espaldas a mí. Sólo quería que me sintiera, y para ello debía anular el sentido de la vista. Una vez que se colocó sentada de espaldas a mí, procedí.

—Cierra los ojos. Voy a enseñarte a respirar correctamente. A usar el diafragma. Deja caer los brazos, relaja cada músculo de tu cuerpo —le decía, pegando cada vez más mi boca a su oído. Me coloqué más pegada a ella y llevé mi mano derecha a su vientre. Me encantó tocarlo y sentir su respiración.

—Quiero que tomes aire de forma profunda. Mantenlo unos segundos. Ahora suéltalo. Repetimos —llevé mi mano al botón superior de su camisa—. Voy a desabrocharte algunos botones. Quiero que estés lo más cómoda posible, sin ningún tipo de presión.

Comencé, muy despacio, por el primer botón. Bajé al segundo, rozando sus pechos con mis antebrazos. Y continué bajando, deshaciendo cierres de botones hasta acabar con todos ellos. Desde mi posición, podía observar cómo sus pechos se escondían bajo el sujetador: unas vistas muy agradables.

—Sigue respirando, cariño —le dije, con mis labios rozando su oreja, provocando que el vello de su nuca se pusiera de punta, sin despegar mi mano de su vientre. Usé mi mano libre para apartarle el cabello de la cara, con suavidad—. Quiero que sigas respirando, y ahora sólo quiero que te concentres en el tacto de mis manos.

Comencé a acariciar sus brazos desde abajo hasta arriba, cosquilleándola, hasta llegar a su cuello, donde comencé a acariciarla suavemente. Pasé a sus hombros, dejando que su camisa cayera cada vez más por la espalda. Acaricié sus omóplatos, la parte central de su espalda, y volví a subir hacia su nuca. Zú se encontraba en un estado de relajación profunda. Sin decirle nada, dejé caer por completo su camisa, sacándole las mangas muy suavemente hasta dejarla en sujetador, lo cual hacía mucho más fácil que pudiera acariciar toda la superficie de su espalda, y al mismo tiempo recorrer sus costados y vientre.

—Sigue respirando. Sigue concentrada en mis manos.

No observé en ningún momento cualquier indicio de molestia por su parte. Sus ojos estaban cerrados y cómodos. Su respiración dirigida era estable. Aproveché una de las pasadas por su espalda para detener mis caricias sobre el cierre de su sostén. Con delicadeza y muy despacio, lo abrí. Con cada pasada hacia sus hombros, aprovechaba para dirigir los tirantes del sostén hacia la caída por sus brazos, siendo mi finalidad despojarla completamente del sostén. Ya podía apreciar prácticamente la totalidad de sus pechos. Uno de sus pezones se encontraba a la vista. Y ella permanecía, en apariencia, relajada.

—Sigue respirando. Concéntrate en el movimiento de mis manos. Concéntrate en las sensaciones que experimentas.

Llevé ambas manos hacia los lóbulos de sus orejas. Comencé a masajearlos con extrema suavidad. Era algo que a mí me encantaba que me hicieran en los masajes. A Zú le estaba encantando, pues comenzó a expresarse con otro tipo de respiraciones. Dirigí mis manos a su vientre y mi boca hacia su mejilla, donde le di un besito. Mis labios continuaron su recorrido

hacia su cuello, donde planté otros tres suaves besos. Esos besos eran un aviso: Siquieres echar a correr, ahora es tu momento. Pero Zu simplemente estaba relajada, por lo que continué. Cambié los suaves besos por unos besos más profundos, donde mi lengua pasó a la acción sobre su cuello. Y ahí vino la primera mueca de placer en Zu. Continué haciéndolo, notando cómo su piel se erizaba por completo. Aproveché ese momento para terminar de dejar caer el sujetador. No me podía creer lo hermosos que eran sus pechos, con esos pezones completamente equilibrados y de un color que apenas contrastaba con el resto de su piel. Fue inevitable que las caricias continuaran hacia esos lindos pechos, sin dejar de repetirle muy cerca de su oído:

—Respira profundamente. Sigue concentrada en mis manos.

Era consciente de que, cualquier movimiento brusco por mi parte, podría ser suficiente como para que Zu despertara de este hechizo. Pero también era consciente de que no continuar avanzando, podía dar lugar a que la joven cortara aquello al ver demasiada repetición aburrida. Así que apliqué el viejo dicho de *sin prisa, pero sin pausa*. El caso es que las yemas de mis dedos se paseaban por la totalidad de los pechos de Zu, notando incluso la dureza de sus pezoncitos, y la joven simplemente se limitaba a expresar, ahora sí, su excitación a través de exhalaciones más profundas, por no decir que se encontraba ya jadeando de placer. Llegados a ese punto, me acercaba a un momento crítico, donde cualquier distracción podría romper el hechizo, por lo que debía ir con pies de plomo.

—Sigue respirando con calma —le dije, al mismo tiempo que la iba inclinando hacia atrás, dejándola caer suavemente, sujetada por mis manos, hasta tumbarla por completo en el sofá — inhala despacio, cielo. Exhala más despacio aún.

Continué acariciando su vientre y subiendo hacia sus pechos, volviendo a bajar hacia su vientre, pensando en cómo eliminar la frontera de su pantalón sin que ello supusiera algo brusco para Zu. Decidí acariciar sus muslos y piernas con mi mano derecha por encima del pantalón, mientras que, con mi mano izquierda, continué acariciando su vientre y costado. Aproveché para hacer unas suaves y lentas pasadas sobre su pubis. Incluso con el pantalón puesto, podía notar cómo su sexo desprendía calor.

—Inhala despacio... exhala muy despacio

Desabroché el botón de su pantalón, demasiado ajustado para mi gusto y, por lo tanto, demasiado brusco el hecho de tratar de quitárselo, por lo que me limité a pasear las yemas de mis dedos por encima de su fino tanga, planteándome, ahora sí, el introducir mis dedos bajo él. Pero debía estar segura, por lo que antes de hacerlo, usé mis labios para ir besando y lamiendo su vientre, subiendo lentamente hacia sus pechos. No me podía creer que Zu me estuviera dejando lamer sus pezones. Lo estaba disfrutando. Así que no pude evitarlo. Muy suavemente, acerqué mis labios a los suyos y la besé. Noté cómo abría ligeramente los ojos, pero me devolvió el beso. Nuestros labios comenzaron a jugar y nuestras lenguas se encontraron en algún momento. Mi mano continuó su recorrido hacia el sur, muy despacio, preparándose para entrar bajo el tanga de Zu. Con mucha calma, y mientras nuestros besos alcanzaban la calurosa humedad, mi mano, con dificultad, logró entrar y posarse sobre su sexo. Alcancé su clítoris; sentí el calor. Pero fue precisamente en ese momento cuando Zu abrió completamente los ojos, hizo un extraño gesto con las manos y pasó de tumbada a sentada con verdadera rapidez. Se había roto el hechizo.

—¿Qué te ocurre, cielo? —le pregunté.

—Lo siento, Ana, no sé cómo he podido... —le costaba acabar la frase—. No sé qué me ha ocurrido, pero esto no va conmigo.

Se puso inmediatamente en pie, cogiendo su camisa y sostén del suelo, comenzando a vestirse aprisa.

—Está bien —le dije—, pero relájate, cielo. Siéntate y hablemos con calma.

—No. Es mejor que me vaya.

Parecía completamente decidida. De haber sido otra chica, le hubiese gritado que se sentara en el puto sofá, pero con Zu, no era capaz de hacerlo. Así que pasé a elaborar la pregunta más retórica que alguien haya hecho alguna vez.

—¿He hecho algo que te haya molestado, cariño?

Me miró de una forma que traslucía las palabras *¿Tú qué crees?* Y yo no podía quedarme callada.

—Cariño, no es por nada, pero la excitación que tenías era bastante palpable.

Jamás olvidaré la mirada que me lanzó. Fue una mirada de incomodidad y, al mismo tiempo, de asco. Una vez que se hubo vestido por completo, se dirigió hacia la puerta.

—Espera, Zu, te acompañó.

—No hace falta. En serio. Conozco la salida.

—¿Estás segura de que no quieras que hablemos? —le pregunté mientras ella aceleraba el ritmo por el pasillo.

—Sí, Ana, estoy completamente segura.

Salió del piso y cerró la puerta sin mirar siquiera atrás.

¿Cómo era posible? ¿Qué había pasado ahí? Si parecía disfrutarlo tanto... En ese momento me hacía esas preguntas, aunque hoy en día sé que en cierto modo usé todo tipo de manipulación y artimañas para hacerla caer en mis redes. ¿Qué esperaba que pudiera pasar? No debió sorprenderme en absoluto, pero me dolió tanto que, tras salir Zu del piso, me senté en el sofá y me eché a llorar como si fuera una adolescente a la que su novio cani la ha dejado por otra. Creo que en el fondo me dolió el hecho de que era la primera mujer con la que había fantaseado de forma romántica y no expresamente sexual; y mucho menos en términos de dominación. Me había enamorado de aquella joven. Genial idea la mía; enamorarse de una mujer heterosexual y casi diez años más joven. Con Zu a mi lado todo hubiera sido muy diferente; hubiera sido la cura natural para mi parafilia de dominación lesbica. Pero no fue posible. Y aquello me dolió. Tenía muchas cosas en las que pensar, y estaba segura de que aquel suceso con la bella Zu, marcaría un antes y un después en mi vida. Al menos en lo referente a mi vida romántica-sexual. Ella fue mi primera vez en el romanticismo, y también mi primera vez en un amor no correspondido. Y aquello dolía tanto... Me prometí a mí misma que también sería la última vez que me ocurría aquello.

5 años más tarde.

Las primeras vetas del amanecer atravesaron el ventanal de mi piso clandestino de Valencia. Me giré en la cama y vi la suave piel de mi fiel y dócil sumisa, Natalia, que aún yacía dormida junto a mí. Tiré de las sábanas hacia abajo. Me apetecía ver su cuerpo desnudo. Al hacerlo, observé que aún tenía algunas pequeñas marcas en su trasero. La noche anterior le proporcioné una buena tunda de azotes. A ella le encanta. Por eso es mi sumisa más estable y más complaciente. Era la única a la que dejaba pasar la noche conmigo. Sabía proporcionarme un buen inicio de día. Me apetecía ver sus pechos, por lo que la giré con cuidado de no despertarla. Y ahí estaban: pequeñitos y preciosos, aunque también algo enrojecidos. No podía evitar torturar esas tetitas.

—Zorrita —le susurré al oído—. Ve a prepararle el desayuno a tu ama.

—Sí, mi señora —me respondió con la voz aún dormida.

Se puso en pie y se dirigió a la cocina. Me excité sólo de volver a ver su escultural cuerpo desnudo y su decisión para obedecerme en todo. Yo debía darme una ducha. Tenía la primera consulta a las nueve de la mañana, aunque lo que más necesitaba era despojarme de la peluca, pues hacía que sintiera mi cuero cabelludo más grasiendo y sudoroso. Mientras el agua recorría todo mi cuerpo, volvía a repasar la noche de sexo salvaje con Natalia. Me excitaba sólo de pensar en lo viciosa que era esa chica. Tras terminar de ducharme y pasarme el secador, volví a colocarme la peluca. A fin de cuentas, después del desayuno, una vez que hubiera salido de casa, podría volver a guardarla en el bolso y mis folículos pilosos volverían a respirar con normalidad.

Al llegar al salón, mi joven y obediente sumisa ya tenía el desayuno preparado: fresas lavadas y cortadas, un tazón de arándanos, tostadas con jamón y aguacate y un café. La dejaba que me sorprendiera con el desayuno, aunque ya no me sorprendía, pero agradecía que lo variara. Lo mejor era verla junto a la mesa, completamente desnuda, esperando que me sentara a desayunar.

—¿Puedo ir ya a lavarme la cara y darme una ducha, señora? —me preguntó tras sentarme.

—No puedes. ¿Qué te hace pensar que has terminado ya? —me encantaba ver la cara de desconcierto que ponía ante estas palabras—. ¿Has desayunado ya, perrita?

—No, mi señora.

—¿Y a qué esperas? Toma tu desayuno antes de ducharte.

Con eso bastaba. Natalia se arrodillaba y, muy despacio, gateaba hacia debajo de la mesa, levantando mi falda. Ya sabía que no llevaba bragas. De hecho, casi nunca las usaba. No había mejor manera de comenzar el día que con Natalia comiéndome el coño como ella sabía hacer: con suavidad, pasando su lengua con esmero. Lograba llevarme al orgasmo antes de terminar de desayunar. De esa manera, mis desayunos se habían convertido en un ritual delicioso para mí. Sabía que para ella también era algo excitante, por lo que una vez que me había corrido, le solía pedir que, hasta terminar yo de desayunar, se sentara en el sofá y se masturbara para mí,

mirándome a los ojos. ¡Por Dios! Qué placer observarla. Una vez que terminé de desayunar, aún se encontraba ella tocándose. Yo debía marcharme ya para no llegar tarde.

—Cuando termines, puedes ducharte.

—Sí, mi señora —me dijo entre jadeos, pidiéndome con la mirada que la ayudase a llegar al orgasmo.

No le iba a conceder eso.

—Quizá mañana no venga. Ya te avisaré.

Cogí el bolso y salí del piso. La dejaba vivir allí. Natalia era estudiante de derecho, por lo que a cambio de su sumisión, no le cobraba alquiler. Y de paso, siempre tenía el piso limpio. Había tenido suerte con ella; y ella había tenido mucha suerte conmigo, pues tenía sexo, sumisión, alojamiento y comida, además de mucho tiempo libre para estudiar. Sólo debía pagarme con su servidumbre sexual. Una vez en el interior del ascensor, me despojé de mi peluca y la guardé en el bolso. De esa manera desaparecía AMA-KASANDRA y volvía a aparecer Ana María Quintana, la psicóloga, empresaria y escritora que lo estaba petando a nivel nacional. El problema era que hacía varios años que mi trabajo no me llenaba lo suficiente. Me dirigía a mi consulta casi por inercia, y porque aquello pagaba mis facturas. Me costaba trabajo concentrarme. Incluso había veces que me costaba prestar atención a los problemas de mis pacientes, en su mayoría mujeres. Siempre escuchaba los mismos problemas. Me resultaba agotador e incluso cargante repetir lo mismo una y otra vez a mis pacientes. Supongo que nadie está preparado para convivir con un entorno de traumas constantes. Y a eso le añadimos que cada vez mis pensamientos solían girar más a menudo hacia el mismo sitio: mi deseo sexual insatisfecho. Me era muy difícil no imaginarme a algunas de mis pacientes desnudas, siendo sometidas por mí, sobre todo con Marisa, mi paciente de esa mañana. Era una mujer de cuarenta años que nada tenía que envidiarle a una jovencita de veinte. Su rostro se mantenía firme y terso, suave y bien hidratado. Sus ojos claros y su cabello oscuro tenían un bello contraste. Y su cuerpo, al que sabía sacarle mucho provecho con su elegante forma de vestir, me hacía perder la concentración. La había imaginado más de una vez arrodillada ante mí, con su boca entre mis piernas. Aquella mañana, mientras me contaba sus avances en su proceso de sanación en su trastorno de ansiedad generalizada, yo sólo la imaginaba a cuatro patas sobre el sofá, siendo embestida analmente por mí. ¿Cómo sería follar ese culo? ¿Cómo serían sus gestos y su tono de voz mientras se corría una y otra vez? No podía seguir así. Debía dejar de pensar en ese tipo de cosas, pero me invadía ese deseo irrefrenable que cada vez recurría a mi mente de una forma más intensa. Y eso que tenía mis necesidades sexuales completamente cubiertas. Pero siempre deseaba más. Y no quería pedir ayuda a otro profesional, pues a pesar de que era psicóloga, reconocer este tipo de problema a otros compañeros, me hacía sentir mal. ¿Cómo Ana María Quintana, una psicóloga exitosa con un best seller en el mercado, podía confesar algo así? Era algo que debía guardarme para mis adentros.

Cuando terminé la consulta con Marisa, tras volver a hacerle un repaso visual e imaginarla en toda serie de posiciones, dije de ir a almorzar a la cafetería. Allí volví a acordarme de Zu. Dejó de trabajar a los tres meses de nuestra experiencia. Nunca volví a saber de ella, por lo que solo espero que le haya ido muy bien; que haya terminado su carrera y que tenga mucho éxito en la vida. No volví a mostrarme demasiado agradable con ninguna de las muchas camareras que pasaron por la cafetería. Una vez terminado el almuerzo, volví a la consulta para recibir a otra paciente. Y así pasaban los días, paciente tras paciente, problema tras problema, solución tras solución. No podía más, aunque me era muy fácil desconectar de aquello. El problema es que para desconectar siempre recurría al mismo hobby: la dominación. Tenía donde elegir. Podía ir a

mi piso, donde tenía a Natalia, o podía llamar a alguna de las otras chicas sumisas con las que había tenido contactos sexuales. A Natalia no le importaba que apareciera por allí con alguna otra chica, mientras la avisara antes. Aquel era un pacto que teníamos desde el inicio de nuestra relación Ama-sumisa, pues al igual que yo, deseaba discreción absoluta. Era sumisa en la intimidad y no quería que nadie supiera acerca de su doble vida. Cuando la conocí aún no había tenido una experiencia con una mujer, por lo que fui su primera vez. En eso no me mintió, pues es algo que se percibe con facilidad. Supuse que continuaría siendo una chica heterosexual de cara a la sociedad. En eso no era muy distinta a mí.

Pensé en quedarme en mi piso habitual, donde tengo la consulta, pero, ¿quedarme para qué? ¿para descorchar una botella de vino y tomarla en soledad? ¿Para poner una película a la que no voy a prestar atención? No me apetecía otra noche aburrida, pero, por otra parte, ya le había dicho a Natalia que no la vería hasta dentro de varios días.

Necesito pasear, aunque sea.

Salí a la calle. El sol se estaba poniendo. Miraba a los transeúntes; de aquí para allá. El tráfico se encontraba colapsado. No soportaba el ruido, y mucho menos el puto pitido del silbato del policía que estaba regulando el tráfico. Aceleré el paso con la intención de dirigirme a pie hacia algún lugar menos ruidoso. necesitaba escapar del centro de Valencia, pero las bocacalles tampoco me aportaban demasiada serenidad. Antes de darme cuenta, estaba a tan solo quinientos metros de mi piso clandestino. Tras pensarlo, supe que aquel malestar únicamente lo solucionaría con Natalia.

Qué coño. Voy para allá.

Abrí con cuidado la puerta de entrada. No podía evitar sentir curiosidad por saber lo que estaría haciendo Natalia. Ante todo, me gustaba sorprenderla. Escuchaba de fondo música reggaeton. Odio el reggaeton. Sin duda, sus gustos musicales dejaban mucho que desear. Asomé la cabeza por la puerta del salón, y ahí se encontraba sentada en el sofá, cortándose las uñas de los pies, con su pijamita infantil aterciopelado, con un Mickey Mouse en el centro y pequeños muñequitos a lo largo de toda la tela. Me gustó observarla furtivamente, tan inocente y despreocupada, sin saber lo que su tranquilidad se vería alterada en unos instantes.

Entré como una exhalación hacia el sofá y sin mediar palabra la agarré del pelo hasta ponerla de pie. La pobre se llevó un buen susto.

—Vamos al dormitorio, zorra —le grité.

Natalia aún no había asimilado mi aparición.

—A cuatro patas sobre la cama —le ordené.

Obedeció de inmediato. Le di dos fuertes azotes y llevé mi mano a su coñito, tocándolo por encima del pijama. Sin dejar de mirarla en aquella posición tan sugerente y, disfrutando de la forma de su trasero, me quité toda la ropa. Me coloqué mi arnés con dildo y lo lubriqué bien.

—¿Llevas bragas bajo el pijama?

—No, señora —me respondió, con bastante nerviosismo en su voz, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Estás llorando, zorrita?

—No, señora. Es sólo que me he asustado.

—No me gustan las putas asustadizas. ¿Sabes lo que quiero que hagas?

—Dígame, mi señora.

—Quiero que muy despacio te bajes los pantalones. Enséñame tu culo.

Aquel era uno de mis momentos preferidos. Ver cómo su trasero iba quedando al descubierto con ella a cuatro patas, hasta vislumbrar su ano y su coñito.

Me acerqué a ella.

—Hoy toca romper el culito.

Tras deslizar el dildo por su ano y hacer algunas simulaciones de entrada, la embestí.

Gritó.

Y volví a embestirla una, otra y otra vez, cada vez más rápido y cada vez con más fuerza. Me encantaba follarle el culo a Natalia, pues gemía con intensidad. Simular una violación se encontraba entre mis mayores fantasías sexuales; también en las fantasías de Natalia, aunque me reconocía que lo pasaba algo mal con este tipo de simulaciones, pero luego se ponía muy cachonda al recordarlo. No había lugar para la piedad en este tipo de escena, por lo que en mitad de las embestidas, aprovechaba para jalarla del pelo. Y aquella noche le escupí en la cara, sin dejar de follarla. Agarré sus tetas con fuerza, las azoté hasta dejarlas enrojecidas. Ella no dejaba de sollozar, escapando de sus ojos algunas lágrimas. Pero yo seguía embistiendo. Necesitaba darle más realismo a la situación, por lo que le até las manos a la espalda y, seguidamente, le

coloqué una bolsa de tela sobre la cabeza, dejándola completamente a oscuras. La puse boca arriba, coloqué una almohada bajo su cintura, dejé sus tetas a la vista y volví a follarle el culo. No dejé de hacerlo hasta que el roce del dildo me hizo alcanzar el orgasmo.

Saqué el dildo de su culo, le quité la bolsa de la cabeza, tenía el rímel corrido. Había llorado. Demasiado realismo en la escena.

—¿Te has corrido, putita?

—No, señora.

—Entonces tendré que follarte el culo otra vez hasta que te corras. Tócate mientras lo hago, pues no acabaremos hasta que vea cómo te corres.

Sabía que no podía tocarse ella misma, pues tenía las manos atadas a la espalda, pero poner excusas no es una opción para una sumisa.

Volví a penetrarla analmente. Con rapidez. Con intensidad. Su cara era un poema; entre la excitación y la angustia. La hubiese seguido follando durante horas, pero comprendía que aquello se podía convertir en algo insoportable, así que, tendría que ayudarla a alcanzar el orgasmo. Continué penetrándola y llevé mi mano a su clítoris, estimulándolo con intensidad. Fue cuestión de minutos que sus ojos se pusieran blancos y sus gemidos superaran el nivel de decibelios habitual. Se corrió. Vaya que se corrió. Tenía que darle su premio. La besé sin sacar el dildo de su culo. Fue un beso cariñoso, intenso y apasionado. Pero ese no era realmente su regalo. Me había puesto tan cachonda que deseaba llegar al orgasmo otra vez, por lo que una vez que salí de su culo y me quité el dildo, le puse el coño en su boca y la obligué a comer hasta que me llevó al segundo orgasmo. Cuando acabé, volví a escupirle en la cara, le di una bofetada y me puse en pie. Decidí vestirme rápidamente e irme del piso, porque de haberme quedado allí, sólo con verla sobre la cama, tan indefensa, la hubiera follado otra vez. Me había vuelto una mujer insaciable. Cada vez quería más y durante más tiempo. Aquello me comenzaba a preocupar seriamente, pero una siempre piensa que es algo que con el tiempo se solucionará. En realidad, mi voz interior —la voz profesional— me decía que aquello, por sí solo, tendería a empeorar. Decidí apagar esa voz.

Una vez en mi piso, ya estaba preparada para tener mi plan tranquilo: ver una película (a la que no presté atención en ningún momento) con una botella de vino que terminé antes de acabar la película. Me quedé dormida en el sofá incluso antes de quitarme la peluca. A la mañana siguiente, justo al despertar, caí en la cuenta de que había llegado a casa disfrazada de dominatrix, y ni siquiera recordaba si me había cruzado con algún vecino. Eran descuidos que no me podía permitir tener. El caso es que, salvo ese pequeño detalle, amanecí relajada. No sé si fue debido al vino o a la pasional y desenfrenada noche de sexo con Natalia. Al mismo tiempo me preguntaba cuánto tardaría en volver a apetecerme follar a mi sumisa. Esos estados de relajación y satisfacción cada vez solían durar menos. La mayoría de las veces, a media mañana, ya estaba pensando en someter a una chica, y más si alguna de mis pacientes venía vestida de forma sugerente a la consulta. Comenzaba a fantasear con la idea de desnudar y follar a la mayoría de mis pacientes mujeres. Y el problema no era el deseo en sí, sino mi falta de concentración a la hora de escuchar sus problemas. Aún así, rechacé la idea de acudir a algún colega para que me echase una mano. En realidad, no deseaba esa mano, pues disfrutaba tanto haciendo de dómina que no quería perder aquello. Como psicóloga sabía que la única manera de cortar una parafilia a tiempo consistía en alejarse de todo aquello que daba lugar a la parafilia. Y yo no estaba dispuesta. Al menos no aún. Como cualquier otra persona con una adicción, me engañé a mí misma diciendo que disfrutaría de aquello un poco más, y más adelante, volvería a la normalidad. Pobre idiota. Volví a acordarme de Zu, y la maldecí para mis adentros, pues con ella

todo hubiera sido diferente. A aquella chica deseaba amarla, y no dominarla. No pudo ser, y fue como si me hubiese condenado a vivir siempre bajo mi atuendo de domina. Está claro que Zu no tenía culpa alguna, pero en estas situaciones, buscamos culpables en lugar de asumir nuestra responsabilidad. Me hubiera venido muy bien el hecho de tener en cuenta toda la lectura que años atrás había consumido acerca de la filosofía estoica. Epicteto siempre tenía algo interesante que decir para cualquier situación de este tipo, pero en aquel momento, también decidí ignorarlo. A fin de cuentas, un griego que vivió hace dos mil años... A saber cómo se hubiera comportado Epicteto de haber tenido a cuatro patas a Natalia. Evidentemente, todo aquello lo decía para consolarme, pero en aquel momento, tenían mucho sentido mis excusas. ¿Qué había de malo en disfrutar del sexo? ¿Qué había de malo en romperle el culo a una chica sumisa que deseaba que le rompiera el culo? ¿Qué había de malo en el deseo de querer follarme a mis pacientes? Algunas eran realmente sexys. Bajo mi mando, hubieran sido unas excelentes sumisas. igual alguna hubiera necesitado que me la follara repetidamente, y así hubiese desaparecido su trastorno de ansiedad, o hubiera sanado de su duelo amoroso cuando hubiera conocido el verdadero placer de comerme el coño.

Descontrolada.

Sentada en mi consulta, esperando a mi siguiente paciente, decidí escribirle a Natalia para decirle que estaría un par de días sin aparecer por el piso. Había decidido probarme a mí misma que era capaz de contener mi deseo ferviente. me veía capaz de ello. Eran sólo dos putos días. ¿Cómo no iba a ser capaz de hacerlo? Y más en ese momento, en el que ya habían pasado las doce del medio día y me sentía satisfecha. A mi paciente anterior la había escuchado y me sentía orgullosa del avance que estábamos teniendo en su terapia. Llevaba varias semanas sin tener una nueva crisis de ansiedad, todo un éxito, teniendo en cuenta que solía tener una crisis a diario. Varios toques suaves sonaron en la puerta. “Adelante”, respondí. Entró la señora Rosalinda García. Sin duda, su nombre hacía honor a su rostro. Era muy linda. Al cerrar la puerta, no pude evitar reparar en su trasero, con aquellos vaqueros oscuros que resaltaban su prominente trasero, y aquella blusa escotada de color blanco que hacía imposible no mirar ese antílope de pechos preciosos.

¿Cómo puede esta zorra venir vestida así?

Me puse en pie para saludarla, y en lugar de darme la mano, me dio dos besos. Su perfume era de notas dulces, con un ligero tono de extracto de madera, y uno de sus besos había terminado en la comisura de mis labios. Casi sentí la humedad de su boca. Era la primera consulta que iba a tener con ella, por lo que debía ser capaz de concentrarme, al menos en su primera vez. Necesitaba conocer con verdadero interés las respuestas a las típicas preguntas que hacemos en consulta: qué te ocurre y cuánto tiempo llevas con eso. En el caso de Rosalinda, el motivo de su consulta se debía a que, a raíz de su divorcio, no lograba lubricar bien en sus relaciones sexuales. Su libido se había visto afectada. Aquello nos llevó a que aún no se había quitado de la cabeza a su ex marido, un famoso empresario valenciano. Le cazó al recibir un mensaje vía Whatsapp. Una tal Lorena le preguntaba cuándo volverían a verse en el lugar de siempre. Con todo el dolor de su corazón, Rosalinda tomó la decisión de poner fin a aquella relación que, hasta aquel momento, ella pensaba que era una relación monógama y feliz. Hacía ya más de un año de aquello. Rosalinda había tenido citas con otros hombres, pero su autoestima había sido tan dañada que no lograba excitarse durante el acto sexual. Yo la escuchaba atentamente, sobre todo sus problemas sexuales, pero no podía dejar de imaginarla en la cama, desnuda, y por supuesto, a cuatro patas mientras yo me acercaba por detrás lista para embestir ese trasero. Cuando quise acordar, perdida en su escote, el tiempo de su consulta acabó. La derivé a mi otra psicóloga para que tuviera sesión con ella los miércoles por la tarde. No me veía capaz de contenerme con su presencia. Sabía que era cuestión de tiempo que no pudiera evitar despojarla de su ropa. Como psicóloga sabía que era mucho mejor evitar la tentación que resistirse a ella. El caso es que me había abierto el apetito por follar. Me había puesto cachonda simplemente con su presencia. En ese momento supe que Natalia no se iba a librarme de mí durante varios días. En cuanto acabara mi

última consulta, si es que no terminaba por delegarla a otra de mis psicólogas, me dirigiría al piso clandestino dispuesta a romperle el culo de nuevo a mi zorrita más fiel. Eso sí, antes de ir, me apetecía tomarme un poco de vino. O, mejor dicho, bastante vino.

Necesitaba un descanso. Era otra de esas mañanas de clases en la universidad en las que cuando sonaba la campana, caía en la cuenta de que no me había enterado de nada. El profesor de economía, un gran profesional con numerosas menciones, hablaba y hablaba sin parar en uno de esos tonos que podrían curar perfectamente el insomnio. Quizá tengan razón en eso de que no se puede tener todo. Puedes ser un excelente economista y carecer de habilidades comunicativas, como parece ser que era el caso de Antonio Merín: el plasta de mi profesor. Mi compañera Natalia, que desde hacía un par de meses se había convertido en una buena amiga, parecía sufrir lo mismo que yo, pues su mirada estaba perdida mientras que el economista Merín hablaba. Aunque huelga decir que desde que la conocí, su cabecita parecía estar girando siempre alrededor de algún problema o, quizás, fantaseando con algo. No quise preguntarle, pues no soy una chica a la que le guste inmiscuirse en los asuntos de los demás. Natalia estuvo un par de veces en mi casa. No tardamos en hacer una buena amistad, pues era una chica muy agradable. Le presenté a mis padres y a mi hermano. Les cayó genial a todos. Incluso mi hermano, que es un joven muy atractivo que cuenta con la atención de la mayoría de las chicas, se sintió atraído por ella. Pero Natalia no se mostró demasiado interesada en mi hermano, algo que me extrañó. Creo que hubieran hecho una buena pareja, pues ambos eran guapos y agradables.

Y por fin sonó la campana; fin de las clases. Qué alivio, ¡por Dios! Natalia me sonrió desde el otro lado, emocionada también por la finalización del discurso pro-capitalista del señor Merín.

—Qué plasta de tío —me dijo suspirando jocosamente.

—Y que lo digas, pero no sé por qué me da que lo que ha explicado va a caer en el examen. Natalia se puso las manos en la cabeza.

—Pues habrá que estudiar, pero paso de volver a escuchar uno de sus discursos. Sólo escucho el zumbido de un abejorro.

Sonréí. Por primera vez observé en Natalia unas marcas extrañas sobre la parte alta de sus pechos. La revisé visualmente con disimulo y vi un ligero moretón en el lateral de su cuello. *No puede ser. Espero que no sea lo que parece* —pensé en aquel momento—. ¿Y si su distracción se debía a que Natalia se encontraba siendo maltratada por algún imbécil? Eso tendría sentido, aunque luego lo pensaba mejor y lo veía improbable en el caso de Natalia. Era una chica misteriosa, pero se le notaba que tenía carácter.

—¿Quieres que repasemos los apuntes hoy en mi casa? —me preguntó.

Y aquello me extrañó bastante, pues siempre había declinado la posibilidad de ir a su casa, poniendo una u otra excusa. Al menos a mí me sonaba a excusas.

—Claro, Natalia. ¿sobre las seis de la tarde te viene bien? Podemos pedir a la noche unas pizzas y ya cenamos. Si te parece bien.

—Me parece un buen plan, Noelia —contestó con una amplia y sincera sonrisa.

Lo cierto es que tenía curiosidad por ver dónde vivía. Quizá fuera un apartamento demasiado pequeño, o cutre, y por eso sentía vergüenza de llevar a una persona. En unas horas obtendría al menos la respuesta a esta pregunta que me comenzaba a rondar la cabeza.

Llegué un poco antes de las seis de la tarde. Lo que no me esperaba es que Natalia hubiera alquilado un piso en aquella zona, y mucho menos en ese lujoso edificio. No entendía nada de urbanismo, pero sabía que alquilar un piso en ese edificio debía costar un ojo de la cara. Quizá sus padres tuvieran mucho dinero, aunque ciertamente, siempre veía a la pobre Natalia con apuros económicos, tratando de no gastar más de la cuenta. Claro que, pagando un piso en esa zona, sería muy normal que no le quedara demasiado dinero para ahorrar. Al llegar a su piso, me quedé aún más sorprendida por la decoración minimalista y lujosa. Seguía sin comprender cómo una joven podía permitirse todo aquello. Aunque para mi gusto, eso sí, la decoración era demasiado oscura. Incluso las luces tenían como máxima potencia una iluminación demasiado tenue.

Tras tomar unos refrescos, saqué los apuntes de mi mochila y nos pusimos a repasarlos sobre la mesa del salón. Me extrañó que no me enseñara las habitaciones de la vivienda. Podía notarla algo cohibida, y, en cierto modo, me atrevería a decir que algo incómoda. Yo seguí sin querer hacer preguntas y centrarme únicamente en los apuntes. De vez en cuando bromeábamos sobre la voz autómata y aburrida del profesor de economía, y rápidamente volvíamos a centrarnos en el estudio. Fue en un cambio de posición de las carpetas cuando una de ellas acabó derramando el refresco sobre mí. Di un respingo, pero mi pantalón de lino se acabó empapando.

—Dámelo que te lave rápido —me dijo Natalia—. Si no se te quedará la mancha.

Me quité el pantalón y se lo di. Me dio un poco de vergüenza, pues llevaba únicamente un tanga bajo el pantalón. La vi mirarme el trasero, aunque apartó la vista rápidamente. A fin de cuentas, estábamos entre amigas. Se llevó el pantalón a la cocina. Yo me quedé de pie, pasando un trapo a la mesa, tratando de salvar los apuntes que no habían sido mojados. Entonces giré la cabeza y vi una silueta tras la puerta del salón. Era una mujer vestida de una forma extraña.

—Hola. ¿Tú quién eres? —Me preguntó con sequedad.

—Soy Noelia. Soy amiga de Natalia.

—Ya —contestó, nuevamente con sequedad.

La mujer entró al salón, caminando muy despacio. Iba vestida con un mono de cuero de color negro. Su pelo era... Parecía que llevaba una peluca. Su maquillaje era de aspecto gótico. Pero era su expresión la que me incomodaba. Incluso su forma de mirar me daba pavor, y más cuando la veía repasando mi cuerpo. Caí en la cuenta de que yo estaba casi desnuda de cintura para abajo.

—¿Y usted es...? —pregunté para salir de dudas.

—¿Acaso importa? —dijo mirando fijamente a mi tanga—. ¿Dónde está Natalia?

—Está en la cocina, lavándome el pantalón.

Esa mujer era algo mayor que Natalia y yo, pero no tan mayor como para ser su madre. Entonces, ¿quién era esa mujer cuyos ojos estaban algo enrojecidos? Incluso tenía la sensación de que estaba borracha.

—¡Kassandra! —dijo Natalia como sorprendida por su presencia—. No te esperaba hoy.

Noté el nerviosismo desmedido en Natalia. Algo no iba bien. De haber tenido el pantalón puesto, justo en ese momento hubiera puesto alguna excusa y me hubiera marchado de allí, pues la tensión se podía cortar con unas tijeras.

—Ya sé que no me esperabas, pero aquí estoy —el silencio se apoderó del salón—. ¿No vas a saludarme?

—Claro —respondió Natalia, acercándose a la tal Kassandra.

Le dio dos besos.

—Ese no es el saludo que esperaba.

Natalia me miró gélida, y acercó su boca al oído de Kassandra para susurrarle con vergüenza:

—Por favor, ahora no. No me hagas esto, por favor.

Aunque el susurro fue muy bajito, escuché perfectamente aquello. Y no entendía absolutamente nada.

—Salúdame como es debido —le pidió de nuevo la mujer.

Natalia, roja como un tomate, acercó su boca a los labios de Kassandra y la besó ante la mirada fría de la mujer.

—No es así como quiero que me saludes. Hazlo como tú sabes.

—Por favor... —rogó de nuevo en un susurro.

—HAZLO —gritó la mujer con fuerza.

Me asusté.

Natalia se puso de rodillas, se inclinó y comenzó a besar las botas de látex de la mujer.

—Pásale bien la lengua —le pidió.

No daba crédito a lo que mis ojos veían. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Quién era aquella mujer?

—Buena chica —le dijo acariciándola como si fuera un perro—. Puedes ponerte de pie. Y ahora... ¿me puedes decir quién es esta zorrita?

¿Zorrita? ¿Me había llamado zorrita? Me quedé de piedra.

—Es mi amiga Noelia, de la Universidad.

—Tu amiga es muy guapa. Y tiene un buen culo.

Esa mujer hablaba como si yo no estuviera delante. Y lo hacía con bastante grosería.

—¿Es otra comecoños? —preguntó Kassandra.

—¿Cómo dices? —respondí con agravio. No podía soportar aquellos comentarios ni un segundo más—. Natalia, dame el pantalón esté como esté. Tengo que marcharme.

—No te muevas de donde estás, Natalia —dijo la mujer—. Y tú, jovencita, aún no te vas a ninguna parte

Me quedé perpleja. Estaba tan atónita y aterrada que no supe qué decir. Simplemente permanecí en pie, tratando de hacerme la invisible, lo cual era algo complicado si tenemos en cuenta que esa mujer no me quitaba la vista de encima. Es más, se acercó y colocó su dedo índice bajo mi mentón, elevándolo.

—Te lo preguntaré a ti, ya que Natalia no me ha respondido. ¿Eres otra come-chochitos?

Negué con la cabeza.

—No, a mí me van otras cosas —le respondí con cierta ironía.

Ella sonrió mientras que Natalia permanecía con la mirada gacha.

—Salúdame tú también. Hazlo como es debido.

—Ya te he saludado —le respondí.

—Háblame con respeto, puta. Y ahora, salúdame como es debido. No te lo volveré a repetir.

¿Qué coño estaba pasando? Aquello era lo más surrealista que había vivido en mi vida. Y esa mujer me daba mucho miedo. La situación en sí y ver cómo Natalia permanecía con la vista puesta en el suelo, me generaba pavor.

—No voy a besarte las botas —le dije, tratando de mantenerme firme.

—Claro que no. No quiero que me beses las botas —sonrió. Llevó su mano hacia mi pelo y me jaló hasta colocarme de rodillas—. Lo que quiero es que las lamas, puta.

Grité. Se me escaparon las lágrimas. Esa mujer estaba presionando mi cara sobre sus botas.

—¡Lame! —me gritó de nuevo.

Me estaba haciendo daño en la nuca. Ahí entendí los moratones de Natalia en el cuello. Le pedí varias veces que me soltara, pero volvió a gritarme. Comprendí que no me iba a dejar marchar si no lamía sus botas, por lo que saqué la lengua y la pasé por la superficie.

—Buena perrita. Saca un poco más la lengua.

Era demasiado humillante, pero seguí haciéndolo hasta que puso fin a aquella humillación, eso sí, aprovechando para vejarme de nuevo.

—Buena perrita. Parece que llevas lamiendo botas toda tu vida. Ahora siéntate en el sofá y quédate en silencio.

Sin saber por qué, en lugar de echar a correr, obedecí a esa loca. Desvió su mirada hacia Natalia.

—Ven aquí —le pidió—. Quiero que te desnudes para que tu amiga vea lo guapa que eres.

—Por favor, no. No me hagas eso —suplicaba Natalia con la voz prácticamente quebrada.

—¿No me has oído? —la expresión de la mujer daba miedo—. Quiero que te coloques justo enfrente de ella, y mirándola, quiero que te quites la ropa. Hazlo despacio.

Natalia se colocó frente a mí, completamente avergonzada.

—No tienes por qué hacerlo, Natalia —le dije en un tono por encima de un susurro.

—Ella sabe que sí debe hacerlo —me respondió con frialdad Kassandra—. Y si tú no cierras la boca, me encargaré de ti. Ahora solo quiero que disfrutes del cuerpo de mi puta —miró a Natalia con desaprobación—. ¿A qué esperas?

Natalia se desprendió del jersey, tratando de no cruzar la mirada conmigo. Debía estar avergonzada. Yo también lo estaba. Se desprendió del pantalón ante la mirada orgullosa de Kassandra. Llevó sus manos al cierre del sostén, cerrando los ojos. Sus pechos quedaron al descubierto. Natalia tenía un cuerpo escultural. Introdujo sus dedos bajo el elástico de las bragas y las bajó, tal y como le había pedido la mujer: muy despacio. Era inevitable que mi vista se dirigiera al pubis y los pechos de Natalia. Cuando se hubo quedado completamente desnuda, llevó sus manos a la nuca y abrió ligeramente sus piernas. Me quedé de piedra al presenciar aquello. Era como si estuviera domesticada para hacerlo; como si aquello formara parte de su rutina diaria.

Kassandra se colocó tras ella, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Y desde la parte trasera agarró los pechos de Natalia; más bien los estrujó.

—¿Te gustan las tetas de mi puta? —me preguntó.

Yo no sabía qué contestar. De hecho, no me apetecía decir nada. Sólo quería irme de allí.

—Quiero que le mires el coño.

Esa mujer estaba enferma. Mantuve la vista fija en sus ojos, pero insistió:

—Mírale el coño sin miedo.

Lo miré. Era bello, bien rasurado, al igual que el mío.

—Estoy segura de que no has visto muchos coñitos así.

Llevó su mano al sexo de Natalia, insistiéndome en que no dejara de mirar. Natalia parecía estar disfrutando a pesar de su incomodidad. Esa mujer la estaba acariciando sin llegar —técticamente — a masturbarla.

—Ahora ve a tu habitación y espéranos allí —le dijo, liberándola de los tocamientos abusivos.

—Sí, señora.

Natalia parecía otra chica muy diferente. Era como un zombie que simplemente se dejaba guiar por esa mujer. Y yo temía quedarme a solas con ella. Esa Kassandra no se encontraba en sus cabales. Me miró y seguidamente se sentó junto a mí en el sofá. Me hubiese apartado hacia un lado, pero ya me encontraba en la esquina. Hubiese echado a correr hasta la puerta, pero ¿en

tanga? Además, posiblemente me hubiera alcanzado antes de llegar a la puerta. Sólo sabía que no me gustaba en absoluto cómo miraba mis piernas y cómo sonreía cuando clavaba la vista a la altura de los pechos.

—Eres muy guapa —me dijo colocando su mano sobre mi muslo, acariciándolo ligeramente. *Ya me lo has dicho antes*, pensé para mí.

—Gracias.

No quería que se enfadara, mientras que mi cerebro aún se encontraba repasando las posibles opciones.

—Ha llegado tu turno —me dijo con toda la naturalidad del mundo.

—Quiero irme.

—¿Por qué? Si aún no sabes lo que voy a hacer contigo.

Colocó su mano aún más arriba, rozando prácticamente el lateral de mi pubis. Le aparté la mano, diciéndole:

—Es que no vamos a hacer nada. Repito. Voy a levantarme y me voy a marchar.

—No, cariño. Esto no funciona así.

—¡Qué! —exclamé.

—¿Tú crees que puedes venir a mi casa, pasar rato con mi sumisa llevando únicamente un tanga de puta, y marcharte así sin más?

Aquellas palabras me hicieron sentir pavor. Pero debía mantener la entereza.

—Es precisamente lo que voy a hacer. Y tranquila, que no volveré a tu casa. De hecho, no sabía que era tu casa. Pensaba que era el piso de Natalia.

—Bien —me dijo llevando su dedo a mi mentón—. Pues ya has aprendido una cosa nueva hoy.

—¿Qué más puedo enseñarte?

—No tienes que enseñarme nada.

—Yo creo que sí. En principio te enseñaré a dirigirte a mí con respeto. Dirígete a mí como señora.

—No pienso llamarte señora —le dije, sabiendo que aquello la enfurecer.

—Lo harás. Una parte de ti sabe que acabarás llamándome señora.

Bajó la cremallera de su vestido hacia la mitad de sus voluminosos pechos.

—Quítate la blusa —me pidió.

—No pienso quitarme nada.

—Te explico. Voy a intentar tratarte con cariño, pero si sigues con esa actitud, te lo voy a hacer pasar mal.

—Pero quién se creía que era esa mujer? —¿Qué parte de que quería marcharme no comprendía? —Por qué se sentía con ese derecho sobre mí?

—¿Y bien? —prosiguió—. —¿Te quitas la blusa o te la quito yo?

Ahí lo vi claro y traté de levantarme, pero me lo impidió con su brazo, mostrando en el rostro una expresión de seriedad perversa.

—Está bien —me dijo.

Lo siguiente que sentí fue una bofetada.

—Levanta los brazos.

—Quiero irme —le dije muy asustada.

Me dio otra bofetada. Llevó sus manos hacia mi blusa y no tuve más remedio que dejar que me sacara la blusa por arriba. Inmediatamente, me cubrió los pechos, aunque llevaba el sujetador.

—Baja los brazos. Deja de cubrirte —me pidió en tono calmado.

Obedecí.

—¿Lo ves? No pasa nada. Somos dos mujeres en un sofá. Yo con un vestido de cuero y tú con una lencería demasiado fina para una zorra tan joven —sonrió con una medio sonrisa maquiavélica—. Déjame verte. Ponte de pie, aquí, frente a mí.

Muy a mi pesar, me puse tal y como me pidió, tratando de ocultar el temblor de mis manos.

—¿Ves? Cuando se obedece, todo marcha mucho mejor.

Se quedó más de quince segundos examinando visualmente mi cuerpo.

—Gírate —la obedecí de nuevo, aunque no me sentía nada cómoda dándole la espalda—. Supongo que te lo habrán dicho más de una vez, pero tienes un buen culo.

Sentí sus manos sobre mi trasero, palpándolo como si yo fuera ganado al que había que examinar.

—Ya puedes girarte —me dijo dándome una nalgada—. Ponte de rodillas en el suelo.

Es curioso, pero negaba con la cabeza al mismo tiempo que me colocaba de rodillas.

—Quítame las botas.

Bajé la cremallera, primero de una y después de la otra, en cierto modo relajada, pues pensaba que me iba a pedir otra cosa; y esa otra cosa, estaba claro que no pensaba hacerlo.

—Me gusta verte así; de rodillas. Debo confesarte algo —me decía mientras bajaba un poco más la cremallera de su vestido—. Ahora mismo estamos en un momento crítico. Lo que quiero decirte es que a partir de este momento, si me desobedeces o rechistas por cualquier cosa, me veré obligada a atarte y amordazarte. ¿Lo has entendido?

Una fina lágrima se escapó de mi ojo derecho.

Asentí con la cabeza.

—Eso no es una respuesta —me dijo.

—Sí —le respondí con muchísimo esfuerzo.

Me dio otra bofetada.

—Eso tampoco es una respuesta.

—Sí, señora.

Sonrió.

—Te dije que acabarías llamándome señora. Quiero ver tus tetas.

Sentía que no tenía otra opción. Llevé mis manos al cierre de mi sostén.

—No te he dicho que te quites el sujetador. Sólo te he dicho que quiero verte las tetas —no entendí aquello, pero rápidamente, Kassandra me resolvió la duda—. Ya te las saco yo.

Introdujo su mano, agarró uno por uno mis pechos y los sacó del sujetador. Me sentía ridícula así: de rodillas y con los pechos fuera del sujetador.

—Qué preciosidad —me decía, acariciando las areolas de mis pezones. Mis pezones respondieron rápidamente al estímulo, endureciéndose—. Ahora sí vamos a dejarlos sueltos.

Llevó ella misma sus manos a la parte trasera de mi sostén, desabrochando el enganche. Mis pechos se liberaron, ante la mirada de complacencia de Kassandra. Y yo no dejaba de preguntarme hasta dónde quería llegar esa loca. Por su mirada, ya sabía cuál era el siguiente paso.

—Me apetece ver tu coñito. Muéstramelo.

Se retrepó en el sofá y cruzó las piernas. ¿Por qué debía seguir sus órdenes? Principalmente, porque me daba miedo desobedecerla. Lo hizo todo paso a paso, de forma que el paso siguiente no era ninguna barbaridad una vez dados los pasos anteriores. Si alguien me hubiera dicho que me iba a encontrar frente a una mujer, con los pechos al aire y a punto de quedarme completamente desnuda delante de ella para... no sé qué intenciones llevaría. Bueno, en realidad, lo sabía perfectamente. Volví a pensar en mis opciones y mi subconsciente me trajo.

—Ni lo intentes —me dijo, como si hubiera leído mi pensamiento—. La puerta está cerrada con llave. Vamos. Enséñame ese coñito. No tengas miedo. Ya he visto muchos chochitos.

Me quedé bloqueada; ahí en pie, semidesnuda frente a esa psicópata. No quería hacerlo, y por su mirada, sabía que no se daría por vencida.

—Ya sé lo que te ocurre —esbozó una amplia sonrisa—. necesitas un estímulo. Estarías más cómoda si yo me desnudara también, ¿verdad?

La loca bajó por completo la cremallera de su vestido de cuero y se deshizo por completo de él, quedando desnuda. Tenía un cuerpo muy bien cuidado. Y a pesar de la peluca, se podía apreciar que era una mujer bella, por lo que no comprendía el por qué estaba empecinada en aquello. Era una mujer que podía disponer de cualquier hombre, y supongo que de cualquier mujer lesbiana. Pero tenía la sensación de que disfrutaba mucho más sometiendo a una chica que se encontraba fuera de su control.

—Sigo esperando. Me estás comenzando a enfadar. ¿No te gusta lo que ves? —elevó sus piernas, apoyando los pies sobre la superficie del sofá, y abriéndolas bien, para asegurarse que veía su sexo totalmente rasurado—. Voy a tocarme mientras te quitas ese tanguita.

Llevó la mano a su sexo. Lo hizo. Comenzó a tocarse frente a mí sin apartar la mirada de mis ojos. Yo sabía que era cuestión de tiempo que me obligara a despojarme del tanga, o lo que era peor, que ella misma lo hiciera después de darme otro par de bofetadas. El problema era que no quería que ella se saliera con la suya. ¿Por qué tenía que hacer lo que ella dijera? La respuesta no tardé en encontrarla. Antes de darme cuenta, dejó de tocarse y se puso en pie. Me agarró del pelo con violencia y comenzó a dirigirme hacia fuera del salón, gritándome:

—Tú te lo has buscado, putita. Ahora nos lo vamos a pasar bien.

Abrió la segunda puerta a la izquierda del pasillo. Me quedé helada al ver a Natalia de espaldas a la pared, con las manos colocadas en la nuca y las piernas abiertas, como si estuviera castigada. En realidad, estaba bastante bien entrenada. Seguía sin entender aquello. Sólo sabía que me había hecho daño al cogerme del pelo de aquella manera. Pero cuando sentí el mayor pánico fue cuando, tras entrar a la habitación, cerró la puerta con llave y cogió unas cuerdas. Traté de resistirme, pero esa loca tenía demasiada fuerza, por lo que no tardó demasiado en inmovilizarme las manos a la espalda, advirtiéndome que el siguiente paso sería ponerme una mordaza o una bolsa en la cabeza si continuaba sin obedecerla.

—Suéltame, por favor. Quiero irme —le pedí.

Me ignoró por completo. Se dirigió hacia el fondo, donde se encontraba Natalia. También la agarró del pelo y trajo hacia donde yo me encontraba.

—Ponte de rodillas —le ordenó Kassandra a Natalia.

Ella obedeció sin rechistar, colocándose de rodillas frente a mí, sin levantar la mirada. Kassandra volvió a dirigirse a ella:

—¿Sabes que la zorra de mi amiga no ha querido enseñarme su coñito? ¿Qué vamos a hacer con ella? Porque quiero verlo. ¿Cómo vas a complacer a tu ama?

Kassandra se colocó detrás de mí, y agarró mis pechos. Yo sentía los suyos pegados a mi espalda. Supongo que aquello era una forma de asegurarse de que no me moviera. Pude ver cómo Natalia llevó sus manos al elástico de mi tanga, comenzando a bajarlo. La que era mi amiga me estaba desnudando. Ahí sí me invadió un profundo sentimiento de vergüenza, aunque podía notar a Natalia más avergonzada que yo. ¿En qué momento me vi metida en ese enfermizo juego? Conforme mi tanga iba bajando, notaba cómo Kassandra pellizcaba mis pezones, al mismo tiempo que manoseaba mis pechos. Podría decir que me los estaba masajeando. Lo peor de todo era que, por algún motivo, me estaba comenzando a excitar. Entonces llegaron los

susurros de Kassandra, con su boca pegada completamente a mi oreja:

—Tienes unas tetas muy ricas —me decía sin dejar de jugar con ellas—. Abre la boca.

Antes de darme cuenta, sus dedos estaban en el interior de mi boca.

—Chupa. Chúpalos como si fueran una polla.

Y ahí me encontraba, chupando sus dedos, mientras su otra mano seguía jugando con uno de mis pezones.

—Qué boca más profunda tienes. ¿Lo tienes todo igual de profundo?

¿Qué clase de pervertida habla de esa manera? El vello de mi nuca se erizó, aunque no creo que fuese del miedo.

—Ahora mi sumisa va a probar tu coñito.

Fue terminar de decirlo y Natalia ya tenía su boca pegada a mi sexo. Notaba su lengua lamiendo con esmero. Aunque me cueste reconocerlo, aquello me estaba provocando mucho placer. Nunca llegué a pensar que el sexo oral proporcionado por una mujer se sintiera de aquella manera. Aunque trataba de evitarlo, los gemidos comenzaron a escapárseme.

—¿Nunca te ha follado una mujer, zorrita? —me preguntó, sacando los dedos de mi boca, esperando una respuesta. Como la respuesta no llegó, volvió a darme una ligera bofetada. Y en esta ocasión, no me molestó demasiado, pues sentía la lengua de Natalia moviéndose entre mis piernas. Así que le respondí tal y como ella esperaba que le respondiera:

—No, señora.

—Me encanta desvirgar a una chica en su primera vez. ¿Te gusta cómo mi sumisa te come el chochito?

—Sí, señora —le respondí.

—Bien. fíjate en cómo lo hace, porque quiero que tú lo hagas igual.

Me mantuve en silencio, pues hacerle sexo oral a una mujer no era algo que estuviera en mis planes, aunque ¿acaso algo de lo que estaba haciendo se encontraba previamente en mis planes?

—Túmbate boca arriba en la cama —me ordenó.

Obedecí.

Entre las dos me abrieron bien las piernas y Natalia me colocó una almohada bajo la cintura. Seguidamente, se metió entre mis piernas y siguió lamiendo mi sexo. Me encontraba súper-excitada. Y ahí llegó Kassandra, casi sin previo aviso, colocándose a horcajadas sobre mí, colocando su sexo en mi boca.

—Come.

Lo hice. Su olor era agradable, y su sabor lo era aún más. No me podía creer lo que estaba haciendo, y lo que era pero, no podía creerme que me estuviera gustando tanto, sobre todo el trabajo que Natalia estaba haciendo con su boca. Me tenía a punto. Tan a punto que ya venía, y Kassandra lo notó, por lo que aceleró sus restregones con mi boca, tratando de buscar ella también su orgasmo. Me corrí; vaya que si me corrí. Y rápidamente, Kassandra me giró y me colocó boca abajo. Acto seguido, me colocó una bolsa de tela sobre la cabeza. No veía nada. No entendía por qué. Sólo sentía unas manos tratando de elevar mi cadera. Me pusieron de rodillas con el pecho pegada a las sábanas, lo cual me resultaba algo incómodo al tener las manos atadas a la espalda. Sentí entrar en mi vagina algo que no era cálido, aunque tampoco era frío. Entendí lo que era cuando noté cómo me penetraba con ello. Supuse que, por la fuerza y rapidez, me estaba penetrando Kassandra con un ímpetu escalofriante. Pero no tardé en alcanzar el segundo orgasmo con esas embestidas. Las embestidas cesaron, pero... espera. ¿Qué estaba haciendo Kassandra? Notaba saliva correr por mi ano y noté el mismo objeto, ahora sí, algo más cálido, comenzando a entrar. Dolía. Aquello dolía mucho. Grité, pero Kassandra no se detenía. Todo lo

contrario. Aceleraba el ritmo. Sentí cómo una mano comenzaba a tocar mi clítoris. Debía ser Natalia que me estaba ayudando a alcanzar el tercer orgasmo. Fue una sensación rara, pues el dolor comenzó a sentirse cada vez menos y el placer comenzó a ser cada vez mayor. Fue inevitable alcanzar el tercer orgasmo.

Como venía siendo costumbre en Kassandra, no me dio demasiada tregua, por lo que me volvió a colocar boca arriba, me quitó la capucha e inmediatamente ya la tenía otra vez sentada sobre mi cara. Me pidió que comiera y lo hice hasta que logró tener un orgasmo. Tras bajarse, le dijó a Natalia:

—Ahora tú.

Natalia se sentó sobre mi boca y lamí su sexo hasta que se corrió. Podríamos decir que aquel día tuve mi primera experiencia lesbica. Más bien, mi enfermizo trío lesbico.

En la voz de Ana María Quintana

12

Desperté sobre las diez de la mañana con un terrible dolor de cabeza. El vino siempre me había provocado una resaca espantosa, y lo cierto es que la noche anterior se me había ido la mano con varias botellas. Tenía varias llamadas perdidas en mi móvil. Ni las escuché. Eran de la clínica. Debía haber estado allí a las nueve de la mañana, que era cuando tenía mi primera consulta y, no recordaba con quién. Sólo esperaba que hubieran encontrado una buena excusa para justificar mi ausencia. Estaba comenzando a descuidar mi trabajo y eso sí me preocupaba bastante. Pero, ¿cómo llegué a casa anoche? Esa pregunta me inquietó aún más. No era capaz de recordar si había cogido el metro o un taxi, o quizás vine caminando. No lo recordaba. Pero comencé a recordar lo que hice. ¡No, por Dios! Estuve en mi piso con Natalia y recuerdo perfectamente que había otra chica. Prácticamente violé a aquella chica. Podía oler aún su sexo en mis dedos. Recordé que la obligué a desnudarse y a comerme el coño. Recordé que era una joven muy guapa con unas buenas tetas y un coño muy jugoso. Pero... ¿qué hice? ¿Cómo pude obligarla a hacer todo aquello? ¿Qué me estaba ocurriendo? Las imágenes continuaron pasando por mi mente, y los recuerdos se fueron construyendo como piezas de un puzzle que van encajando. ¿Cómo terminó la noche? Recuerdo que me senté sobre la cara de la amiga de Natalia hasta que me corrí. Luego ordené a Natalia que se sentara sobre su cara e hiciera lo mismo. ¿Y después? me masturbé viéndolas. Las obligué a besarse y hacerlo entre ellas teniéndome como espectadora. Veía la imagen de la amiga de Natalia tumbada sobre la cama mientras que Natalia, sobre ella, la besaba apasionadamente. Me puse en pie y... ¡Otra vez! Me coloqué el dildo y follé a Natalia mientras besaba a su amiga. Recordaba la cara sorpresiva de la chica al ver cómo penetraba a Natalia con tanta lujuria.

Aquella mañana deduje que había llegado el momento de hacer un cambio en mi vida, pues era consciente de que estaba siguiendo un camino que no me iba a conducir a ningún destino favorable. Debía marcharme de Valencia y comenzar a hacer las cosas de diferente manera, pues sentía que me había descontrolado por completo. Lo tenía fácil. Sólo debía irme a Madrid y centrarme en mi clínica de la gran capital. Incluso me planteé la idea de recibir ayuda profesional. Era cuestión de pensar en manos de qué psicólogo o psicóloga me podría poner para que me ayudara a retomar las riendas de mi vida. Necesitaba conectar con mi esencia de nuevo, pero era consciente de que sería un camino difícil, ya que disfrutaba tanto con las sesiones de dominación que no me veía a mí misma sin ese estímulo que se había convertido tan necesario en mi vida; tan adictivo. Y ese era el verdadero problema: tenía una especie de adicción al sexo dominante. Había caído en una parafilia y ni siquiera podía decir que no me hubiera dado cuenta de ello. Mentiría. Llevaba años sabiendo que tenía ese problema, por lo que debía ser sincera conmigo misma y poner remedio a mi situación. Así que aquella misma mañana lo decidí. Dejaría Valencia y me trasladaría a Madrid. No hay mejor forma de provocar un cambio que cambiar por completo el entorno. Sabía que, de esa manera, ayudaría a mi cerebro a crear nuevas redes neuronales. Con eso y la ayuda de algún colega podría retomar un rumbo saludable para mi

vida. Pero ¿qué iba a ser de mí? Iba a echar de menos a mi fiel sumisa.

En la voz de Natalia.

13

No podía mirar a la cara a Noelia. De hecho, trataba de evitarla por todos los medios. Me sentía avergonzada de que hubiera descubierto mi secreto, y más avergonzada aún de cómo habían sucedido las cosas aquella noche en mi piso, con la entrada inesperada de Kassandra. También me sentía culpable por lo que Kassandra la había obligado a hacer. Claro que, siendo honesta, quitando mi incomodidad por la situación, disfruté mucho de Noelia. Lo cierto es que llevaba mucho tiempo fijándome en ella. Para mí, Noe era algo más que una simple amistad. Me gustaba, pero siempre tuve en cuenta que ella no era lesbiana, por lo que me conformaba teniéndola como amiga. Gracias a Kassandra pude disfrutar de ella, aunque ahora me sienta tan sucia por ello.

Hacía una semana que no hablaba con ella. me la cruzaba en las clases y ambas agachamos la mirada. Noe se debía sentir tan avergonzada como yo, y aquella incomodidad me hacía sentir aún peor. Había perdido a una amiga que me había demostrado que era una persona en la que se podía confiar. No poder disfrutar con ella de sus bromas y compañía me hacía sentir sola. Más sola aún, pues incluso Kassandra vino a verme para decirme que se marchaba de Valencia. No quiso decirme adónde se iba, aunque me dijo que podía quedarme a vivir en el piso sin pagar alquiler hasta que terminase la carrera. Agradecí ese gesto, pero aún así, me dolió que se marchara. Nunca pensé que echaría de menos a alguien que sólo aparecía para usarme sexualmente. Pero es que me gustaba que me usaran como ella lo hacía. Si bien al principio no fue exactamente así, a base de dejarme llevar por ella, llegó un momento en que fantaseaba a cada rato con ser su esclava sexual, deseosa de que mi Ama entrara por la puerta e hiciera conmigo lo que ella considerara conveniente. Por eso me dolía tanto que se marchara. ¿Cómo iba a obtener ese placer que sólo ella sabía proporcionarme? Lograba convertir mi dolor en un placer desorbitado. Pero incluso en las despedidas, Kassandra sabía hacerlo. La noche que me dijo que se marchaba de Valencia, tuvimos una última sesión de despedida. Me arrancó la ropa, me abofeteó, me escupió y me folló todos los orificios en toda clase de posturas y posiciones. Lo hizo durante horas. De hecho, mi ano ardía cuarenta y ocho horas después. Me masturbaba cada noche pensando en la dureza de aquella última sesión.

Una semanas más tarde me encontraba en el piso pensando en si salir a tomar algo con unos amigos o quedarme en casa viendo una película. En realidad ninguno de esos dos planes me entusiasmaba a pesar de que era sábado. El timbre sonó y un ápice de esperanza recorrió mi sistema nervioso. ¿Sería Kassandra? Pero claro, conforme me dirigía hacia la puerta caí en la cuenta de que Kassandra nunca había llamado al timbre. Ella entraba sin llamar. A fin de cuentas, aquél era su piso y yo su sumisa. O al menos antes lo era. Cuando abrí la puerta, la sorpresa fue aún mayor. Era Noelia, con un vestido corto y muy perfumada.

—Hola, Natalia. ¿Podemos hablar un momento?

Me quedé exhausta.

—Claro que sí. Pasa.

Noe entró con la cabeza gacha, mirando de soslayo hacia el resto del piso.

—¿Estás sola?

—Sí, Noe.

—No hay peligro de que aparezca esa mujer, ¿verdad?

Me sonrojé.

—No. No está en Valencia. Así que puedes estar tranquila.

Sentía cierta necesidad de pedirle perdón por lo que pasó aquel día, pero una parte de mí no deseaba sacar ese tema después de varias semanas. Supongo que pensó que si no se habla de ello, sería como si no hubiese ocurrido. Claro que ambas sabíamos que aquello había ocurrido.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunté, invitándola a sentarse en el sofá.

—Si puede ser un refresco de cola, te lo agradecería.

Salí hacia la cocina, en cierto modo feliz, pues Noe parecía venir a verme muy tranquila. Comencé a fantasear con la idea de que, quizás, y sólo quizás, podría venir a decirme que se sentía atraída por mí. O algo así. Fantasear es gratis. Estaba impaciente por saber a qué había venido. Le serví su refresco de cola y yo me serví una ginebra con tónica. Estaba nerviosa, así que algo de ginebra ayuda a relajar los nervios. Al menos eso es lo que dicen; sobre todo los alcohólicos. Dejé que fuera ella la que hablara, por lo que me senté junto a ella en el sofá, en completo silencio. Noe suspiró antes de hablar.

—¿Eres lesbiana? —me preguntó.

No quise mentirle.

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees? O eres o no lo eres.

—No lo sé, Noe. Nunca había estado con una mujer hasta que un día, hablando por un chat, conocí a Kassandra. Me hizo una proposición. Accedí a probar. En principio sólo se trataba de obedecerla, seguir algunas órdenes y dejar que me castigara un poco, pero luego Kassandra fue subiendo el nivel y a mí me gustó.

—O sea, que sí eres lesbiana.

—Posiblemente. Bueno..., sí, casi seguro que sí.

—Y además eres sumisa.

—Sí.

—Te gusta que te digan lo que tienes que hacer —continuó Noe.

—Sí, bueno, sólo en el sexo.

—¿Y yo te gusto?

Sentí que la cara me ardía. Tenía que ser sincera con ella.

—Sí.

—O sea, yo te gusto y, además, te gusta que te den órdenes.

—Sí.

—Entonces, si yo te pido algo, ¿lo harías?

—No sé adónde quieras ir a parar —le dije con sinceridad.

—Verás, no he dejado de darle vueltas a lo que pasó aquella noche, y no sé... quería probar algo. Sólo quiero saber si me lo concederías.

—¿De qué se trata?

—No me has respondido, Natalia. ¿Me lo concederías?

Aquello era muy raro, pero claro que a Noe le concedería prácticamente cualquier cosa.

—Sí, te lo concedería.

—Gracias, Natalia. Quiero comprobar algo, ahora que estamos tú y yo a solas.

—Dime.

—¿Puedes ponerte de pie y desnudarte?

Me quedé de piedra. Pensándolo mejor, creo que me excité tras escuchar aquello.

—Si es algo que quieras, puedo hacerlo sin problema.

Noe asintió con la cabeza. me puse de pie y me deshice de la sudadera. Seguidamente del pantalón, y mirándola a los ojos, me deshice del sujetador.

—¿Las bragas también? —le pregunté.

—Sí, por favor. Quítatelo todo.

Lo hice. Noe se quedó pensativa, observando mi cuerpo desnudo, llevando su vista a mis pechos y después a mi sexo. Seguidamente, no sólo llevó su vista. Fueron sus manos las que acabaron tocando mis pechos, y con un tacto suave en forma de caricia, deslizó su mano hacia mi sexo. Aquello me puso a mil.

Me miró con una extraña expresión. Entonces se deshizo de su vestido, sacándolo por arriba. No llevaba nada debajo del vestido.

—¿Podrías comérmelo? —me preguntó, abriendo las piernas.

—Claro que sí.

Recibir una petición así, viniendo de Noe, era como un sueño hecho realidad para mí. Sentir cómo se estremecía con mi lengua lamiendo su sexo, me pareció lo más excitante del mundo. Acabamos besándonos y pasando al dormitorio donde pudimos disfrutar la una de la otra sin ningún tipo de prisa. Nos amaneció entre orgasmos. Fue la primera vez que hice el amor de verdad con una chica. Yo también fui la primera vez de Noe. Nos acabamos convirtiendo en pareja, alejadas de todo lo referente a la dominación y sumisión, aunque todo sea dicho de paso, de vez en cuando recurríamos a realizar algunas de esas prácticas. Pero lo hacíamos de forma equilibrada y alternando los roles. A los tres meses del inicio de nuestra relación, para mi cumpleaños, me hizo un regalo que nunca olvidaré: un arnés con dildo. Se lo colocó y me penetró analmente hasta correrme. Ya estaba enamorada de ella, pero de no haberlo estado, aquel día ella lo hubiera logrado. Dejé de esconderme. Me sentía tan feliz junto a Noe que ya no me importaba que todo el mundo supiera que tenía una relación con una chica. A ella le costó un poco más reconocerlo públicamente, pero lo hizo, y la quise aún más por ello.

Supongo que todo fue gracias a cassandra (o como se llamara la que fue mi Ama durante mucho tiempo), de la que no volví a saber nada durante años, hasta que un día tuve noticias de ella. Me hizo una visita, y no para dominarme, sino para pedirme algo diferente.

En la voz de Elena Montoya.

14

Hace meses que tengo dificultad para hacer frente a los gastos de mi consulta. Cada semana se dan de baja algunos pacientes y por más que publicito la consulta en redes sociales y en la prensa, no parece funcionar. Recurrí a hacer ofertas con los tratamientos, pero tampoco dio resultado. Desde que esa pija estirada andaluza se marchó de Valencia y abrió una gran consulta de psicología justo frente a la mía, todo parece haber caído en picado para mí. Cada vez que la veo en entrevistas locales, algo arde dentro de mí, pues sólo dice obviedades, pero la gente le aplaude por ello. Compré sus libros, y no entiendo cómo se han convertido en best seller, pues no son nada del otro mundo. No dice nada innovador que no se haya dicho en ningún otro libro de psicología. Incluso yo podría haber escrito algo mucho mejor. Supongo que será fruto de una buena campaña de publicidad. De otra forma, no entendería el éxito de esa mujer.

La otra mañana, tomando un café en mi cafetería habitual, ahí estaba, en televisión, y uno de los clientes de la cafetería le pidió al camarera que le subiera el volumen a la televisión para escucharla mejor. Estaba hablando del por qué las parejas hoy en día no funcionan. «Nos hemos vuelto más egoístas que nunca, —decía a la presentadora—. No estamos dispuestos a luchar por lo que es importante. Y además, no estamos dispuestos a perdernos el placer de lo inmediato si ello supone un sacrificio para nosotros.» Se me rebotó el estómago hasta el punto que no pude terminar el desayuno. ¿Cómo ha podido triunfar esa psicóloga de pacotilla de esa manera? No había que estudiar la carrera de psicología para entender que sólo decía obviedades y más obviedades. Supongo que será porque es una mujer guapa, aunque habría que verla sin maquillaje.

Salí de la cafetería y, esperando a cruzar el paso de peatones, ahí estaba ella; en el escaparate de una librería, con un stand específico para sus libros, y había una mujer comprando varios de ellos. Ella estaba al fondo, sentada, firmando y dedicando libros. No soportaba verla con esa sonrisa que a todas luces era fingida, con su pose de falsa seguridad, lo cual me imagino que sería idea del manager de campaña publicitaria, al igual que el hecho de vestirse con esa camisita blanca escotada sin mostrar demasiado. Estaba más que claro que esa psicóloga de pacotilla era fruto de una excelente campaña publicitaria. A fin de cuentas, las editoriales sólo quieren vender, y si para ello logran dar con una mujer que en ese momento está de moda, la realzarán mucho más. Incluso serían las propias editoriales las que hablarían con los programas de televisión para que la invitaran a sus patéticos programas matutinos de televisión dirigidos a patéticas amas de casa que no saben nada de psicología y creen que comprando el libro de esa tipa aprenderán algo que les ayudará a mejorar su vida. Patético todo. Investigué sobre ella. De hecho, he dedicado varias mañanas a leer todo lo que se dice sobre ella: sobre la tal Ana María Quintana. ¿Cómo puede hablar de relaciones una mujer que ya está en sus cuarenta años y aún no se ha casado. De hecho, se dice que ni siquiera tiene pareja. Y aún así, tiene los cojones de hablar de relaciones sanas. ¿Qué relación tienes tú, guapa, para hablar de ello? Yo al menos tengo un marido, un buen marido, de hecho. Y un niño que va a cumplir ocho años. Yo sí sé las dificultades que atraviesan

los matrimonios, pero tú, Quintana, ¿qué cóño sabes de relaciones? Y lo peor es que la gente admira a esta tipa; a ese producto publicitario, dañando a los que ejercemos la psicología con pasión y desde el conocimiento real.

Y por más que trataba de ignorarla, no podía. Incluso mis propios pacientes, en ocasiones, me enviaban por Whatsapp algunos artículos en los que se hablaba de ella, dando siempre su opinión de mierda cargada de obviedades. Si abría el periódico, ahí estaba la psicóloga Ana María Quintana, hablando de cómo evitar que al tener niños, la sexualidad en pareja se vea dañada. ¿Pero qué sabrás tú de eso, si no tienes niños ni pareja? Por no tener no tienes ni una mascota. ¡Eres un fraude y una pésima psicóloga!

En varias ocasiones, escribí a los principales medios para proponerles escribir un artículo sobre psicología. La mayoría no me contestaron. Otros me respondieron que la idea era muy interesante y que ya me dirían algo. Han pasado dos meses y aún no tengo respuesta. Hablé con varias editoriales para proponerles mi idea sobre un libro de salud mental. Me dijeron que lo escribiera y que les mandara el borrador, y que una vez hecho eso, ya me dirían algo. Escribir un libro sin saber si va a ser publicado no es muy motivador. También escribí a varias televisiones locales, ofreciéndome para que me entrevistaran sobre los problemas actuales de pareja. Me respondieron con desdén. ¿Cómo puedo demostrar que soy mejor psicóloga que esa tal Quintana si nadie me permite demostrarlo? Mi consulta era como el Titanic tras su choque con el iceberg. Poco a poco se iba hundiendo, como se hundía también mi ya de por sí debilitado estado de ánimo. En mi caso tenía muy claro que el iceberg había sido esa psicóloga de pacotilla. Veremos cuánto te dura el éxito, guapa. Tú no has trabajado tanto como yo, y, lo que fácil viene, fácil se va, ¡ZORRA!

Me he planteado escribirle una carta anónima. Pero no sé qué decirle. Ya se me ocurrirá algo. No quiero tener a esa mujer frente a mi edificio. Bastante tengo con verla en la televisión y la prensa todos los días. Puto fraude de mujer.

En la voz de Ana María Quintana.

15

No ha sido fácil, pero en estos momentos puedo decir que todo me va genial, tanto a nivel laboral como a nivel mental. Hace años que no tengo ningún tipo de experiencia BDSM. En realidad, no tengo ningún tipo de experiencia sexual más allá de la masturbación. Con la ayuda de una psicóloga pude dejar atrás mi parafilia. Pero no puedo bajar la guardia, pues como psicóloga, sé perfectamente que tanto las adicciones como algunas parafilias, no desaparecen por completo de nuestro núcleo basal, por lo que siempre estarán ahí, aunque adormecidas, esperando el momento de volver a activarse en el entorno o momento propicio.

He vuelto a recuperar la pasión inocente que me llevó a estudiar psicología. Vuelvo a disfrutar del trato con los pacientes. No voy a negar que, de vez en cuando, al ver a alguna de mis pacientes atractivas, mi mente me lleve por momentos a esos derroteros de la imaginación, pero tengo herramientas emocionales para salir rápido de esos pensamientos. Y me siento orgullosa de mí misma cuando lo consigo. Eso sí, debo bajar el estrés. Con el éxito de mi segundo libro, me tienen de plató de televisión en plató de televisión, y cuando no es la televisión son las entrevistas para periódicos. Mi libro alcanzó el millón de ejemplares vendidos el mes pasado. Eso se traduce en cerca de un millón de euros por las regalías, una vez descontados los impuestos. Jamás pensé que ganaría tanto dinero. Es más, nunca pensé que podría tener tantas fuentes de dinero. Incluso mi última clínica de psicología abierta en pleno centro de Madrid, tenía la agenda totalmente cubierta hasta dentro de un año. Aquello me hacía recordar que posiblemente fuera buena idea contratar a una nueva psicóloga. Pero, ¿para qué? Nos iba bien así. Y yo me había convertido en una mujer muy rica. Sentía que tenía un propósito más importante que yo misma, aunque me sentía culpable al sólo poder dedicar cuatro horas semanales a la consulta. Ahora me había especializado en parafilias. Si yo había sido capaz de salir de una de ellas, consideraba que tenía las herramientas necesarias para ayudar a otras personas, aunque era consciente de que la cura de una parafilia rara vez era completa, pero podía ayudar a una persona a sobreponerse a ella y que la parafilia no afectara a su vida de forma tan trágica. En mi caso, cuando el deseo se me hacía insopportable, además de la gestión emocional, solía cerrar la puerta de mi despacho con cerrojo y masturbarme. me quedaba satisfecha y podía continuar con mis consultas. Eso mismo acabo de hacer. Me dirijo al lavabo, y me lavo las manos. Paso por recepción y allí está mi joven y apuesta secretaria, la cual me entrega el correo recibido. Son más de veinte cartas, la mayoría de publicidad. Las otras son para recordarme el pago del alquiler de la consulta; otra trae el cheque de mi última conferencia y otra... viene sin remitente, lo cual me resulta extraño. La abro y sólo veo un folio con unas pocas líneas escritas a ordenador:

“Ana María Quintana, eres un puto fraude. Disfruta de tu éxito mientras puedas. Lo que fácil viene, fácil se va. Yo sé quién eres en realidad”

Al leer eso, una extraña sensación de calor ha recorrido todo mi cuerpo. ¿Por qué esa carta? ¿Quién me ha escrito? Me he puesto demasiado nerviosa. Mis manos tiemblan. Jamás he recibido una carta de este tipo. Puede que sea algún gracioso, pero, ¿y si es alguien que conoce mi pasado? Se me pasa por la cabeza Zu, la chica del bar, pero, de ser ella, ¿por qué ahora? También se me pasa por la cabeza la amiga de mi ex sumisa Natalia. Pero no creo que esa chica sepa quién soy, pues siquiera Natalia conoce mi verdadera identidad. ¿Qué se hace en estos casos? Aparcar la carta, guardarla y no volver a pensar en ella. Seguir con mi vida como si nada es lo correcto. Aunque me he puesto muy nerviosa.

Tras acabar mi última consulta con una paciente, me he dirigido nuevamente a recepción para coger el correo. Han pasado dos semanas desde que recibí aquella misteriosa carta y, desde entonces, estoy obsesionada con el correo. Incluso abro el correo electrónico dos veces al día, esperando encontrar algún mensaje amenazante, pero no. Creo que fue algo puntual. Debería relajarme, aunque me he convertido en una obsesa del correo, lo cual hace que me sienta más irritable de lo habitual, y eso no es nada bueno para mí, pues rompe en cierto modo mi estabilidad emocional, dando paso a otro tipo de emociones que me piden desahogarme de otras formas, y debo evitar hacerlo. No puedo retroceder con todo lo que llevo avanzado, por lo que cierro el pestillo de mi consulta y vuelvo a masturbarme. He pasado de hacerlo un par de veces a la semana a hacerlo cinco veces a la semana. Sé que eso no es una buena señal, pero paso de volver a asistir a la psicóloga. Iré reduciendo el número de veces que me masturbo yo misma. Además, la masturbación no tiene nada de malo, siempre y cuando no la asociemos con elementos dopamínicos, como es el porno. Yo tiro de imaginación, y con eso me basta.

Necesito que me dé el aire. Salgo de mi despacho y le digo a mi secretaria que volveré en menos de una hora; estaré a tiempo para mi consulta de las doce. El aire de la calle, aunque esté contaminado por el CO₂ de los vehículos, me sienta de maravilla. Decido dar un paseo a pie. Cruzo la calle y me detengo a verme a mí misma en las portadas de la docena de libros que hay en la librería donde hace varias semanas hice una firma de libros. Supongo que todos tenemos algo de egocéntricos, pues me gusta verme en ese stand. Veo salir del edificio colindante a una mujer que, si no recuerdo mal, es una psicóloga. Tiene consulta justo en ese mismo edificio. Lo sé porque varias de mis pacientes venían de su consulta. Creo que se llama Elena; Elena Montoya si no recuerdo mal. Es una mujer atractiva aunque su rostro refleja cierta amargura. Me ha mirado de soslayo y he tenido la sensación de que no me ha deseado un buen día. Es algo bastante frecuente con algunas psicólogas. A algunas no les gusta los mensajes que lanzo en entrevistas, pues pueden considerarlos demasiado simplistas o, incluso, pueden considerar que generalizo en exceso, pero claro, ¿acaso se puede hablar para decenas de miles de espectadores sin generalizar o simplificar? Para individualizar están las consultas individuales.

Hora de subir. No he caminado ni cien metros, pero me siento renovada. Prepararé mi consulta para recibir a mi paciente. He avanzado mucho con ella. He logrado evitar que deba recurrir a psicofármacos para su depresión. Todo gracias a la Terapia Cognitivo Conductual, que en tan sólo cinco sesiones ha dado sus frutos. Creo que para la sesión número diez, estará completamente alejada de la depresión. Le daré otras cinco sesiones de refuerzo y con ello contará con el agradecimiento de otra de mis pacientes.

Por fin es viernes. Entré por la puerta de mi consulta con vitalidad, sabiendo que, en cuanto terminara la sesión que tenía a las nueve de la mañana, podría despedirme hasta el lunes. Había decidido irme aquel fin de semana a Málaga para visitar a mis padres, a los cuales hacía meses que no les veía. Mi secretaria me dio el correo y me dirigí con él a mi despacho. Y ahí se encontraba nuevamente una carta sin remitente. Mi corazón se aceleró como un tambor desbocado. La abrí y...

“Yo sé quien eres en realidad. Y todo se sabrá. Te lo prometo, zorra”

Pero ¿quién escribe esas cartas? ¿por qué me llama zorra? Si esa persona tiene algo para joderme, ¿por qué no lo hace en lugar de amenazarme? Sabía que podía tratarse de una tontería, pero no podía evitar ponerme muy nerviosa con ello. Era posible que esa persona supiera algo de mi pasado y por eso me escribía. Pero ¿por qué?

Escuché el *toc toc* en la puerta. Era mi paciente. Las manos me temblaban y debía relajarme. Debería haberme masturbado, pero ya no tenía tiempo para ello.

—Adelante —grité, guardando la carta en un cajón.

—Buenos días.

La chica que entró era preciosa. No tendría más de veinticinco años, y su pelo era de color negro azabache, piel perfectamente bronceada y un cuerpo escultural al que sabía sacarle partido con su forma de vestir: pantalón ajustado, como unas mayas que dejaban ver perfectamente la forma de sus glúteos, y una camiseta de color negro de manga corta que marcaba su definido cuerpo y sus pechos muy bien puestos, pero esos ojos, o quizás sea su mirada, envuelta en ese iris de color marrón verdoso, me fascinó. Se presentó tímidamente. Me dijo que se llama Estefanía y se sentó rozándose las palmas de sus manos con sus rodillas, lo cual indicaba nerviosismo. Se recogió una hebra de cabello rebelde y lo escondió detrás de su oreja. Hacía tiempo que no fantaseaba con una paciente de la forma en que lo estaba haciendo con ella. Debía mantener la compostura y concentrarme, pero su simple presencia me lo impedía, y su forma de gesticular hacía que mi mente divagase hacia perversos pensamientos. Le pregunté cuál era el motivo de la consulta, y más nerviosa aún me dijo que desde hacía varios años le preocupaba el hecho de que únicamente se excitaba cuando era sexualmente sometida. Que eso le había ocasionado varios problemas, pues no era capaz de disfrutar del sexo de forma tradicional. Le pregunté qué tipo de prácticas eran aquellas con las que solía fantasear; las que necesitaba en una relación íntima para excitarse por completo. Le estaba costando trabajo ser sincera en este sentido, por lo que le insistí en que debía conocerlo absolutamente todo para poder diagnosticar. Y fue entonces cuando comenzó con su relato.

—Es extraño, y me resulta muy difícil hablar de ello —me dijo, sin dejar de frotarse las palmas de las manos con sus rodillas—. No sabría decirle con exactitud. A veces fantaseo con la idea de ser forzada y violada por un desconocido. Está claro que esa fantasía queda únicamente en fantasía, pues no me resultaría placentero en la vida real.

—Entiendo —le dije, indicándole con la mano que prosiguiera.

—Pero luego en la cama, necesito cierta agresividad sexual. Me gusta que me tiren del pelo, que me azoten, incluso que vayan más allá de mis límites. Pero el problema es más profundo, pues no me sirve que lo haga un chico con el que ya tengo confianza, es decir, no me sirve que sea a modo de juego. Prefiero que lo haga un desconocido con el que aún no tengo confianza. Supongo que sin ese factor de riesgo, no logro excitarme. Y me preocupa bastante, pues he estado con muy buenos chicos, y tras pedirles que me penetraran con más fuerza o que me azotaran con intensidad, al principio les gustaba, pero yo quería más, y veía en sus rostros la expresión de preocupación. me miraban como si yo estuviera loca.

—Continúa.

—Y en ocasiones me siento mal. Muy mal.

—¿Cuándo te sientes mal?

—Por ejemplo, una noche quedé con un chico a través de un chat. Bueno, en realidad no era un chico, sino un hombre que pasaba de los cuarenta años. Quedé directamente en su casa. Desde que entré por la puerta, el señor actuó con mucha agresividad. Inmediatamente me puso de rodillas para chupársela, me abofeteó mientras lo hacía. Me arrastró del pelo hacia el dormitorio y una vez allí, me desnudó y me azotó con fuerza. Sentía mucho miedo por la actitud de este hombre, pero al mismo tiempo estaba muy excitada. Era lo que necesitaba, de hecho, era lo que le dije que me gustaba, pero sentía pavor al estar viviendo eso. Cuando llegué a mi casa, me dio por llorar. Me sentía sucia, pues el hombre tampoco era demasiado atractivo. había dejado que me follara un don nadie y me había arriesgado a que fuese un loco de los muchos que existen en internet. Lloré mucho, pero al día siguiente me masturbaba pensando en la escena que viví, y deseaba repetir aquello, a pesar de que sabía que lo volvería a pasar mal. Ahí comprendí que debía pedir ayuda profesional, pues cuando te apetece hacer algo y una vez que lo has hecho te sientes mal por ello, es una clara señal de que algo no funciona bien en mi cabeza.

La chica estaba en lo correcto. Había definido perfectamente un tipo de adicción al sexo o un tipo de parafilia que yo, a modo personal, comprendía perfectamente. Pero mi mente, por desgracia, no estaba pensando en eso, sino en la forma de convertirme en la dómina de esa chica. Era una lástima que no la hubiera conocido fuera de la consulta. Y además, por lo que me contaba, deducía que era una chica heterosexual, y ciertamente, no hay nada que me ponga más que iniciar a una chica heterosexual en su primera experiencia lesbica. No quise quedarme con la duda y se lo pregunté directamente:

—Cuando fantaseas con este tipo de cosas, ¿suele ser únicamente con hombres o también lo haces con mujeres?

—Sólo con hombres.

—¿Nunca has fantaseado con la participación de una mujer en tus fantasías?

—Hasta ahora no, quizá con una mujer trans sí haya fantaseado. De hecho, estuve a punto de ser dominada por una chica trans.

Esa chica me estaba poniendo a mil. Y yo sabía que no debía, pues era volver a comenzar con lo que ya había dejado atrás. Pero ¿cómo puedo evitar que cada célula de mi cuerpo se sienta atraída por una dulzura así?

—Cuéntame lo de la chica trans —le pedí.

—No fue nada. Simplemente que una noche estaba muy cachonda en casa y me dio por meterme en la sección de contactos en internet. No sé cómo terminé viendo la sección de travestis y transexuales. Vi el anuncio de una chica trans que decía que era Dominatrix, y comencé a imaginarla sesionándome, follándome y corriéndose en mi cara. Tenía un pene enorme. Mi

fantasía, sobre todo, era que me forzara y me penetrara analmente, pero la guinda del pastel de mi fantasía consistía en verla correrse sobre mi cara.

—¿Al final te echaste atrás?

—Qué remedio. Pedía cien euros la hora y sólo tenía cuarenta euros para gastar. Negocié con ella para ver si podía dejármelo en cuarenta, pero supongo que no se sentiría atraída por las mujeres, pues no logré que bajara siquiera de los ochenta euros.

—Y ahí se acabó?

—Sí, me masturbé para quitarme el calentón, pero no bastó con aquello. Así que me metí nuevamente en un chat y busqué a algún chico que le fuera el tema de la dominación. Quedé con él. Fue patético. Era un chico joven sin experiencia; muy inseguro. Estaba súper nervioso, lo cual hacía que a mí se me quitaran las ganas. Necesitaba sexo duro, no alguien tan tímido.

—Estefanía, lo que tienes es un inicio de un trastorno parafílico. Por suerte para ti, eres joven y aún estamos a tiempo de arreglarlo.

Me quedé pensativa, sabiendo que si no quería volver a caer en el vicio, debía quitarme de encima a esa chica.

—Si te parece bien —proseguí—, te derivaré con una de mis psicólogas para que inicies una terapia cognitivo conductual. Después de diez sesiones, revisaremos cómo evolucionas. En principio no le daría más importancia de la que tiene.

—Perdone —me dijo, inclinándose hacia delante—, pero si es posible, me gustaría que fuese usted la que se encargara. Si me he decidido a ir a un psicólogo es porque la vi en televisión, y confío en usted. Me gustaría que fuese usted. No me importa pagar un poco más, pues entiendo que usted estará más ocupada. Ahora trabajo y puedo permitírmelo.

Yo tratando de quitármela de encima y ella poniéndolo tan difícil. No se me ocurría ninguna excusa para no hacerle yo misma la terapia, pero tenía más que claro que si yo le hacía a ella la terapia, Iba a terminar siendo yo la que debería asistir nuevamente a terapia, pues algo tenía esa chica que hacía que mis bragas se humedecieran. Logró poner a mi cerebro a batallar entre el trato racional y el deseo animal incluso antes de comentar su problema. Una vez que sacó el tema de la dominación, noté que únicamente funcionaba mi cerebro más límbico, comandado expresamente por el placer. ¿Qué podía hacer?

—Tendré que mirar mi agenda para ver si podría hacerte hueco algún día entre semana, aunque no te prometo nada. Me va a resultar bastante difícil.

—Por favor, inténtelo. Tampoco quiero volver a contarle esto a otra psicóloga. Me ha costado mucho trabajo contárselo incluso a usted. Aunque tuviera que cogerme a última hora de la noche, o a primera hora de la mañana, incluso en fin de semana, yo le pagaría lo que me pida. Por favor, señora Quintana.

Escuchar a aquella chica llamarle *señora*, hizo que mis depravados instintos sexuales gritaran aún con más fuerza dentro de mí.

—Veo que estás decidida a que sea yo.

—Más que decidida, señora Quintana. Confío en usted y por eso me pongo en sus manos.

Sé que lo hacía de forma inconsciente, pero de saber la doble vida que yo había llevado durante años, esa chica se hubiera ahorrado aquello de “me pongo en sus manos”. Concretamente esa parte de su discurso, despertó a la bestia sexual que llevaba dormida dentro de mí desde hacía años. En ese momento, se apagó mi corteza prefrontal, mi parte más racional, y me dejé llevar expresamente por el hipocampo, más concretamente, por el cuerpo estriado y la ínsula, las zonas que dominan el deseo sexual.

—¿Confías en mí, Estefanía? —le pregunté, tratándola de dirigir hacia la perversa escena que

tracé para ella.

—Al cien por cien, señora Quintana.

—Está bien. Quiero probar algo contigo, aunque te va a resultar un tanto extraño. Sólo quiero saber si estás dispuesta a hacerlo. Se trata de una nueva metodología de trabajo. Ya que tienes claro que debo ser yo la que se va a encargar de tu terapia...

—Lo haré —me interrumpió—. Dígame de qué se trata.

Me puse en pie, me dirigí a la puerta y eché el pestillo. Al volver, en lugar de volver a sentarme en mi silla, me senté frente a ella, sobre la mesa.

—Necesito realizar contigo un tipo de terapia de choque. No puedo decirte lo que pretendo averiguar con esto —me lo estaba inventando todo.

—Usted dirá, señora Quintana.

—¿Completamente decidida?

—Completamente.

Me crucé de brazos.

—Ponte de pie, Estefanía.

La chica obedeció sin problema.

—Coloca las manos atrás, entrecruzadas.

Lo hizo, comenzando a extrañarse.

—Acércate a mí.

Dio dos pasos hacia mí. La observé de arriba abajo. Ella no entendía nada.

—¿Estás preparada?

Miró hacia arriba y hacia la derecha, lo cual es un gesto pensativo. Finalmente asintió con la cabeza.

Le di una bofetada.

Me miró aún más extrañada.

Volví a abofetearla. Y necesitaba estar segura de que podía continuar con ella.

—¿Todo bien, Estefanía?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Quítate la ropa —abrió los ojos como platos—. Toda la ropa.

Comenzó a hacerlo.

Su bronceada y tersa piel era un poema en sí mismo. Verla en sujetador, era una fantasía épica. Saber que ese sujetador iría fuera, era mucho más que una fantasía. Estefanía continuó desnudándose, mostrando sus pechos al natural; bellos y realzados pechos. Acabó por desprenderse de sus bragas, dejando a la vista posiblemente el coñito más bello que hasta entonces había visto.

—Abre las piernas.

Las abrió sin despegar su mirada de mis ojos.

—No dejes de mirarme a los ojos —le pedí.

Llevé mi mano a su coñito. Qué suavidad. En un principio, Estefanía frunció el ceño, pero luego, fueron sus ojos los que mostraron estremecimiento.

—¿Qué sientes? —le pregunté, sin despegar mi mano de su sexo, que cada vez notaba más húmedo.

—No lo sé —me dijo.

—¿No lo sabes? Está bien —le di otra bofetada—. ¿Qué sientes?

No dijo nada.

—Está bien. Dime qué sientes ahora.

Dirigí mi dedo índice al interior de su vagina.

Gimió entre un jadeo ahogado.

—Soy una mujer y te estoy tocando el coño, incluso metiéndote un dedo hasta el fondo. ¿Y no sabes lo que sientes? ¿Te sientes incómoda?

Meneó la cabeza dubitativamente.

—¿Sabes qué quiero que hagas ahora? Ponte de rodillas.

Era sorprendente con la facilidad que la chica obedecía.

—Mete las manos bajo mi falda y quítame las bragas.

Sentir sus manos entrando bajo mi falda y rozar mis muslos fue una sensación que ya había olvidado, pero el hecho de sentir cómo mis bragas bajaban, guiadas por las manos de esa chica que tenía completamente desnuda y arrodillada ante mí... uf.

El teléfono sonó justo en ese momento. Lo puse en silencio. Seguidamente, elevé mi falda, dejándole ver mi sexo. Incluso elevé una de las piernas, apoyándola en la silla.

—¿Sabes lo que quiero que hagas? No creo que sea necesario decírtelo. Simplemente hazlo.

Sentí el calor de su boca; sentí el roce de su lengua; sentí el orgasmo más rápido que había tenido en toda mi puta, exitosa y perversa vida.

En la voz de Estefanía

18

Aquella noche me sentía diferente. No sé si mejor o peor, pero estoy segura que mucho más inquieta. Me introduce en la ducha, tratando de concentrarme únicamente en los chorros de agua caliente recorriendo mi piel, pero no era capaz. Mi mente volvía a divagar hacia la doctora Ana María Quintana. ¿Qué se proponía conmigo esa mujer a la que tanto respetaba? ¿Qué fue lo que pasó en su consulta? Y lo que es peor, ¿cómo me pude excitar tanto? Ella me dijo que era una terapia de choque, pero yo no soy tonta. La doctora se aprovechó de mí. Pero entonces, ¿por qué no estoy molesta con ella? ¿Y si realmente la doctora sí está ejerciendo sobre mí algún tipo de terapia no dogmática dentro de la psicología? Poco probable, pues nunca había oído hablar de una terapia en la que la paciente le acabara comiendo el coño a la doctora. Y lo peor de todo es que aquello me gustó. Incluso sus bofetadas me pusieron cachonda. Quizá sea debido a que la doctora tiene una fuerte energía masculina, y quizás por eso, al verla tomando el control sobre mí lograra excitarme tanto. Nunca le había practicado sexo oral a una mujer, y desde luego, nunca pensé que lo haría, pero me gustó. Lo cierto es que todo me gustó, desde que sentí su primera bofetada hasta acabar quitándome la ropa y terminar con su sexo en mi boca. Y sentir su mano acariciando el mío..., uf, pensé que iba a echar a arder.

La doctora me dijo que si quería continuar con las sesiones, no debería cuestionarla en ningún momento, y debería asistir a su domicilio —y no a su consulta— dentro de tres días. Parecía extraño, ¿verdad? Lo era, pero no me importaba. Me gustaría decir que tuve que pensarlo, pero lo cierto es que por más que lo pensara, mi instinto salvaje y sexual me pedía a gritos que acudiera a su domicilio. Fantaseaba con la idea de todo lo que la doctora podría hacer conmigo. Y estaba dispuesta a dejarme llevar por ella aun desconociendo sus verdaderas intenciones.

Aquellos tres días se me hicieron bastante largos. Esperaba con impaciencia mi cita con la doctora en su domicilio, y por fin había llegado el día. Me vestí para la ocasión, colocándome un vestido de tela muy fina y elegante, bajo el cual me puse mi lencería más sexy. Para mi sorpresa, la doctora tenía su domicilio particular en la misma planta que su consulta. De hecho, creo que era el mismo piso, aunque había ideado otra puerta de entrada para separar los espacios. Y allí me encontraba, con los nervios a flor de piel, llamando a su puerta, esperando que me abriera. Me recibió vestida con una bata de color blanco, aunque se había acicalado para la ocasión.

—Antes de que pases —me dijo en tono serio—, quiero que tengas claro que en cuanto cruces esta puerta, no podrás salir hasta que yo te lo permita. Si lo tienes claro, puedes entrar.

Se echó a un lado, y yo, con férrea decisión pasé al interior. La doctora cerró con doble llave y cerrojo. Yo miraba al suelo, tan excitada como avergonzada.

—Deja la ropa aquí en la entrada —me dijo.

No entendí bien, por lo que la miré.

—Que te desnudes y dejes la ropa aquí.

Señaló a un perchero que había junto a la puerta.

Me saqué el vestido por la cabeza y mientras lo colgaba sobre una de las perchas, ella continuó hablándome.

—A partir de este momento me perteneces. Te dirigirás a mí como *señora* cuando te preguntes algo. Si no te pregunto, no quiero que digas nada. Limítate a obedecer. Descálzate y quítate también el sujetador y las bragas.

Una vez que me había quedado completamente desnuda, la doctora me tomó del brazo y me condujo a través del salón hasta un cuarto de baño que se encontraba en mitad de un largo pasillo. Ella se quedó en la puerta y señaló al bidet.

—Siéntate ahí y lávate bien el coñito.

Me sentía un tanto ridícula ahí sentada, con ella mirándome desde la puerta, dispuesta a no perderse detalle, mientras que yo abrí el grifo, esperé a que la temperatura del agua fuera la ideal y, a continuación, comencé a enjuagar mi sexo.

—Con jabón —volvió a decirme—. lo tienes ahí al lado.

Cogí el bote de jabón íntimo que se encontraba en el lateral del bidet y comencé a enjabonar mi sexo. Tuve una sensación extraña, y es que era como si la sensación de tocarme yo misma me proporcionara un placer mucho más intenso que cuando lo hacía a solas en mi casa. Supongo que saber que la doctora me estaba observando, ayudó con mi excitación.

—El culito también —me dijo—. Deja bien limpio tu ano.

La obedecí. Cuando terminé de aclarar, cogió una toalla y me la pasó.

—Sécate y sal del baño.

La doctora dio unos pasos atrás mientras yo secaba mis zonas íntimas. Salí del baño, ante su observante mirada que me repasaba de arriba abajo.

—¿Vas a hacer todo lo que te pida? —me preguntó.

—Sí, señora.

—¿Vas a dejarte hacer todo lo que yo considere oportuno?

—Sí, señora.

—Pero si no sabes todavía todo lo que voy a hacer contigo. ¿Estás segura?

—Sí, señora —volví a responder con bastante excitación ante sus dominantes palabras.

—Acompáñame.

La doctora caminó hacia el salón, y una vez allí, junto al sofá, me dijo:

—Quítame la bata.

Deshice el nudo y al abrirla pude ver que no llevaba nada bajo ella, salvo unas botas altas que le llegaban hasta las rodillas. Estaba completamente desnuda. Sus pechos eran hermosos. Todo su cuerpo era bello. Se sentó en el sofá, retrepándose.

—Ve a la cocina y tráeme un vaso de agua.

Salí del salón aun sin saber dónde se encontraba la cocina. Supuse que sería la puerta más cercana, y acerté. ¿Querría agua de grifo o de botella? No veía ninguna botella a la vista, por lo que abrí el frigorífico y ahí la encontré. Descargué el agua hasta llenar el vaso y volví al salón, con cierto temblor en las manos.

—Deja el vaso sobre la mesa —y tras unos instantes pensativa—: ¿Crees que esa es la manera de servir un vaso de agua? Tenías algunas bandejas junto al microondas.

—¿Quiere que se lo traiga en una bandeja, señora? —le pregunté.

—Demasiado tarde. Ya has cometido dos faltas: el vaso de agua y hablar sin permiso.

Iba a decir “lo siento, señora”, pero tenía miedo de que aquello fuera una tercera falta.

Ciertamente, me excitaba ese tipo de juego.

—Dame el vaso de agua —me ordenó, colocando su mano.

Volví a coger el vaso de agua de la mesa baja y se lo puse en la mano. Y lo que hizo sí que me cogió desprevenida. Lanzó el contenido del vaso hacia mi cuerpo. Solté un grito, aunque traté de ahogarlo. El agua estaba helada.

—Así aprenderás —me dijo—. Trae una fregona y seca el suelo.

Recordaba que en la cocina había una puerta que daba a una especie de alacena donde supuse que guardaría los productos de limpieza. Acerté. Junto al mueble se encontraba la fregona, la cual cogí, junto con el cubo y me dirigí nuevamente al salón. Sentía mucho frío. Se me había puesto la piel de gallina.

—¿Sabes? —me decía mientras secaba el agua—. Estás muy sexy fregando desnuda, con tu cuerpo húmedo. Cuando termines vuelve a llevar el cubo y la fregona a su sitio.

Y así permaneció la doctora, sentada, sin quitarme la vista de encima. Llevé el cubo y la fregona a la cocina y volví al salón.

—Bien, Estefanía. Tráeme un vaso de agua.

Esta vez cogí una de las bandejas de metal, y llevé el vaso de agua sobre ella. Lo coloqué en la mesa baja del salón, frente a la doctora.

—¿Lo ves? ¿Por qué no lo hiciste así la primera vez? —dijo, acabando con el agua de un largo sorbo.

Me miró con expresión adusta.

—Te he hecho una pregunta. ¿No piensas responderme?

—Lo siento, señora —le contesté.

—Sentirlo no responde a la pregunta que te he hecho. ¿Por qué no lo has hecho así la primera vez?

—No sabía que usted quería el vaso de agua sobre una bandeja, señora.

—Pero ya sí sabes cómo me gusta, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Entonces ya has aprendido tu primera lección: debes hacer las cosas como a mí me gustan.

—Sí, señora.

—¿Y cómo crees que me gustaría tenerte?

No sabía qué responder.

—Usted dígame cómo le gustaría y yo lo haré como le guste —le respondí.

—Aprendes muy rápido, Estefanía. No sólo eres guapa; no sólo tienes un cuerpo envidiable; además, aprendes rápido. Eso me gusta. Tienes tanto para darme, que no sé ni por dónde comenzar. Llévate el vaso vacío al fregadero.

Cuando volví de la cocina, ella seguía con sus piernas cruzadas en el sofá, mirándome, pensativa; ociosamente pensativa.

—Estoy pensando en abofetearte. ¿Te importa si lo hago?

—No, señora. Puede hacerlo.

—Me refiero a darte una buena tanda de bofetadas. ¿Seguro que no te importa?

Aquello reconozco que me asustó.

—No, señora, no me importa.

—También pensaba en ponerte muy rojo el culo, y tus tetitas. Y lo haría como estoy segura que nunca te lo han hecho. ¿Estás dispuesta?

—Sí, señora —seguí respondiendo cada vez con menos convicción.

—Ponte a cuatro patas sobre la mesa.

Conforme me subía a la mesa, la doctora se puso en pie.

—Abre más las piernas —me ordenaba—. Baja un poco el estómago y eleva el culo. Así,

quédate así. No te muevas.

Escuché el sonido de sus tacones alejarse a lo largo del pasillo. Yo permanecía en aquella posición que, siendo honesta, me excitaba. Cuando ella volvió escuché caer una bolsa al suelo. Supuse que ahí guardaría algunos de sus instrumentos, pero... ¿qué tipo de instrumentos? El hecho de no saberlo y no poder verlo, me asustaba y me excitaba a partes iguales. La doctora permaneció detrás de mí un buen rato, sin decir absolutamente nada, hasta que rompió su silencio.

—Ojalá pudieras ver las vistas que tengo desde aquí.

Sentí cómo sus dedos acariciaban mi ano.

—Con esta zona, ¿qué vamos a hacer? —me preguntó, haciéndome bastantes cosquillas con sus dedos—. Tiene pinta de ser un ano virgen. ¿Nunca te han follado ese culito?

—No, señora —le dije con sinceridad.

Sentí un fuerte tirón de pelo que me hizo alzarme y colocarme de rodillas. La boca de la doctora se encontraba pegada a mi oreja.

—¿Eres consciente de que me perteneces? —me dio una bofetada.

—Sí, señora.

—Toda tú me perteneces —otra bofetada.

Y otra bofetada más. No escatimaba en la fuerza de esas bofetadas. Se tomaba aquello muy en serio. Comenzó a intercambiar las bofetadas entre mi cara y mis pechos, siendo más intensas sobre mis pechos que sobre mi cara. Me costaba trabajo no gemir de dolor.

—¿Puedo seguir? —me preguntó.

Hubiese preferido que no, pero no pude decir que no.

—Sí, señora.

—Eres una zorra muy valiente —me dijo, acompañando sus palabras con otra tanda de bofetadas que hizo que se me saltara alguna lagrimita —ha llegado la hora de poner a prueba tus pezones. Giró levemente mi cara hacia ella, muy cerca mi boca de sus labios, y seguidamente llevó sus manos a mis pezones, cogiéndolos con sus finos dedos.

—Puede que esto te duela un poco —me dijo, comenzando a apretarlos— bésame.

Era la primera vez que besaba a una mujer, y hacerlo de aquella forma tan brusca, con su lengua en el interior de mi boca, me puso a mil, a pesar de que comenzaba a sentir cómo cada vez ejercía más presión en mis pezones. Incluso llegó a estirarlos hacia arriba y hacia abajo, como si fueran un juguete, pero eso sí, sin dejar de besarme hasta terminar mordiéndome fuertemente el labio. La doctora no quería perderse cómo trataba de contener mis muecas de dolor. Estaba siendo muy dura y agresiva conmigo, pero claro, fue precisamente lo que le dije en consulta que me gustaba.

Continuó torturando mis pezones con intensidad, jugando con ellos, estirándolos hacia arriba, hacia abajo, hacia los laterales y, de vez en cuando, azotándolos con sus manos. Sentía que mis pechos ardían. Durante aquellos minutos, alguna que otra lágrima brotó de mis ojos, aunque trataba sin éxito de no gemir de dolor. Intentaba contenerme, hasta que dejó de torturar mis pechos. Pasó a acariciarlos con sus uñas, muy suavemente. Y fue curioso, pues tenía los pechos tan sensibilizados a estímulos que cada caricia suya provocaba un cosquilleo en mí muy difícil de definir.

—¿Has visto tus pezones? —me preguntó—

No los había visto, pero los sentía latir. Bajé la mirada para observarlos. Era como si hubieran aumentado su tamaño. Mis pobres y sensibles pezones.

—Vuelve a colocarte a cuatro patas.

Se aseguró de que esta vez pegara bien mis pechos sobre la superficie de la mesa, abriendo aún más mis piernas. Seguidamente, noté sus caricias a lo largo de mis glúteos. Las manos de la doctora viajaban por todo mi trasero, terminando su trayecto en mi sexo.

—Siente mis dedos —me susurró, introduciendo sus dedos en mi vagina con extrema facilidad. No tardó en iniciar su veloz movimiento de brazo, penetrándome con rapidez e intensidad. Y yo gemía y gemía sin control, pero esta vez, no gemía de dolor. Me estaba provocando un placer que rara vez había sentido. Nunca me habían penetrado con tanta rapidez. Además, el ángulo de entrada de sus dedos, era perfecto para dirigir el placer al punto G de mi vagina. Iba a correrme más rápido de lo que pensaba. Y no tardé, pero ella no se detuvo. Continuó penetrándome con sus dedos de una forma más intensa, incluso dándome algunos azotes con su otra mano. Aquello era placenteramente insoportable. Trataba de mantener el equilibrio. La doctora se detuvo, dejándome a punto de alcanzar otro orgasmo. Mi corazón latía como un tambor desbocado. La escuché dirigirse hacia la bolsa y coger algo del interior de ella. Volvió a acercarse a mí.

—Me ha encantado follar tu coñito —me dijo—. Te corres rápido. Ahora vamos a probar con tu culito.

Sentí un gel frío sobre mi ano y, a continuación, noté cómo un dildo trataba de entrar, provocándome cierta molestia en un inicio. Nunca nadie había penetrado mi ano, y no es que la sensación fuera agradable, pero el hecho de que la doctora lo hiciera, era muy morboso. Mi ano no tardó en abrirse a su dildo que comenzaba a entrar cada vez más profundo.

—Qué bella sensación —me decía, acelerando el movimiento del dildo—. Ver cómo se abre tu culito poco a poco ante mí. ¿Crees que podrás correrme así?

No sé cómo lo hizo, pero penetrándome analmente, dirigió su otra mano a mi clítoris y logró llevarme al orgasmo en un escaso minuto. La doctora tenía un talento para darle placer a una mujer.

Cuando terminó me compensó con dos fuertes azotes que prácticamente retumbaron por toda la casa.

—Ponte de pie —me ordenó.

Frente a ella, contemplé nuevamente su cuerpo desnudo, bastante sudoroso por el esfuerzo que había hecho. Acercó sus labios a los míos y me besó de forma apasionada, casi con dulzura podría decir. Y volvió a hablarme:

—Has sido una buena chica. Por eso te has ganado tu primer regalito. Vayamos al dormitorio. Voy a follarte como mereces.

Abrí los ojos como platos. Esa mujer era insaciable. Claro que, en cierto modo, yo también lo era.

Nunca había estado en un dormitorio donde se respirara esa calma. Desde la tenue luz naranja hasta el olor de las sábanas. En ese dormitorio fue como si la doctora se transformara. Aparcó a esa bestia sexual que llevaba dentro y se comportó con dulzura, al menos al principio, besándome lúgicamente y colocándome sobre la cama con suavidad. Era como si me estuviera haciendo el amor. Eso sí, me penetró en todo tipo de posturas y posiciones, pero cada vez que tenía oportunidad, me penetraba sin dejar de besarme. Claro que, incluso en su versión más romántica y pasional, no dudó en volver a penetrarme analmente, en esta ocasión con un dildo incorporado a un arnés. Aún así, encontré el placer en todas y cada una de sus embestidas. Desconozco cuántas horas estuvimos en la batalla sexual, aunque por la humedad de las sábanas me atrevería a decir que fueron bastantes. No sé ella, pero yo no recuerdo el momento exacto en que caí rendida por el cansancio y el sueño. Había sido la noche más placentera de toda mi vida. Ella era capaz de proporcionarme todo el placer que yo había buscado de forma desenfrenada

durante toda mi adolescencia y juventud. Logró que me sintiera completa y saciada, algo verdaderamente difícil de conseguir en mí. Y más curioso aún, no me sentía culpable por hacerlo. No era como otras veces en las que había tenido sexo con desconocidos y luego me sentía sucia, con independencia de que después fantaseara con aquellos encuentros sexuales con desconocidos. Y todo ello, en contra de todo pronóstico, lo había logrado con una mujer de éxito con una energía dominante que lograba excitarme con su simple presencia.

Las primeras vetas del amanecer atravesaron las cortinas del dormitorio. Desperté y pude contemplar a la doctora aún dormida junto a mí. La observé de forma casi furtiva. Era una mujer muy bella y atractiva, y su cuerpo era espectacular, perfectamente delineada, desde sus pechos hasta la composición de sus caderas. Antes de darme cuenta, abrió los ojos y me cazó observándola, lo cual me puso algo nerviosa por haber sido pillada.

—Buenos días —me dijo con voz somnolienta—. ¿Has descansado bien?

Asentí con la cabeza. Ella sonrió.

—Voy a enseñarte cómo me gusta que me despierten —tiró de las sábanas hacia abajo, quedando ambas completamente desnudas sobre la cama—. Ven aquí.

Abrió las piernas y dirigió mi cabeza hacia su sexo. Jamás olvidaré aquella manera de despertar: haciéndole sexo oral, sintiendo sus manos sobre mi cabello, asegurándose de que no despegaba la boca y guiándose en la rapidez con que deseaba que lo hiciera. Escuchaba sus gemidos y yo, perdida en su sexo, continué lamiendo hasta que la doctora llegó a aquel orgasmo matutino.

Y así me quedé durante un par de minutos, con la cabeza entre sus piernas, sintiendo su respiración agitada mientras que sus manos acariciaban mi cabello. Finalmente me dijo que si me apetecía, podía darme una ducha. Me dirigí al baño, aunque a mitad de camino, la doctora me dijo:

—No cierres la puerta. Ahora iré a enjabonarte.

El baño era amplio, con un gran plato de ducha lujosamente decorado; y cálido. Tras abrir el grifo, la doctora no tardó en aparecer. Se introdujo en la ducha conmigo, bajo los cálidos chorros de agua bañando nuestra piel. Tal y como dijo, comenzó a enjabonarme, besándose con pasión, hasta llevar sus manos hacia mi sexo, al cual dedicó la mayor parte del enjabonamiento, frotando hasta hacerme estremecer. Fue la ducha más erótica que había tenido en toda mi vida. Sus manos me llevaron al orgasmo, haciendo que mis piernas temblaran de forma descontrolada. Entonces salió de la ducha y se atavió en un fino albornoz.

Tras salir de la ducha y secarme, fui hasta el salón, donde ella me esperaba con el vestido del que me había despojado la noche anterior en las manos.

—Vístete —me pidió.

Miré hacia mis bragas y sujetador, que se encontraban aún colgadas en la percha junto a la puerta.

—No —me dijo—. Tu lencería se queda aquí. Ponte el vestido. Y si deseas continuar con esto, ven dentro de dos días a las diez de la noche.

Estrujó mis mofletes con su mano, me plantó un beso en los labios y, seguidamente, me dio una bofetada. Se marchó a la cocina y yo entendí que debía colocarme el vestido y marcharme de allí.

Caminé por las calles del centro de Madrid con una extraña tranquilidad y relajación, observando cómo el resto de los viandantes se desplazaban con esas claras señales de estrés en sus rostros y andares, mientras que yo era como si flotara por las calles. El hecho de no llevar sujetador hacía que el roce del vestido con mis pezones me excitaran. Si ya de por sí tenía bastante sensibilidad en los pezones, tras la tortura de la doctora sobre ellos hacía que cada roce con el vestido me

provocara un cosquilleo demasiado placentero. Ni siquiera debía pensar en si volvería a la vivienda particular de la doctora o no. Lo tenía bastante claro. Necesitaba lo que esa mujer me había dado. Es más, deseaba que esos dos días pasaran rápido para volver a tener ese encuentro con ella. Si aquello era una terapia, sin duda, estaba funcionando, pues sentía una paz y calma sin precedentes en mi vida. Y si aquello no era una terapia, desde luego que merecía la pena continuar con esas sesiones. Mi única preocupación aquella mañana se encontraba en cómo sería capaz de concentrarme en el trabajo después de haber tenido la noche y la mañana más eróticasy de mi vida.

Trabajaba en Atención al Cliente para una multinacional, por lo que me dirigí directamente a la oficina. Mis compañeros me notaron diferente. Mi compañera Mari Carmen me dijo nada más llegar que llevaba un brillo diferente en la cara, si estaba usando alguna nueva crema hidratante. Sonréí mientras me sentaba, tratando de recordar que no llevaba ni bragas ni sujetador, por lo que debía tener excesivo cuidado con mis movimientos si no quería que todo el mundo viera más de lo que debería ver. Aunque sinceramente, tampoco me importaba demasiado. Comencé a atender llamadas, pero entre llamada y llamada no era capaz de dejar de pensar en las perversiones eróticasy que había realizado con la doctora. Fue curioso que, tras echar un vistazo a mi jefe, se encontraba leyendo el periódico; concretamente el artículo de la psicóloga Ana María Quintana. Y aquello provocaba en mí una extraña felicidad que me hacía esbozar una traviesa sonrisa, pues si ellos supieran que la psicóloga de éxito del momento —la autora bestseller nacional— había follado conmigo, posiblemente no se lo hubiesen creído. Yo sabía que era real, pues mi boca aún tenía los restos de los fluidos y mis pezones las señales de sus placenteras torturas. Incluso el ano me picaba, debido a sus fuertes embestidas. Sí, pasé la noche con la famosa doctora Quintana.

Pasaron los dos días y volví a dirigirme al piso de la doctora en gran estado de excitación acumulada. Deseaba entregarle mi cuerpo, que realizara sobre mí todas las perversiones que deseara. Esa intriga de desconocer cómo sería la sesión con ella era lo más excitante que podía sentir.

Me recibió vestida con su fina bata de color negro. Tras cerrar la puerta, sin mediar palabra, llevó una de sus manos a mi cuello y me llevó hacia la pared, apretando con fuerza, mirándome fijamente a los ojos. Seguidamente, aflojó el agarre y me besó apasionadamente, buscando mi lengua con la suya al mismo tiempo que descolgaba uno a uno los tirantes de mi vestido, dejándolo caer al suelo, sin despegar sus labios de los míos. Acarició mis pechos; los estrujó más bien; también lo hizo con mis pezones. Terminó llevando su mano a mi sexo. Yo me derretía sintiendo cómo sus dedos comenzaban a jugar con mi clítoris y haciendo su entrada al interior de mi vagina. Sentía la humedad de mi sexo. Apenas podía mantenerme en pie al estar sintiendo la excitación en su máximo exponente y apenas podía expresarla, pues mi boca estaba cubierta por la de la doctora que, ese día, se encontraba muy poco habladora. Finalmente habló, o bueno, más bien ordenó:

—De rodillas.

Una vez me puse de rodillas, se despojó de la bata. Traía colocado un arnés con un pene incorporado. Me lo metió en la boca. Sentí que tenía lo mejor de los dos mundos: una mujer autoritaria y un pene que, poniéndole algo de imaginación, lo sentía tan real. A ella le excitaba verme chupando aquel pene, incluso hacía movimientos de cadera para simular que me estaba penetrando la boca. Cuando quedó satisfecha me ayudó a ponerme en pie, y, cogiéndome de la mano, me dirigió hacia el salón, donde se sentó en una de las sillas y me pidió que me sentara a horcajadas, encajando el pene de plástico en mi vagina. Supongo que deseaba ver cómo me movía, ayudada por sus manos que se encontraban apretando mis glúteos y dirigiéndome tanto en las subidas como en las bajadas, cada vez más rápido; cada vez más energética. Volvió a besarme mientras yo continuaba disfrutando con los vaivenes de cadera sobre el pene de plástico que, a todos los efectos, lo sentía como si fuera el propio pene de la doctora. Aceleré aún más mis movimientos; sentía esa energía que da lugar al inminente orgasmo; comencé a gemir. Y entonces noté cómo sus dedos hurgaban en mi ano, tratando de entrar sin que yo dejara de moverme arriba y abajo cada vez con más velocidad. El sudor se hacía presente en mi piel, incluso podía ver cómo algunas gotas del sudor que corría por mi frente, se descolgaban hacia los pechos de la doctora. Estaba muy cerca de llegar al orgasmo cuando sentí que uno de los dedos de la doctora hizo su entrada completa en mi ano, provocando que el orgasmo llegara aún más rápido. Deseaba sentirlo en su máxima intensidad, por lo que comencé a moverme como una loca, follándome yo misma y gritando como una posesa. Caí rendida en los brazos de la doctora, que por cierto, la veía más guapa que nunca.

—Venías con muchas ganas, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, señora.

—Eso está bien. Ahora voy a romperte el culo.

Y así pasaron los meses. Al principio nos veíamos dos o tres veces por semana. Con el tiempo, llegamos a vernos casi a diario. Nada era aburrido con la doctora, pues siempre encontraba la forma de sorprenderme. Era creativa y depravadamente perversa, pero el sexo con ella era enfermizamente excitante y saciante. Claro que, una siempre acaba queriendo más, y habíamos llegado a unos niveles en los que pedir más podría considerarse incluso peligroso. No había lugar de la casa donde la doctora no hubiese penetrado ni zona de mi cuerpo que no hubiera torturado hasta hacer que me retorciera de placer. Eso sí, quedó más que claro que su práctica favorita era penetrarme analmente. Me había acostumbrado a ello, de hecho, en muchas ocasiones lograba correrme únicamente con la penetración anal. Va a ser cierto eso de que el orgasmo es más psicológico que otra cosa. Junto a ella, cada parte de mi cuerpo estaba extremadamente sensibilizada a estímulos ínfimos. Una mañana, haciendo la compra, me rocé sin querer con el carrito que llevaba una señora mayor y casi sentí un orgasmo. Debía ponerme sujetador de forma obligada, pues ninguna prenda podía rozar mis pezones. Se endurecían y me provocaba ganas de masturbarme. Podría decir que mi vida era plena y feliz, pues contaba con un buen trabajo que me gustaba —aunque cada vez me costaba más trabajo concentrarme en él—, tenía una relación muy difícil de definir con una mujer que lograba proporcionarme placer de formas que la mayoría de las mujeres no han llegado ni a soñar. El problema se encontraba en que yo comenzaba a ser consciente que mi vida se encontraba dirigida expresamente por el sexo, aunque por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba la variedad para estar satisfecha. Lo encontraba todo en una sola persona. Creo que mi relación con la doctora funcionó porque nunca llegamos a salirnos del papel Ama-sumisa. Quedábamos expresamente para follar; ni cafés en un bar ni ir al cine juntas; solo follar.

Posiblemente lo más arriesgado que llegamos a hacer, de cara a la sociedad, fue quedar en su consulta una mañana en la que me llamó para que le hiciera una visita. No sabía qué quería, pero me pareció que era algo importante. Le dije a mi jefe que debía ausentarme del trabajo un par de horas. Al llegar a su consulta, me dijo que me metiera debajo de la mesa y que le hiciera sexo oral. Bueno..., me lo pidió con sus palabras:

Ven aquí y cómeme el coño.

Cualquier otra mujer se hubiese enfadado por hacerla salir de su trabajo para eso, pero a mí, lo cierto es que me puso muy cachonda hacerlo. Si la doctora tenía un calentón y contaba con la posibilidad de solicitar a alguien para que la satisficiera, ¿por qué no llamar a su chica para que lo haga? Me encantó aquello. Todo era como un sueño erótico constante e incluso romántico para mí, aunque nunca le hubiésemos puesto nombre a lo nuestro ni hubiésemos hablado de ello. No era necesario, pues solo con sentir sus besos, sabía que bajo aquella fachada de excitante perversión existían sentimientos de afecto más profundos. Al menos quería creer eso. Claro que, por algún motivo, rara vez la felicidad no es interrumpida por algún tipo de acontecimientos.

Fue una noche de Julio cuando ocurrió. La doctora, tras abrirme la puerta de su piso, en lugar de abofetearme, besarme o desnudarme y follarme, me hizo pasar directamente al salón, dejando traslucir un rostro lánguido y entrustecido. Incluso sus ojos parecían haber descargado algunas lágrimas. No me dio un motivo explícito. Simplemente me pidió que tomara asiento en el sofá —donde tantas veces me había penetrado— y me dijo que debíamos dejar de vernos, que aquello no nos venía bien a ninguna de las dos. Me dio por llorar. No entendía absolutamente nada.

—Pero si yo estoy bien, señora —le dije entre lágrimas.

—No, Estefanía. No estás bien, y yo tampoco.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo.

—Viniste a mi consulta con un problema y yo he agravado ese problema. No nos comportamos como personas normales. Lo nuestro no es nada normal.

—Yo no deseo algo normal —le repliqué a modo de súplica.

—Créeme, Estefanía. Es más duro para mí que para ti. Debemos dejarlo aquí. Te recomendaría que asistieras a terapia con cualquier otro profesional ajeno a mi clínica.

Una lágrima con forma de pequeña perla recorrió su mejilla. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué quería ponerle fin a nuestra relación sin motivo alguno? No entendía nada. Me dio por llorar como una niña pequeña.

Me dio una bofetada.

—No llores —me dijo.

Possiblemente fuera la primera vez que no podía obedecer una de sus órdenes. Las lágrimas brotaban de mis ojos de forma descontrolada. Fue entonces cuando me agarró del pelo de forma agresiva y me puso en pie.

—Inclínate y coloca la cabeza sobre el sofá. Las piernas abiertas.

Aunque seguí sin comprender nada, lo hice tal y como me pidió. Tras un rato ausente, la doctora volvió. Levantó mi falda hasta dejar mi trasero al descubierto. Ya no solía ponerme bragas. Sentí el frío gel sobre la superficie de mi ano. A continuación, me penetró con su falso pene. Lo hizo con más agresividad que de costumbre, y sin duda, con mucha más rapidez, mientras me gritaba:

—¿Es esto lo que quieres? Dime, ¿Es esto?

—Sí, señora —le respondí yo, entre lágrimas, y tratando de ocultar el dolor que estaba sintiendo. Aquella noche no mostró ninguna delicadeza. Simplemente me embistió analmente una y otra vez. Creo que le dio sentido a la expresión *romper el culo*. Aunque más adelante me masturbaría fantaseando con esa escena, lo cierto es que en ese momento estaba sintiendo un dolor intenso. Supongo que será debido a la falta de excitación por haber recibido en las vísperas de la embestida la noticia de que no nos íbamos a volver a ver. Una vez quedó satisfecha y agotada, extrajo el dildo de mi ano, volvió a colocarme erguida de un tirón de cabello, me condujo hasta la puerta y, una vez allí, me escupió en la cara y cerró. Aún no había asimilado lo que había ocurrido, y lo que era mucho peor, no había asimilado que la mujer que me había hecho sentirme completa, me estaba abandonando. Hice el trayecto a casa sin poder dejar de llorar, invadida por una sensación de tristeza solo de pensar que jamás volvería a sentir aquellas sensaciones que durante tantos meses había vivido con ella.

Tres semanas más tarde.

Debería haber desaparecido aquella sensación de profunda tristeza, pero lo cierto es que me encontraba más cerca de una depresión de lo que había estado nunca. No logré que se me fuera el dolor por haber tenido aquella ruptura con la doctora, si es que se le podía llamar ruptura. Traté de volver a hacer lo que antes hacía: buscar sexo como válvula de escape. El problema era que ya no me apetecía quedar con un hombre dominante. Busqué una mujer para ser su sumisa y poner mi cuerpo y mi voluntad en sus manos, pero ninguna mujer era la doctora Quintana. No me sentía igual, incluso me daba cierto asco realizar algunas prácticas con otras mujeres que no fueran la doctora. ¿Qué me había pasado? Llegué a la consulta de la doctora Quintana buscando una solución a mi problema, y ahora era como si tuviera varios problemas más, incluida la confusión sobre mi orientación sexual. Ya no sabía si era heterosexual, lesbiana o bisexual. Sólo sabía que cada noche continuaba fantaseando con los momentos vividos con la doctora. Me sentía tan a gusto siendo sometida por ella. Posiblemente no volvería a correrme como lo hacía con ella.

Y este tipo de pensamientos que no dejaban de rondar mi mente me llevaron a plantearme seriamente la posibilidad de pedir ayuda a algún profesional de la salud. Mi nivel de disonancia había llegado hasta tal punto que, solo de pensar que sería una psicóloga la que me recibiría, me hacía excitarme, pensando en mi primer encuentro con la doctora Quintana. Tras realizar varias búsquedas en internet, encontré la consulta de Elena Montoya, una psicóloga con más de quince años en la profesión, especializada en trastornos de la sexualidad, conflictos de pareja y fobias. Deduje que cualquier psicólogo sabría trabajar con una parafilia. Di por hecho que mi problema, tal y como había dicho Ana María Quintana, se trataría de un trastorno parafílico. Para mi sorpresa, la consulta de esta psicóloga se encontraba justo frente a la consulta de la doctora Quintana. Estuve a punto de regresar, pues no me sentía a gusto caminando frente al edificio de la doctora donde tantas veces había estado sufriendo los placeres que ella y solo ella era capaz de proporcionarme.

Cuando llegué al portal del edificio me detuve y eché un vistazo al ventanal de la consulta de la doctora Quintana. Tras aquellas finas láminas que hacían la función de cortinas de oficina, me veía bajo la mesa de ella, haciendo sexo oral. Sentí una profunda sensación de melancolía y pasé al interior del edificio de la doctora Elena Montoya. Su despacho no estaba mal, pero poca cosa en comparación a la consulta de mi doctora favorita. Elena era una mujer alta, corpulenta y con curvas bien definidas. Sabía sacarle partido a su atractivo con un suave maquillaje de ojos y un corte de pelo que resaltaba sus facciones alargadas. Aunque no era mi objetivo de observación, la doctora Elena tenía unos prominentes pechos. Era su mirada la que no me

terminaba de generar la confianza necesaria, aunque trataba de mostrarse muy agradable conmigo; quizá de forma forzada, pero lo hacía.

Al sentarme, me dio pereza el hecho de tener que comenzar a contarle a alguien mi problema desde el principio. Así que, como se hace cuando tienes ganas de darte un baño y el agua está demasiado fría, lo mejor es lanzarse de golpe. Y así comencé.

—Tengo un problema con el sexo —le dije.

—¿Por qué crees que tienes un problema?

Y así comencé con mi relato.

En la voz de Elena Montoya

21

Cuando aquella joven entró a mi consulta la reconocí de inmediato. La había visto en diferentes ocasiones entrar en el edificio de Ana María Quintana. En un principio pensé que la chica podía vivir ahí, pero tras verla tan a menudo, siempre a las diez de la noche, una noche dije de seguirla. La esperé junto al portal del edificio y, tal y como esperaba, justo a las diez de la noche, ella apareció. Entré justo detrás de ella y me subí al ascensor con ella. Pulsó la décima planta, que era la planta donde Quintana tenía la consulta. No pude redimir mi curiosidad, por lo que yo también bajé del ascensor en la décima planta para ver hacia dónde se dirigía la joven. Me dirigí hacia el rellano, y allí, de forma furtiva, con sigilo, observé que la joven pasaba de largo la puerta de la consulta de Quintana y llamaba a la puerta colindante. Aquella puerta daba al piso particular de Quintana. No estaba equivocada. Esa chica iba a ver casi a diario a Quintana. Pero, ¿por qué? ¿Quién era esa chica? ¿Qué relación tenían? Me obsesioné en la búsqueda de respuestas que nunca hallé, por más que cada noche a las diez, volvía a verla entrar para hacerle su habitual visita a la psicóloga. Pero claro, en el momento que esa bella joven atravesó la puerta de mi consulta, me surgió otra duda: si la joven es tan amiga de Quintana, considerada una de las mejores psicólogas del país (aunque yo tenía claro que esa mujer era un fraude), ¿por qué había venido a hacer terapia conmigo? Además, se trataba de algo verdaderamente íntimo, aunque estaba segura de que hallaría dando con las respuestas. Le pregunté por qué consideraba que tenía un problema con el sexo. Y ella me respondió:

—Desde hace años sólo me excita cuando alguien me domina. Sólo disfruto del sexo siendo sometida.

—En principio la sumisión es un juego sexual más. ¿En qué has notado que eso afecte a tu vida? —le pregunté.

—Porque desde hace meses, lo deseo a cada instante.

Hace meses la joven ya conocía a Quintana, lo cual me hizo comenzar a sospechar. Sería un bombazo que esa joven fuera lesbiana y que Ana María Quintana también. Estaba deseosa por llegar hasta el final en ese asunto.

—Es importante conocer este dato —le dije—. ¿Fantaseas con la idea de que te domine un hombre o una mujer?

—Durante años, sólo buscaba el placer de la sumisión con un hombre, hasta que encontré el placer también con mujeres.

Sin que ella lo supiera, puse mi grabadora a funcionar. Estaba segura de que aquella chica se iba a ir de la lengua.

—¿Con qué frecuencia practicas la sumisión? Es decir, ¿es algo que haces de manera esporádica o tienes algún amo o ama fijos?

—Ese es el problema. Creo que me enamoré perversamente de la persona con quien mantenía esta relación de forma fija y estable. Y ahora busco ese mismo placer, pero no lo encuentro.

—¿Hace cuánto que dejaste de tener este tipo de encuentros con esa persona? —le pregunté.

—Hace poco menos de un mes.

Las fechas coincidían. Hacía tres semanas que no la veía por la zona. Estaba muy cerca de dar con la verdad.

—¿Y esa persona era hombre o mujer?

—Fue una mujer.

—¿De tu edad?

—No, era mayor que yo.

—De acuerdo.

—Cuéntame cómo era ese tipo de relación. ¿Qué hacías, cómo lo hacías, etc?

—Pues iba a su casa, y una vez allí, me ponía a disposición de ella. La dejaba que hiciera conmigo lo que deseara.

—¿Cuántas veces ibas a visitarla?

—Comencé yendo un par de veces a la semana, quizá tres. Y luego comencé a ir a diario.

Mis ojos se abrieron como platos, aunque traté de disimular. Era ella. La persona de la que me hablaba era Ana María Quintana. Esa zorra era tortillera.

Traté de preguntarle cómo se conocieron, pero por algún motivo, notaba que la joven no me estaba siendo sincera, por lo que le dije de hacerle una sesión de hipnosis para llegar al fondo de su problema. La chica accedió. Le pedí que se tumbara sobre el sofá, de forma cómoda. Me aseguré de que la grabadora continuara grabando la conversación y comencé con la hipnosis.

—¿Escuchas mi voz?

—Sí, señora —me respondió en fase avanzada de hipnosis.

Tras ponerla en situación, comencé con la sesión.

—Quiero que me cuentes cómo te sientes cuando estás bajo el mando de la mujer que te domina.

—Excitada. Estoy muy excitada.

—Cuéntame qué te hace.

—Ella está jugando con mis pezones.

—¿Cómo juega con ellos? ¿Qué te hace?

La chica introdujo su mano bajo la camisa y comenzó a tocarse ella misma los pechos. Nunca había visto nada parecido en consulta.

—¿Qué más te hace, Estefanía?

—Ella quiere que me quite la ropa. Quiere que me desnude.

Comenzó a desabrocharse los botones de la camisa. No llevaba sujetador, por lo que quedó con los pechos al aire. Debería haberla detenido, pero hacerlo hubiera significado interrumpir la hipnosis. No podía detenerla. Todo debía continuar. Necesitaba que dijera el nombre que esperaba: Ana María Quintana.

—¿Y te gusta desnudarte para ella?

—Sí, me excita todo lo que ella me hace.

—¿Qué más te hace, Estefanía?

—Me da bofetadas.

—¿Y eso te gusta?

—Sí.

—¿Cómo te da las bofetadas?

—En la cara —me dijo tocándose el rostro—. Y en los pechos —se tocó los pechos.

Sus pechos eran bonitos.

—¿Te pega en los pechos?

—Sí.

—¿Y te gusta? ¿No te duele?

—Un poco, pero me gusta.

—¿Qué te hace luego, Estefanía?

—Me toca

—¿Dónde te toca?

—Abajo. Me toca abajo.

—¿Puedes mostrarme cómo te toca?

Pensé que si la chica se sentía excitada, reviviendo la situación, estaría más predisposta a revelarme toda la información.

—Me toca así —dijo, llevando su mano hacia su sexo, por encima de la falda—, pero no llevo ropa cuando lo hace.

—¿Ella te masturba? —le pregunté, levantando su falda. Para mi sorpresa, la joven no llevaba bragas.

—Sí, me masturba.

—Muéstrame cómo lo hace.

La chica volvió a llevar su mano hacia su sexo, completamente rasurado, y comenzó a tocarse el clítoris. Sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero estaba muy cerca de conseguir algo para destruir a la zorra de Quintana.

—Bien, Estefanía. No quiero que dejes de masturbarte. Quiero que sientas el placer que ella te proporciona. Mientras tanto, voy a hacerte algunas preguntas y necesito que me respondas. Sin dejar de masturbarte —la chica estaba comenzando a gemir—. Dime cómo la conociste.

—¿Cómo conocí a quién?

—A la persona que te ha pedido que te desnudes y que te está masturbando.

—En su consulta.

—¿Ella es psicóloga?

—Sí.

—¿Y te tocó en su consulta?

—Sí.

—¿Qué más te hizo en su consulta?

—Me desnudó, me abofeteó.

—¿Por qué lo hizo?

—Terapia.

—¿Terapia? No dejes de masturbarte. Quiero que tengas un orgasmo. ¿Te dije que aquello era una terapia?

—Sí.

—¿En qué consistía la terapia?

—No lo sé.

—¿Y a ti te gustaba esa terapia?

—Sí, me excitaba mucho.

Estaba gimiendo cada vez con más intensidad. Debía darme prisa antes de que tuviera un orgasmo.

—¿Cómo se llamaba la persona que te iba a hacer esa terapia?

—Doctora Ana María.

—¿Ana María nada más? ¿Cuál era su nombre completo? El que tiene en la placa de la puerta de su consulta.

—Doctora Quintana.

—Doctora Ana María Quintana, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué más te hacía la doctora Quintana, Estefanía?

—Romperme el culo —respondió acelerando el movimiento de su mano sobre su sexo, mientras que, con su otra mano, se pellizcaba uno de sus pezones.

—¿Romperte el culo? ¿Te penetraba analmente?

—Sí, me follaba el culo.

—¿Y esa terapia te gustaba?

—Muchísimoooo

Llegó al orgasmo, gimiendo como si estuviera poseída. Salió de su estado de hipnosis por sí sola, mirándose a sí misma avergonzada; mirándome a mí, a menos de cincuenta centímetros de distancia.

—Lo has hecho bien, Estefanía —le dije—. Colócate bien la ropa.

—¿Qué he hecho? —preguntó.

—Te he llevado hacia diferentes escenas sexuales de tu vida, y has terminado masturbándote, algo frecuente en este tipo de sesiones de hipnosis.

Obviamente, le mentí, y más obvio aún, a ella le pareció algo extraño.

—Quiero que estés tranquila —proseguí—. Yo no te he tocado.

la chica, abrochándose los botones de la camisa, me dijo con una mirada un tanto extraña:

—No me hubiese importado que lo hiciera.

Me dejó sin palabras. Ciertamente, la chica tenía un verdadero problema psicológico, pero aquello para mí no importaba en absoluto. Lo que de verdad importaba era que ya tenía a Quintana cogida por su sucio coño. Había abusado de una paciente; había mantenido relaciones sexuales con una de sus pacientes. Simplemente por eso el Consejo General de Psicología podía apartarla de la psicología. Es más, podría verse en los tribunales de justicia. Incluso la cárcel era una opción para ella, viendo el estado en que había dejado a aquella bella joven. Pero lo más importante, podía ser destruida por los medios de televisión en cuanto tuvieran constancia de que la famosa psicóloga Quintana era una zorra pervertida lesbiana que abusaba de sus pacientes. Sólo con verla siendo protagonista en las noticias por este suceso, valdría la pena. Claro que debía pensar en cómo yo me iba a beneficiar también.

En la voz de Ana María Quintana.

22

Estaba rehaciendo mi vida. Por segunda vez. Aunque no había día que no me acordara de Estefanía. Junto a esa chica estuve cerca de lo que podríamos considerar felicidad. Tenía cubiertas todas mis perversas necesidades. En ella encontré la satisfacción sexual y, aunque me cueste reconocerlo, también mis necesidades afectivas. Pero no podía olvidar que vivía bajo una parafilia que era cuestión de tiempo que me acabara destruyendo. No sólo me haría daño a mí misma, sino que le acabaría haciendo daño a ella, pues cada vez deseaba traspasar aún más sus límites. Claro que, Estefanía parecía no tener límites conmigo. Tuve que ponerle fin y volver a terapia. Volvía a sentirme tranquila y en paz, aunque la echaba mucho de menos. Aquella mañana, en mitad de mi armoniosa aunque aburrida rutina, recibí otra carta de esas que lograban agitarme el corazón. Al abrirla pude leer:

Te tengo, Quintana. Ahora resulta que follarte a una paciente es una forma de terapia. Solo eres un fraude. Una comecoños. Espero que se te de bien hacer de dominatrix, porque vas a dejar de ser psicóloga muy pronto. Tengo pruebas de lo que has hecho. Espera noticias más.

Entré directamente en una crisis de ansiedad. Estaba claro que la persona de las cartas sabía mucho más de lo que pensé meses atrás cuando las recibí por primera vez. Pero ¿qué quería exactamente la persona que me escribía? No comprendía por qué me hacía eso. Anulé mis citas y le dije a mi secretaria que no me encontraba bien. Le dije que estaría en mi piso por si me necesitaba. En otro momento, hubiera tenido la necesidad de masturbarme para rebajar la ansiedad, pero ni siquiera me apetecía eso. Me dirigí al botiquín y saqué un par de alprazolam para tratar de contrarrestar esa ansiedad. Necesitaba dormir y así verlo todo con más claridad.

Al despertar, muchas horas más tarde, ya con el ocaso, logré analizar la situación con claridad. Estaba claro que Estefanía, de una u otra forma estaba implicada en esto, pues fue la única paciente a la que dije de hacerle ese tipo de *terapia*. Pero yo sabía que Estefanía no hubiera sido capaz de traicionarme de esa manera. Necesitaba hablar con ella para que me contara qué había sucedido. Pensé en llamarla a la mañana siguiente, aunque no hizo falta. Llegó otra carta.

Quizás podamos llegar a un acuerdo. Nos vemos en la cafetería Serrano esta noche sobre las diez, una buena hora, si tenemos en cuenta que a esa hora hacías estas innovadoras terapias ;-)

Estaba claro que no podía faltar a aquella cita, sea quien fuese esa persona. Necesitaba descubrir qué quería de mí y llegar a algún acuerdo. Esa persona podía destruir mi carrera de forma literal.

Antes de asistir a la cafetería Serrano, respiré hondo y tomé otro alprazolam. Necesitaba estar relajada, pues no sabía con lo que me iba a encontrar. Al llegar a la cafetería, que se encontraba abarrotada de gente, escogí una mesa al fondo, tratando de alejarme del bullicio, pues estaba

claro que no deseaba que nadie escuchara la conversación que iba a tener con la persona de las cartas anónimas. Una cosa me tranquilizaba, y es que, si había decidido hablar antes que llevar esas supuestas pruebas a cualquier sitio, existía posibilidad de que tuviera una salida. Sólo debía mantener la calma, escuchar atentamente y tratar de negociar eficientemente para solucionar la situación. Aunque no olvidaba que los chantajistas tienen una forma muy particular de proceder, y es que si cedes rápidamente a un chantaje, el chantaje no termina nunca.

Cada vez que se abría la puerta de la cafetería pensaba si sería la persona anónima. Todo el mundo era sospechoso para mí, incluso el anciano que se acababa de sentar en la mesa de al lado. Al ver aparecer a su mujer, me quedé más tranquila. Escrutaba todo el local, repasando una a una las decenas de personas que se encontraban en la cafetería, esperando con impaciencia al chantajista. Deseaba ponerle fin a aquello de una vez. Veía caras conocidas en la cafetería, como mi vecina de planta, junto con su hijo y un hombre que no era el padre del niño; la limpiadora de mi edificio también se encontraba con su marido al fondo; incluso mi competencia estaba sentada en la barra, más elegante de lo habitual. No recordaba el nombre de esa mujer, pero sabía que era una psicóloga que tenía su consulta frente a la mía. La veía mirándome de soslayo hasta que... ¡Espera! Se puso en pie y comenzó a caminar hacia mi mesa con una sonrisa. Nunca había hablado con esa mujer y venía directamente hacia mí. Se sentó frente a mí sin decir absolutamente nada. No me lo podía creer. Debía ser ella la de las cartas anónimas.

—Hola, Ana —me dijo.

—Hola —respondí, aún anonadada.

—Venía para que me explicaras sobre esas terapias innovadoras que haces, jajaja
Esa mujer hablaba como una loca.

—¿Qué quieras exactamente? ¿Cuál era tu nombre?

—Elena Montoya. Ya sé que no soy tan famosa como tú, pero al menos soy una psicóloga, no como tú.

—¿Qué quieras, Elena? —volví a preguntarle con rendición en mi voz.

—Iba a denunciarte, pero luego lo pensé. ¿De qué me serviría denunciarte si tú me puedes ayudar a ser más conocida?

—¿Cómo puedo ayudarte? —le pregunté.

Al menos se había mostrado accesible a negociar, aunque no me gustaba nada la mirada de esa mujer, tan cargada de odio y envidia.

—Pues tú y yo vamos a escribir un libro juntas —me dijo. Hubiese pensando que estaba improvisando, pero estoy segura de que sus peticiones las había estudiado durante días antes de sentarse frente a mí. Escribir un libro con una coautora no me suponía ningún esfuerzo si con ello se arreglaba el problema, pero algo me decía que había algo más.

—Bueno, eres psicóloga. Si hubiera sabido que querías escribir un libro, podrías haberlo dicho y posiblemente no hubiera tenido problema en hacerlo.

Trataba de mostrarme amable y servicial, como un negociador en mitad de un atraco con rehenes.

—También me gustaría que fuésemos juntas a platós de televisión y que colaboremos en publicaciones para diarios.

—Bueno, eso no depende tanto de mí, Elena, aunque intentaría mirarlo.

En realidad tenía ganas de cogerla del pelo y meterle con el puño cerrado en la cara, pero debía mantener la compostura, a pesar de que notaba el corazón como si quisiera escapárseme del pecho.

—Pues si no quieres que envíe cierta grabación, vas a tener que complacerme con eso. O vamos

las dos a los platós de televisión o tú dejarás de ir.

Estaba claro que tenía frente a mí a una persona que sería capaz de arrancarse un ojo de la cara si con ello tuviera la certeza de que yo iba a perder los dos ojos.

—¿Eso es todo lo que deseas por aparcar este tema?

—Ni mucho menos, Ana. Quiero que me incluyas como socia de tu gabinete, que nuestros nombres aparezcan juntos.

Prefería morir antes de que eso sucediera, pero necesitaba pensar para elaborar algún tipo de estrategia con esa loca.

—También puedo mirarlo. A ver si me aclaro, Elena. Básicamente tú quieres ser más conocida, ¿no? Quieres que la gente te conozca y aumentar tu número de pacientes. ¿Es eso? Porque en todo eso te puedo ayudar.

—No es que puedas ayudarme. Es que me vas a ayudar, o si no... ya sabes.

Para que todo resultara creíble, no podía ceder tan rápido. Debía poner algunas trabas, pues incluso los locos no son tontos del todo.

—Pero, una cosa, Elena. Podría hacerte socia, pero al cuarenta por ciento.

—Ni de coña. No intentes liarme. Al cincuenta/cincuenta o la cinta llega a los medios.

—Tú quieres que todos sepan que eres mi socia. Nadie sabrá qué cantidad de acciones tienes en mi empresa. Todos darán por hecho que somos socias al cincuenta por ciento.

Podía ver cómo esa hija de puta sonreía sin mostrarlo en sus labios. Estaba orgullosa de tenerme contra las cuerdas.

—Al cincuenta por ciento, o nada.

Llegó el momento de medir fuerzas.

—Pues entonces nada, porque no puedo darte el cincuenta por ciento. Ya puedes llevar la cinta donde quieras, pero entonces tú no ganarás nada.

Se quedó pensativa, y finalmente:

—Está bien. Me conformo con el cuarenta por ciento. Pero ¿cómo sé que vas a cumplir con todo?

—Yo siempre cumple. La pregunta es ¿cómo sé que tú no me traicionarás a mí después de darte todo aquello que me pides?

Se echó a reír.

—Siempre tendré las pruebas en mi poder para asegurarme de que cumples. Y si me fallas en lo más mínimo, estás acabada.

Aquella respuesta no me gustó en absoluto. Debía deshacerme de aquella mujer. Debía encontrar la forma. Incluso se me pasó por la cabeza, sólo durante un par de segundos, la idea de asesinarla. Pero por Dios que no podía hacer eso. ¿En qué me convertiría?

—¿Tenemos trato entonces?

Debía ganar tiempo, por lo que le dije:

—Tenemos trato.

Entonces sacó su móvil y acercó su silla a mí. Me dijo que sonriera e hizo un selfie. Vi cómo cargaba la foto en Instagram y ponía el texto de “vienen nuevos proyectos con mi socia Ana María Quintana”. Me etiquetó en la publicación. Esa hija de puta estaba mal de la cabeza. Pero sonréi. ¿Qué remedio? Mi cabeza pensaba en las opciones que tenía. Pero aquella tipa prosiguió:

—Y quiero otra cosa. Necesito tener un vídeo tuyo comprometedor.

—¿A qué te refieres? —pregunté con ansiedad.

—Pues a tener un vídeo tuyo comprometedor, por si alguna vez decides traicionarme, sacarlo a la luz.

—¿Qué tipo de vídeo quieres?

—En tu consulta o en la mía, te desnudas y te grabo desnuda, mientras te masturbas o te metes algún consolador.

Sin lugar a dudas, esa mujer no se encontraba en sus cabales.

—No pienso hacer eso.

—Quiero que escuches esto —me dijo, sacando su móvil.

Se escuchaba a Elena preguntando “¿Cómo se llamaba la persona que te iba a hacer esa terapia?” y a Estefanía respondiendo “Doctora Ana María”.

—¿Por qué me haces esto? —volvió a preguntarle.

—Porque puedo. Mañana vienes a mi consulta. Traete uno de tus consoladores y ve preparando el contrato para incluirme como socia.

Aunque parezca increíble, justo en ese momento, tuve una idea para deshacerme de ella.

—Muy bien, pero si quieras que haga eso, debe ser en la más completa y absoluta discreción. No quiero que haya por allí ningún paciente ni secretaria ni nada.

—No tengo muchos pacientes últimamente —dijo poniéndose en pie—. Desde que abriste tu consulta, mi consulta ha caído en picado. Pero algo me dice que la cosa va a cambiar.

—Espero que sí —le contesté con segundas intenciones.

—Te espero mañana a las diez de la noche. Estoy deseando ver el vídeo porno de la gran Ana María Quintana.

Y lo peor de todo es que lo dijo con recochineo. Debía estar más loca de lo que yo pensaba si creía que una mujer en sus cabales se iba a dejar grabar por una trastornada de ese calibre. Que conste que ella se lo buscó.

En la voz de Natalia.

23

Tras años sin saber de ella, Kassandra me llamó. Necesitaba que fuera a verla a Madrid de forma urgente. Necesitaba mi ayuda. A Noelia, mi pareja en esos momentos, no le sentó demasiado bien, pero yo no podía dejar tirada a Kassandra después de haber permitido que durante años nos quedáramos en su piso sin cobrarnos el alquiler. Me sentía en deuda con ella, por lo que al decirme que era algo que debía contarme en persona, y no por teléfono, accedí de inmediato. Me preparé para coger un tren nocturno de Valencia a Madrid.

A las ocho de la mañana, sin apenas haber dormido, quedé con ella en su piso. Me quedé helada al verla sin peluca. Kassandra era la famosa psicóloga Ana María Quintana. Me dio algunas explicaciones que no necesitaba a esas alturas y decidió contarme su problema. Durante un par de horas diseñamos los detalles y la estrategia. Era algo que cualquiera podía hacer, aunque reconoció que, para ello, sólo podía contar con unas pocas personas. Y yo era una de ellas. Me sentí halagada por ello, aunque era consciente de que podía buscarme problemas. Ella decía que todo estaba controlado, pero siempre queda ese margen de duda. En cualquier caso, Kassandra-Quintana me prometió que si algo salía mal, ella jamás diría mi nombre. Nadie sabría que yo había estado en Madrid y no habría manera de asociarme con su plan. Confiaba en ella. Y más conociendo su verdadera identidad. Por cierto, vestida de Kassandra tenía mucho morbo, pero al natural, la psicóloga era un bellezón. Fantaseé nuevamente con ella al verla en su naturalidad. Por lo demás, sólo debía esperar a las *diez menos cinco* de la noche para dar inicio a nuestro plan. Aquello era, podría decirse, nuestra última aventura juntas.

A las nueve y cincuenta y cinco de la noche me encontraba en la segunda planta del edificio que había enfrente de la consulta de Quintana, junto a la puerta de la consulta de la psicóloga Elena Montoya, con una mochila en la que llevábamos todo lo necesario. Ana me había prestado la peluca que ella usaba cuando se transformaba en Ama Kassandra. Me coloqué el auricular inalámbrico e hice la llamada:

—Ana, ya estoy en el rellano.

—Estoy llegando —Me respondió—. No cuelgues.

Al poco rato vi aparecer a Ana, cargando con otra pequeña mochila a su espalda. Me guiñó un ojo al pasar delante de mí y se dirigió hacia la puerta de la consulta de Elena Montoya. Yo me escondí en el rellano, a la escucha.

—Hola, Ana, no sabía si te decidirías a venir —le dijo Elena.

—Ya te dije que yo soy una mujer de palabra —le respondió Ana.

—Por la cuenta que te trae. Veo que has traído una mochila. ¿Traes el consolador en ella?

—Claro. Traigo más de un consolador.

—Así me gusta. Entonces ¿comenzamos ya?

—Claro. ¿Cómo lo hacemos?

—Pues mira, puedes ponerte aquí que hay algo de más luz. Te quitas la ropa, y comienzas a

tocarte mientras yo te grabo. Luego ya te metes el consolador. Va a ser un vídeo genial. Entendí en ese momento todo lo que me había contado Ana sobre esa enferma.

—Una pregunta, Elena. Ya que voy a hacer esto, ¿no te gustaría participar a ti también? Esa era la señal.

Cogí la mochila, me dirigí hacia la puerta y llamé al timbre. Elena salió con expresión de extrañeza, y yo hice mi papel.

—Disculpe por la hora, señora Montoya, pero necesitaba agendar una cita urgente con usted. ¿Para cuándo podría?

—¿Tú crees que estas son horas de venir a una consulta psicológica? —me respondió agravada.

—Lo lamento, pero como le decía, es urgente.

—Pásate mañana por la mañana.

—No, señora Montoya. Tiene que ser ahora.

—¿Disculpa? ¿Tu crees que...?

No le dio tiempo a terminar la frase. Ana apareció y le tapó la nariz y la boca con un pañuelo bañado en tricloruro de metilo (cloroformo). La pobre Elena trataba de zafarse, intentando resistirse, pero a pesar de que era una mujer corpulenta, Ana tenía bastante fuerza y, lo que era más importante, tenía una motivación para hacerlo. Así que la llevó al suelo sin dejar de presionar con el pañuelo mientras que la psicóloga no dejaba de patalear. Entré al piso y cerré la puerta. Y aún seguía peleando. Ayudé a Ana, sujetando las manos de Elena. Parece ser que tanto Ana como yo teníamos una idea bastante equivocada del efecto del cloroformo, quizás, debido al cine, pues aquella noche descubrimos que la gente no se desmaya ni pierde la conciencia tan fácilmente porque le pongas un pañuelo con cloroformo. El tricloruro de metilo, en todo caso, te puede dejar aturdido, pero para provocar que una persona se duerma se necesitarían entre tres y cinco minutos de constante inhalación. Así que, mientras Ana seguía presionando con el trapo el rostro de Elena, me dispuse a atarle las manos a la espalda. Esa mujer era una bestia. No había manera de que dejara de resistirse. Ana hizo el amago de darle un puñetazo, colocando en su rostro una expresión de ira que me asustó. Negué con la cabeza para que no lo hiciera. Además, ya casi la teníamos. Una vez que estuviera inmóvil de manos, ya sólo nos quedarían las piernas. Y vaya piernas las de ella, que estuvo a punto de tumbarnos lanzando coces a diestro y siniestro, como si fuera un caballo salvaje. Menos mal que fuimos dos personas a hacerle la visita y que no fue Ana sola a verla, porque le hubiera costado mucho trabajo lograr su objetivo. Es más, consideré que nos hubiese venido bien una tercera persona. Pero, finalmente, por más que trató de resistirse, la inmovilizamos por completo y la amordazamos.

Y ahí la teníamos. La psicóloga Elena Montoya se encontraba sentada en la silla de su propia consulta, con los brazos inmovilizados a su espalda y las piernas bien amarradas, sin poder gritar, pues su boca estaba cubierta por cinta aislante. Ana sacaba todo tipo de accesorios de la mochila, entre ellos un pasamontañas que se colocó en la cabeza. A mí me dio otro para que me lo pusiera. Sacó también un minitripode para el móvil, el cual colocó a la distancia justa para tener encuadrada a la psicóloga. Sacó también una cámara de vídeo, que me pasó ya encendida para que grabara según me fuera diciendo. Se acercó a Elena y comenzó a hablarle.

—Así que querías joderme, Elena. Mira por donde, soy yo la que te va a joder a ti. Literalmente voy a joderte. Vas a probar mi terapia.

le dio dos fuertes bofetadas. La psicóloga abrió los ojos como platos. El plan se le había torcido bastante.

Ana comenzó a desnudarse. Verla con el pasamontañas puesto, descubriendo la desnudez de su cuerpo, debo reconocer que me puso muy cachonda. Me pidió que me desnudara yo también, y

como es lógico, la obedecí.

—Bien —dijo Ana, acercándose a la psicóloga—. Ha llegado el momento de ver qué hay debajo de esa ropa. ¿Estás grabando? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

Ana arrancó los botones de la camisa de un tirón, cogió unas tijeras y cortó el sujetador de Elena.

—Bueno, bueno. ¿Qué es esto? ¿Has visto qué pedazo de tetas tiene la zorra esta? —dijo, agarrando los grandes pechos de la psicóloga—. ¿Lo tienes todo igual de grande?

Le estrujaba los pechos como si estuviera amasando pan.

—Y estos pezones ¿se ponen duritos? Quiero ver cómo se te ponen duros. Mi amiga te va a ayudar, ¿vale?

Ana me quitó la cámara de las manos. Era mi turno. Comencé a lamer los pezones de la psicóloga mientras Ana grababa. Se pusieron duros al instante.

—Muérdelos —me pidió.

La psicóloga trataba de gritar, pero no podía sacar el grito al exterior. Volvió a pasarme la cámara para continuar ella.

—Te explico cómo va esto, Elena. A partir de este momento eres mi sumisa, mi puta por así decirlo. Quiero que veas esto —sacó una fina vara de la mochila—. Vas a hacer exactamente todo lo que te pida. Y si desobedeces, comprobarás cómo duele este pequeño artilugio. Levántate de la silla.

La psicóloga trataba de decir algo, pero era completamente ininteligible. Ana le propinó un par de varazos en los pechos, llegando a dejarle la marca. Las primeras lágrimas brotaron de los ojos de Elena.

—Ponte de pie, puta —volvió a insistir Ana.

Y esta vez, Elena, con mucho esfuerzo, lo hizo.

—Así me gusta. ¿Ves? Mientras la perra obedece, su Ama no tiene por qué castigarla. ¿Sabes qué voy a hacer ahora? Voy a jugar con tus tetas. Voy a encenderlas.

Nunca había visto una tortura de pechos igual a la que estaba sometiendo a aquella psicóloga. Durante más de diez minutos las azotó, las estrujó, estiró sus pezones... Básicamente las demolió hasta dejarlas, tal y como había dicho, encendidas. Sus pechos se habían tornado a un tono rojizo.

—Y ahora ha llegado el momento de ver qué hay debajo de esa faldita. ¿Tienes el coñito igual de grande que las tetas?

Cogió las tijeras y cortó la falda de la psicóloga. Seguidamente, le arrancó las bragas con agresividad.

—Vaya, vaya, lo que sí veo es que tienes el culo muy grande. Necesitas hacer más ejercicio, puta. Supongo que ya sabes lo que voy a hacer con tu culo, ¿verdad? Voy a follártelo. Pero veamos primero ese coñito.

Llevó su mano al sexo de la psicóloga y no tardó demasiado en introducir sus dedos en la vagina, comenzando a estimularla con fuerza.

—Pues sí que tienes un coñito grande. Grande y profundo.

Las piernas de la psicóloga comenzaron a temblar debido a los movimientos de muñeca de Ana. Lo que ya no podía distinguir era si los sonidos procedentes del interior de la mordaza se trataban de gemidos de placer o de rabia. Por la humedad de su sexo, posiblemente esa zorra estuviera a punto de correrse, algo que deseábamos grabar en vídeo. Pero no aún.

—Bien, perrita. Ahora mi amiga se va a sentar en la silla con las piernas abiertas. Y yo voy a quitarte la mordaza para que pruebes su coñito. Si gritas o no haces lo que te pido, te daré un

castigo mucho más fuerte que el anterior. Asiente con la cabeza si lo has entendido. La psicóloga no decía nada, por lo que se ganó otro varazo en el trasero que me dolió hasta a mí sólo de verlo.

—¿Lo has entendido? —le gritó.

Y por fin asintió con la cabeza.

—Bien. Ponte de rodillas, y tú, siéntate en la silla. Vamos a ver cómo esta perra come un chocito.

Me abrí de piernas en la silla y la psicóloga se puso de rodillas. En cuanto Ana le quitó la mordaza, Elena gritó pidiendo ayuda. Ana volvió a taparle la boca.

—Tú te lo has buscado. No será con la vara.

Se colocó el arnés con dildo, colocó a la psicóloga con los pechos pegando al suelo, y comenzó a embestirla analmente, ante los gritos ahogados de la psicóloga. Yo comencé a tocarme con la mano que tenía libre, porque ver aquello me estaba poniendo a mil. La embistió hasta el agotamiento. Su cuerpo se encontraba empapado de sudor. Cesó. Se puso en pie y le dio otros dos latigazos con la vara en el trasero, lo que hizo que la psicóloga volviera prácticamente a resucitar de su dolor, irguiéndose de nuevo. Yo estaba a punto de correrme.

—Ahora voy a quitarte de nuevo la mordaza. Espero que hagas lo que tienes que hacer.

Tras quitarle la mordaza, esta vez, la psicóloga comenzó a lamer mi sexo húmedo. Su lengua era grande y muy placentera. Ana grababa la escena. Y me corrí. Vaya que si me corrí.

Estuvimos hasta las tres y media de la madrugada sesionando a la psicóloga. Le comió el coño también a Ana mientras yo la penetraba. Ana volvió a penetrarla analmente, vaginalmente, en todo tipo de posturas. Lo que no esperábamos ninguna de las dos fue que la psicóloga se corriera a chorros, de una manera desproporcionada. Se corrió unas tres veces, con ese tipo de eyaculación tan particular, conocida como *squirt*, llegando incluso a salpicarnos. Sin duda, el viaje a Madrid mereció la pena. No podía contarle a Noelia lo que había hecho en Madrid, pero aquella experiencia valió la pena. Le habíamos dado a una mujer su propia medicina. Y además, se lo debía a Kassandra, o bueno, se lo debía a Ana María Quintana.

Sobre las 3:30 de la madrugada yo salí de la consulta de Elena Montoya, dejando a Ana con ella. Creo que quería continuar un poco más con la psicóloga. Para las ocho de la mañana ya estaba entrando por la puerta de mi piso, donde me esperaba la chica que amaba, desnuda, sobre la cama. A pesar del cansancio que tenía acumulado por la falta de sueño, verla sobre la cama, encendió mis deseos. Hicimos el amor hasta que, a las diez de la mañana, caí rendida sobre las sábanas húmedas.

En la voz de Ana María Quintana.

24

Seis meses después. En la actualidad.

Nunca me había sentido tan bien como lo estoy en estos momentos. Si tuviera que definir la felicidad, sería el sentirme así, con esta sensación de paz y tranquilidad, sin desear nada más de lo que ya tengo. Y es que, en realidad, tengo más de lo que se puede pedir.

Mientras tomo mi café matutino, miro a través de la ventana y veo que la consulta de psicología de mi querida Elena Montoya ahora es un gabinete de masajes. No sé qué sería de aquella loca que trató de chantajearme y que recibió su merecido. Aún guardo el vídeo que hicimos. Más de cuatro horas de grabación condensadas en menos de diez minutos. De hecho, se lo envié para que lo tuviera como recuerdo. A mí me excita verlo. ¿Se excitará ella también al verse como protagonista en un vídeo con la psicóloga Ana María Quintana? Creo que quería colaborar conmigo, y aquella noche hicimos esa colaboración. No he vuelto a tener noticias suyas, claro que, creo que ayudó el hecho de amenazarla con publicar ese vídeo porno donde se la ve comiendo coñitos y siendo embestida en un trío lesbico sadomasoquista.

Tras pensarla mejor, volví a retomar el contacto con Estefanía. ¿Por qué luchar contra mis instintos y deseos? Ya sé que los filósofos estoicos dirían que en la actualidad llevo una vida poco virtuosa al dejarme dominar por mis deseos, pero estoy segura de que los estoicos jamás tuvieron a una chica como Estefanía a su disposición. Ahora vive conmigo, por lo que tenemos una relación seria. Una relación Ama-sumisa, pero veinticuatro/siete. ¿Acaso existe algo más serio que eso? Ella es feliz y yo soy feliz. ¿Qué más podemos pedir?

Mi consulta va viento en popa y mi último libro ha vuelto a convertirse en un bestseller. Lo escribí, en su mayor parte, con Estefanía comiéndome el coño. ¿Qué puedo decir? Es algo que me inspira. Sé lo que algunos y algunas os estaréis preguntando: “Pero, ¿qué pasa con tu parafilia? ¿Cómo puedes tratar a pacientes con trastornos sexuales estando orgullosa de mantener una relación parafílica?” Y esa me parece una gran pregunta, la cual voy a contestar con algo que dijo un famoso psicólogo cuyo nombre no recuerdo. Este hombre dijo: “¿Por qué esa necesidad de ponerle etiquetas a aquello que nos hace felices? ¿Por qué llamar trastorno sexual a una forma diferente de vivir la sexualidad?” Y en esas estamos, viviendo una sexualidad diferente con una persona que vive la sexualidad de la misma forma que yo. Bueno, yo domino y ella se deja dominar, lo cual es la sincronía perfecta en una pareja, lo cual me recuerda que debo darme prisa por desayunar, pues tengo una consulta dentro de una hora, y me gustaría romperle el culito a mi sumisa antes de ponerme a trabajar. Por cierto, si nunca te han despertado follándote de forma salvaje, tú no sabes lo que es el buen despertar.

FIN

Otros libros de la autora

1. La seducción de Andrea.
2. La Abogada: Anulación Total.
3. La espía que follé.
4. La Convocatoria.
5. Mi Camino a la perversión.
6. La Madrastra: Terror Erótico.
7. El Misterio de Madame Rousseau.
8. Erótica Extrema: 5 Novelas de alto contenido erótico (sólo en libro físico).

¿Quién es Nikita Summers?

Nikita Summers es el seudónimo de una escritora apasionada del mundo BDSM, la dominación erótica y el sometimiento físico y psicológico.

Para contactar con la autora, puedes hacerlo en

Nikitasummers2022@hotmail.com